

A man in a dark trench coat and hat is leaning over a tombstone in a cemetery at night. He is holding a flashlight that illuminates the tombstone. The tombstone is a simple cross and has the name "MILES BINNISTER" and the year "1923" inscribed on it. Other tombstones are visible in the background.

se

JOHN DICKSON CARR

✕
UNA
SELECCION DE
"CRIME CLUB"
✕

**LA CAMARA
ARDIENTE**

Lectulandia

John Dickson Carr (1905-1977), cuya producción novelística alcanzó su esplendor en los años 30, es decir, en 'La Edad de Oro' de la novela policíaca, destaca por ser el maestro indiscutible del enigma de la 'habitación cerrada', que ha sometido a las variaciones más fantásticas e insospechadas.

En *El tribunal del fuego*, cuyo título hace referencia al tribunal especial de París donde se juzgaban los casos de hechicería, abundan los elementos macabros y sobrenaturales característicos de Dickson Carr, y es la única novela policíaca que escapó a la condena fulminante del género efectuada por Edmund Wilson en *¿A quién le importa quién asesinó a Rogelio Ackroyd?* debido a la trama de satanismo y hechicería que traspasa todo el misterio.

Tras lo que parece un simple caso de asesinato por envenenamiento, se oculta una siniestra conspiración satánica que se remonta al siglo XVII, en cuya base estaría la hermosa envenenadora ejecutada por hechicería, la marquesa de Brinvilliers, y su amante, Gaudin de St. Croix, misteriosos supervivientes al paso del tiempo... La novela presenta una trama sobrenatural y ofrece dos explicaciones: una natural y otra fantástica.

Lectulandia

John Dickson Carr

La cámara ardiente

ePub r1.0

Titivillus 28.11.16

Título original: *The Burning Court*
John Dickson Carr, 1937
Traducción: Juan José Mira

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

Aquí cenamos alegremente y nos acostamos tarde; Sir Williams se quedó contándome que el viejo Edgebornow, su predecesor, murió y entró en mi cuarto, atemorizándome un poco... pero no tanto como, por hacer broma, simulé.

SAMUEL PEPYS, 8 de abril de 1661.

1

EDWARD STEVENS era un hombre corriente. Se instaló en el salón de fumar de un tren que habría de llegar a la estación de Broad Street a las 6,48. Tenía treinta años y una situación relativamente importante dentro de la casa editora Herald & Sons. Tenía alquilado un departamento en East Seventies y era propietario de una pequeña casita en Crispen, lugar que se encuentra en las afueras de Filadelfia. En Crispen pasaba los fines de semana, ya que tanto a él como a su esposa les gustaba mucho aquel sitio campestre. Se dirigía precisamente allí para reunirse con Marie la tarde de aquel viernes (que pertenecía a los lejanos días de la primavera de 1929). En su cartera guardaba el original del nuevo libro de Gaudan Cross sobre procesos criminales.

Debe consignarse que no había nada de extrañío en su conducta. Iba simplemente de regreso a su hogar. Se sentía un hombre bastante feliz, con una profesión, una esposa y una existencia que le agradaba.

El tren llegó puntualmente a la estación. Se bajó, estiró las piernas caminando por el andén y se dispuso a esperar el otro tren que le conduciría a Crispen. Este es un pequeño lugar que se encuentra inmediatamente después de Haverford, y al que se llega en treinta minutos aproximadamente. No tiene más de una media docena de casas, todas muy distanciadas entre sí, y situadas en la ladera de la colina. Pero, en cierta forma, constituye una comunidad aparte. Cuenta con una estafeta de correos y un salón de té casi escondido entre las hayas, precisamente en el sitio donde la King's Avenue hace una curva hacia Despard Park. Y aun tiene, aunque el hecho no tiene nada de particular, una empresa de pompas fúnebres.

Esta última empresa siempre había llamado la atención de Stevens. Se preguntaba por qué estaba allí y cómo podría subsistir. El nombre de J. Atkinson se leía en las ventanas, escrito con letras tan discretas como las de una tarjeta de visita. Nunca vio una cabeza ni el menor movimiento detrás de aquellas ventanas que mostraban una especie de grandes recipientes de mármol destinados a recibir flores, probablemente, y unas pesadas cortinas de terciopelo negro que pendían de poca altura desde unas anillas de bronce. Por cierto que nadie pretendía que un empresario de pompas fúnebres hiciera un brillante negocio, como tampoco que existiera una afluencia constante de clientes a su puerta. Pero los enterradores, por tradición, son gente optimista. Y Stevens jamás vio en ninguna parte a J. Atkinson. El personaje le inspiró vagamente la idea de un cuento policíaco. La trama giraría en torno a un criminal al por mayor, que se dedicaba a empresario de pompas fúnebres para explicar así la presencia de cadáveres indiscretos dentro de la tienda.

Pero, seguramente, J. Atkinson había sido requerido para que atendiera el funeral del viejo Miles Despard, recién fallecido.

Si había alguna razón para que la localidad existiera, era Despard Park. Crispen

había sido bautizado con el nombre de uno de los cuatro comisionados que, en el año de gracia de 1681, fueron enviados para fundar una ciudad en el territorio recientemente cedido de Pensilvania, inmediatamente antes de que el propio señor Penn fuera a hacer las paces con los hombres que moraran en los graciosos bosques comprendidos entre Schuylkill y Delaware. William Crispen, pariente de William Penn, murió durante el viaje. Pero un primo suyo, de apellido Despard —nombre que, según decía Mark Despard, era de origen francés, y había sufrido cambios ortográficos para facilitar su escritura— había obtenido cierta concesión de terrenos. Desde entonces existen los Despards del Park. El viejo Miles Despard —el majestuoso réprobo, cabeza de familia— había muerto un par de semanas antes.

Esperando el tren, Stevens se preguntaba si Mark —el nuevo jefe de la familia— no iría a charlar con ellos un rato, como lo hacía frecuentemente. La casa de Stevens no quedaba lejos de las rejas de entrada del Park. Iniciaron una amistad hacía un par de años. Pero, en realidad, no tenía mayor esperanza de ver a Mark ni a Lucy, su esposa, aquella noche. Es cierto que el fallecimiento de Miles (causado por una gastroenteritis, después de haber reducido el estómago a una pulpa con cerca de cuarenta años de gran vida) no sería muy lamentable. Había vivido tantos años en el extranjero, que el resto de la familia casi no lo conocía. Pero en torno de una muerte siempre se suscitan muchos sentimientos. El viejo Miles no se había casado nunca. Mark, Edith y Ogden Despard eran hijos de un hermano menor. Cada uno de ellos tendría una gran herencia, pensó Stevens despreocupadamente.

Saltó al tren y, como siempre, se dirigió al salón de fumar. La noche se tornaba de gris en negra. Pero aun en el aire denso del vagón, con el resplandor desteñido que producían las luces del techo, se percibía un aroma a primavera que agitaba a la gente en el campo. Aquella impresión hizo volar su pensamiento hacia Marie, que le esperaría en Crispen con el auto. El salón, ocupado apenas en una mitad, tenía su habitual aire de somnolencia, con la gente que hace crujir los periódicos que lee y que lanza bocanadas de humo sobre el hombro del vecino. Stevens se sentó con la cartera sobre las rodillas. Con la curiosidad ociosa del individuo satisfecho, dejó que su pensamiento volara hacia dos acontecimientos extraños que le ocurrieran durante el día. No estaba en disposición de reflexionar sobre el asunto. Apenas trataba de encontrar alguna explicación imaginaria que le convenciese...

¿Por ejemplo?... Desde luego, guardaba en su cartera el original del nuevo libro de Gaudan Cross, y se proponía leerlo. Aquel escritor había sido descubierto por Morley, jefe de un departamento de la casa editora. Cross parecía un recluso que se había dedicado a relatar historias de crímenes ocurridos en la vida real. Su gran talento consistía en dar tal viveza a la narración, que llegaba a parecer un testigo ocular de los hechos. Tenía una habilidad casi demoníaca para infundir realismo a hechos que no había presenciado. Un eminente juez opinó que quien había escrito relatos como *Señores del Jurado* tenía que haber estado, sin ninguna duda presente en la sala del tribunal. «Y como Cream fue juzgado en 1892 —comentó un periódico—

y, según se dice, el señor Cross no alcanza sino a los cuarenta años, tiene que haber sido un niño precoz.» Y tales observaciones resultaban una buena propaganda para el libro.

Sin embargo, la popularidad de Cross no se basaba tanto en su estilo como en la selección de sus asuntos. En cada libro presentaba uno o dos casos célebres, pero dedicaba especialmente su investigación a crímenes pintorescos y casi irreales, de los cuales muy pocas personas habían oído hablar. Constituyeron verdaderos prodigios en la época en que realmente ocurrieron, sin duda, pero ahora resultaban totalmente nuevos para los lectores de nuestro tiempo. A pesar de las fotografías y pruebas documentales con que acompañaba algunos de los relatos eran tan insólitos, que un crítico le acusó una vez de que el argumento no podía ser sino una patraña del principio al fin. Después de cierto alboroto —que tampoco redundó en falta de publicidad—, Cross probó que no había inventado nada. En este caso, que era el relato de una atrocidad ocurrida en Bruselas durante el siglo XVIII, el incrédulo crítico recibió una furibunda carta del burgomaestre de la localidad, quien parecía orgulloso de su monstruo local. Con eso, Gaudan Cross había pasado a ser un autor bastante leído.

Aquel viernes, después del mediodía, Stevens fue llamado a la oficina del jefe del departamento. Sentado detrás de su escritorio, en la quietud de una habitación muellemente alfombrada, Morley pestañeaba frente a un ordenado montón de originales colocados en una carpeta de cuero.

—Este es el nuevo libro de Cross —anunció—. ¿Quiere llevárselo a casa durante el fin de semana? Me gustaría que hablase de él en las conferencias de propaganda de mayo. Tiene usted especial entusiasmo por este tipo de obras...

—¿Lo leyó?

—Sí —repuso Morley, y agregó con indecisión—: es, en cierta forma, lo mejor que ha hecho. El título necesita ser cambiado, naturalmente. Es apabullador y en el aspecto técnico no se presta a una buena venta, pero ya nos preocuparemos de eso más adelante. Presenta una galería de mujeres envenenadoras y el asunto es fuerte...

—¡Excelente! —repuso Stevens con entusiasmo.

Morley siguió abstraído y desconcertado, mirando la habitación. Algo tenía, sin duda, en la mente. Preguntó:

—¿Ha conocido alguna vez a Cross?

—No. Le he visto una o dos veces en la editorial. Eso es todo —repuso Stevens, evocando el recuerdo de unas anchas espaldas que pasaban por una puerta.

—Bueno... es un tipo de individuo poco común. Me refiero a sus contratos. Hay una cláusula que siempre impone y que no se puede decir que sea corriente. Lo demás no le importa. Ni siquiera creo que se tome la molestia de leer el resto del contrato. La estipulación exige que en la solapa de cada uno de sus volúmenes deba ir una gran fotografía suya.

Stevens carraspeó. Los muros estaban forrados de anaqueles cubiertos de

volúmenes con alegres tapas. Alcanzó uno: era un ejemplar de *Señores del Jurado*.

—Conque ésa era la razón... —murmuró, contemplando el libro—. Más de una vez cavilé sobre el asunto, pero nadie lo mencionaba. No existen detalles biográficos... Apenas una gran fotografía con el nombre debajo... y en la *primera* obra... —Examinó el retrato—. Bueno, es un rostro vigoroso, intelectual... Diría que tiene una buena cara... Pero ¿por qué está tan orgulloso de ella como para querer que la prodiguen así...?

Morley movió negativamente la cabeza, permaneciendo inmóvil en la silla.

—No, no se trata de eso. No es del tipo de individuos que se desviven por una publicidad personal... Lejos de ello... Existe alguna otra razón.

De nuevo Morley le miró con curiosidad, pero refrenó su impulso, cogiendo algo de encima de su escritorio.

—No importa... Llévese el manuscrito. Tenga cuidado. Hay incluidas fotografías... Venga a verme el lunes a primera hora...

Con aquellas palabras sin importancia, dejó la oficina. Sentado ahora en el tren, Stevens entreabrió la cartera para echar una mirada al original. Pero vaciló. Tenía la mente aún llena de interrogantes.

Si el asunto de Gaudan Cross carecía de importancia y no estaba claro, mucho menos parecía estarlo el de Miles Despard. El pensamiento de Stevens voló hacia Despard Park, aquella vieja y humeante casa de piedra entre las hayas y los jardines sumidos en sueños. Recordó a Miles en el verano anterior, caminando por el jardín de detrás de la casa. El *viejo* Miles no era realmente anciano. Apenas tenía cincuenta y seis años cuando le depositaron en el ataúd. Pero su afilado aspecto, su flaco cuello saliendo de los blancos y brillantes cuchillos de los cuellos, su bigote curvado y canoso y el aire de alegre ausencia le situaron siempre en una era distinta. Stevens le recordó bajo un sol tibio, levantando ceremoniosamente su raído sombrero. Tenía los ojos hinchados y preocupados...

La gastroenteritis no ofrece un tránsito fácil. De regreso a su casa, luego de andar vagando, Miles Despard encontró una muerte lenta y cruel que soportó con estoicismo, despertando la bulliciosa admiración de la cocinera. Efectivamente, la señora Henderson, encargada de la cocina, ama de llaves y tirana, dijo que el paciente gritó a veces, pero que no lo hizo a menudo. Lo enterraron en la cripta bajo la capilla privada, donde nueve generaciones de Despards habían sido sepultados en hileras, igual que libros de desecho, y la losa que sellaba la cripta ya había vuelto a su lugar. Pero un detalle parecía haber impresionado profundamente a la señora Henderson. Antes de morir, Miles Despard tenía en sus manos un trozo de cuerda ordinaria, con nueve nudos atados entre espacios iguales. La encontraron después bajo su almohada.

—Tal vez él pensó que se trataba de un rosario o algo por el estilo —confió más tarde la señora Henderson a la cocinera de Stevens—. Es cierto que la familia no es católica, pero de todas maneras el hecho me parecía hermoso.

Había otra cosa que produjo al ama de llaves una especie de histeria. Fue Mark

Despard, el sobrino, quien habló de aquella a Stevens con aire entre molesto y divertido.

Stevens vio una sola vez a Mark después de la muerte de Miles. El anciano había muerto la noche del 12 de abril, un viernes. Recordaba especialmente aquella fecha porque, junto con Marie, pasó esa noche en Crispen, cosa no habitual, ya que sólo iban allí durante los fines de semana. Regresaron a la mañana siguiente a Nueva York sin saber nada de la tragedia, la que conocieron más tarde sólo por los diarios. En el fin de semana siguiente hicieron una visita de pésame a la casa, pero sin asistir al entierro. Marie tenía horror al espectáculo de la muerte. Y esa misma tarde del funeral, Stevens encontró a Mark paseando en medio de la desolación de la King's Avenue.

—La señora Henderson asegura haber observado detalles extraños... —dijo Mark, apoyándose en una farola, con las manos en los bolsillos—. Parece que durante la noche en que murió el tío Miles había una mujer dentro de su habitación, hablándole...

—¿Una mujer?

—Sí, pero no se trata de lo que usted piensa. La señora Henderson la describe como una dama vestida con «ropas raras y de otros tiempos»... Y eso es posible. En aquella misma noche, varios de nosotros, Lucy, Edith y yo, desde luego, fuimos a un baile de máscaras en casa de los Davids. Lucy vestía como madame de Montespan, la favorita de Luis XIV; Edith llevaba un atavío de enfermera, tipo Florence Nightingale, creo. Con mi esposa de gran cortesana y mi hermana de enfermera, estaba yo bastante protegido.

Después de cierto silencio, Mark continuó:

—Sin embargo, tampoco parece probable... Miles era un hombre extraño. Se encerraba en su cuarto y no dejaba entrar a nadie, aunque siempre fue muy cortés. Hasta hacía que le llevaran la comida. Cuando enfermó, le contraté, naturalmente, una enfermera especializada. Armó un verdadero lío por el asunto. Tuvimos que instalarla en el cuarto vecino, y nos costó una lucha evitar que cerrara con llave la puerta de comunicación para que la enfermera no pudiese entrar cuando quería... En consecuencia, aquello de la mujer del traje extraño que vio la señora Henderson, aunque posible...

—No encuentro nada particularmente extraño... —le interrumpió Stevens, sin comprender qué preocupaba a Mark—. ¿No ha preguntado a Lucy o a Edith sobre ello? Por lo demás, si no podía entrar nadie en la pieza, ¿cómo se las arregló la señora Henderson para ver aquello?

—Asegura que fue a través de una ventana que Miles siempre conservaba con la cortina cerrada y que da a la galería posterior. No; no he dicho nada a Lucy ni a Edith. —Rió ostentosamente—. La razón es muy clara. *Eso* no me preocupa. No trato de hacer intrigante el asunto... Es la otra parte de la historia la que me sorprende. Asegura la señora Henderson que la mujer de la ropa rara... ¡y escúcheme con

atención!... conversó primero brevemente con Miles y luego salió de la habitación por una puerta que no existe...

Stevens miró a Mark Despard. Su rostro afilado, de nariz ganchuda, mostraba una gravedad que podía no ser satírica.

—¿Fantasmas?

—Me refiero —añadió Mark, recalcando cuidadosamente las palabras— a una puerta que fue tapiada y luego recubierta con un zócalo de madera hace más de doscientos años. No creo que haya fantasmas. Durante mucho tiempo hemos logrado muy bien prescindir de ellos. Hemos sido aburridamente respetables. Y un fantasma respetable podría dar prestigio a una familia, pero significaría un insulto para los huéspedes. Más bien creo que la señora Henderson estaba equivocada...

Eso había ocurrido hacía una semana, y Stevens, recordando la conversación, le daba poca importancia, pero inconscientemente trataba de encontrar cierto paralelo entre aquello y la otra charla que tuviera con Morley. Existía un autor retraído que tenía la pasión de ver publicada su fotografía, aunque sin fines publicitarios; y Miles, también amante de la soledad, era un millonario que había muerto de una inflamación del estómago dejando debajo de la almohada una cuerda con nueve nudos. Finalmente, una dama de ropaje antiguo salía de una habitación por una puerta tapiada dos siglos antes. ¿Qué escritor sería capaz de tejer una historia con tan deshilvanadas circunstancias?

Sacó el manuscrito de su cartera. Era voluminoso y estaba escrito con escrupulosa limpieza. Las fotografías, dibujos y documentos adicionales se encontraban cuidadosamente prendidos con grapas de bronce. Después de echar una mirada al índice, observó el encabezamiento del primer capítulo. Sintió que se desvanecía de impresión. Sujeta a la página se encontraba una fotografía de mujer, antigua, pero muy clara. Debajo de ella se leía:

MARIA D'AUBRAY: GUILLOTINADA POR ASESINATO EN 1861

Y el retrato era el de su propia esposa.

DURANTE un rato estuvo examinando con insistencia tanto el nombre como los rasgos. Olvidó que se encontraba en el tren. Se sentía en medio del vacío.

Miró por la ventanilla. Tenía la sensación de quien permanece en el sillón del dentista, luego de haber sufrido una extracción: la cabeza débil, el corazón latiendo con ritmo algo acelerado y nada más.

No había posibilidad de coincidencia ni de error. El nombre era el de ella: Marie D'Aubray. Los rasgos también eran los suyos, y hasta la expresión resultaba idéntica. La mujer del retrato, la que había sido guillotizada hacía setenta años, era una ascendiente de su mujer: una abuela, quizás, pero idéntica a la joven actual.

No le importaba eso, naturalmente. Tampoco le hubiese preocupado que los padres, tíos, etc., de su mujer, hubieran vivido bajo un estigma infamante. Había que mirar el asunto con la indiferencia con que se contempla una calavera de cartón piedra colocada sobre un escritorio. Sin embargo, resultaba sorprendente descubrir en el retrato el mismo pequeño lunar en el extremo de la barbilla y el mismo brazalete que contemplara cien veces como complementos obligados de Marie. Más aun, consideraba muy poco divertido que su propia editorial fuese a publicar un libro con la fotografía de su esposa encabezando la galería de envenenadoras.

Desprendió la fotografía para estudiarla con más cuidado. ¿A qué se debía aquella sensación extraña que experimentaba al tocarla? Descubrió, aunque no se había detenido a analizarlo, cuán completa y violentamente enamorado estaba todavía de su mujer. En el reverso del grueso cartón de la fotografía, con letras en relieve se leía el nombre del fotógrafo: PERRICHET ET FILS, 12 RUE JEAN GOJEAN, PARIS VII. Y de través, con letras grandes y en una tinta algo desvanecida, alguien había escrito: «La très, très chère Marie. Louis Dinérd, le 6 janvier, 1858». ¿Amante? ¿Marido?

Pero lo que más violentamente le llegaba al alma, como una onda emanada de la fotografía, era la expresión de la mujer. Sobrevivía intacta. Era un retrato de medio cuerpo, como un fondo de paisaje en que se veían árboles y... Palomas. La actitud resultaba afectada, como si fuese a caerse de lado. La mano izquierda descansaba sobre una mesa pudorosamente cubierta con un tapete. Su vestido de cuello alto era de tafetán oscuro. Y la cabeza se inclinaba hacia atrás.

Aunque el pelo dorado se encontraba arreglado de manera diferente, era de Marie. Ella debía de mirar la lente fotográfica, aunque con cierta expresión lejana. Los ojos azules, de párpados pesados y grandes pupilas con un iris notablemente oscuro, ostentaban lo que habían bautizado como la expresión «espiritual» de su mujer. Los labios, entreabiertos, sonreían levemente. Enmarcada en ese ambiente, la apariencia era casi desagradablemente almibarada. Sin embargo, infundía la ilusión de algo vivo que palpitaba en su mano.

Sus ojos retornaron a la frase: «Guillotizada por asesinato».

«Todo esto es una broma o una burla —se dijo—. Es Marie y quieren jugarme una mala pasada.»

Pero también se confesó que trataba de engañarse. A veces el parecido entre una persona y su antepasado podía ser notable. Su abuela había sido guillotizada, ¿y qué más daba?

Después de todo, sabía muy poco de Marie, aunque llevaban tres años de casados. Estaba informado de que procedía del Canadá y de que vivió en una casona parecida a Despard Park. Se conocieron en París y se casaron a los quince días. Fue en el patio interior de una vieja posada, cerca de la Calle Saint-Antoine. No podía recordar el nombre de la calle o por qué había ido a parar allí durante sus vagabundeos por el viejo París. Asociaba todo a cierta sugestión de su amigo Welden, profesor universitario y también aficionado a los juicios criminales. Y había ido a un sitio que le indicó, aproximadamente.

Después se olvidó de hablar a Welden de aquello. Pero se encontró con Marie, que también parecía estar vagando. La joven le aseguró no saber qué sitio era aquél. Le dijo que le había llamado la atención aquel patio y entró. Cuando la vio, estaba sentada en el borde de una ruinoso fuente, en el centro del patio, donde crecía la hierba. La rodeaban tres corredores y las piedras mostraban restos de figuras talladas. Aunque la joven no parecía francesa, no dejó de sorprenderle que le hablara en un inglés absolutamente corriente, y de que su expresión, más bien *espiritual*, se acentuara con la amplia sonrisa. Era como un reflejo de su fuerza interior.

Pero ¿por qué no se lo contó jamás? ¿A qué venía aquel innecesario secreto? Aquélla era, posiblemente, la casa donde Marie D'Aubray había vivido, en 1858. Después la familia se trasladó al Canadá y en la oportunidad en que se encontraron, tal vez Marie reviviría —llevada por una curiosidad natural— las nefandas escenas de quien llevara su mismo nombre. A veces contaba alguna anécdota de su familia, pero la verdad era que jamás se había explayado en esos temas. Su personalidad tenía extraños recovecos y reacciones inesperadas, como, por ejemplo, su resistencia a soportar la vista de un embudo de cocina, por muy corriente que fuera...

Tenía la impresión de que la Marie D'Aubray del retrato, la primera, le contemplaba desde el pasado. Se traslucía cierta actitud burlona tras su sonrisa etérea. ¿Por qué no se decidía a leer la historia de aquella mujer y perdía el temor de contemplar aquel rostro casi angelical, cuya cabeza había caído en el canasto de la guillotina? Cogió de nuevo el original, pasando la fotografía hasta el final del primer capítulo. De repente dio con una de aquellas granadas de mano características de Cross, lanzada en el campo de la ficción:

El arsénico ha sido llamado el veneno de los necios. Y nunca ha existido un nombre peor puesto que éste...

No es un veneno de necios ni tampoco se debe su popularidad a que lo hayan empleado los criminales sin imaginación. La evidencia demuestra absolutamente todo lo contrario. En su condición de veneno, el arsénico se usa porque sigue siendo el más efectivo en la acción mortífera.

En primer lugar, los médicos encuentran grandes dificultades para diagnosticar un envenenamiento con

arsénico, a menos que tengan ciertas razones para sospecharlo. Si se administra en dosis cuidadosamente graduadas, los síntomas resultan idénticos a los de una gastroenteritis...

Los ojos de Stevens quedaron clavados en esas últimas palabras. Las letras se volvieron borrosas, porque los pensamientos se le cruzaban en la mente. La gastroenteritis era precisamente la enfermedad de que había muerto Miles Despard hacía dos semanas. Lo que pensaba parecía una broma, aunque nada divertida...

—Buenas tardes, Stevens... —dijo una voz a la altura de su hombro.

El tren llegaba a Ardmore y quien le hablaba era el doctor Welden, quien se había detenido en el pasillo y le miraba con aire de curiosidad. Su rostro delgado tenía un aspecto casi ascético; las mandíbulas dibujaban un ángulo agudo. Llevaba un delgado bigote oscuro y unos lentes montados al aire. Era inexpresivo, excepto la risa ocasional con que adornaba alguna historia. Welden era muy experto en su especialidad, y un amigo a carta cabal. Siempre vestía correcta y sobriamente, y llevaba una cartera semejante a la de Stevens.

—No sabía que iba usted en el tren. ¿Todo el mundo bien? ¿Cómo está la señora Stevens?

—Tome asiento —repuso el aludido, contento de que su amigo no hubiese alcanzado a ver el retrato.

Welden se bajaba en la próxima estación, pero aceptó sentarse en el brazo del asiento. Ambos se contestaron las preguntas usuales y Stevens meditaba sobre lo que habría pensado el recién llegado si hubiese abierto la cartera y observado el retrato.

—Ahora que me acuerdo, quiero hacerle una pregunta... —dijo con aire distraído—. En su calidad de perito en asuntos criminales, ¿ha oído hablar alguna vez de una envenenadora llamada Marie D'Aubray?

—¿Marie D'Aubray? Ya. Ese era el nombre de soltera de la dama... Por cierto —añadió sonriendo después de un momento de meditación—: Ahora que usted lo menciona, siempre me olvidé de preguntarle...

—Fue guillotinado en 1861.

—Entonces no podemos estar hablando de la misma persona... —repuso Welden, un poco sorprendido del giro que había tomado la conversación—. ¿En 1861? ¿Está usted seguro de la fecha?

—La cita Gaudan Cross en su último libro. Debe recordar usted, sin embargo, aquella tempestad que se levantó hace un par de años en torno a si este escritor inventaba o no los acontecimientos. Se trata, pues, de una simple curiosidad...

—Si Cross lo afirma, yo lo creería al pie de la letra... —declaró Welden, contemplando por la ventanilla cómo el tren aumentaba la velocidad—. El hecho, en todo caso, me resulta nuevo. La única «Marie D'Aubray» que he oído mencionar es mucho más conocida bajo su nombre de casada. Constituye un personaje clásico... Debe haber leído usted el caso en alguna parte. ¿No recuerda que le aconsejé que visitara su casa en París?

—Continúe, por favor...

Aunque sorprendido de que Stevens no contestara a su pregunta, Welden añadió:

—Era la celebrada marquesa de Brinvilliers, una deliciosa y seductora mujer. Aún se la considera como la más auténtica representante de la fascinación combinada con una sutil inclinación al crimen. Lea el relato de su juicio: es sensacional. No deje de estudiar el asunto. Verá aquello de la caja de teca y de las máscaras de cristal. Además, disponía entre sus adeptos de un buen número de personas, incluyendo su propia familia, y las utilizaba para la práctica necesaria con los pacientes en el hospital del Hotel Dieu. Creo que era arsénico lo que usaba. Las confesiones que hizo durante el juicio son como para poner histéricos a los psiquiatras. Contienen, entre otras cosas, ciertas notables perversiones sexuales... Fue decapitada y quemada en 1676... —añadió Welden, levantándose bruscamente y sacudiendo del abrigo la ceniza desprendida del cigarrillo—. Pero yo me quedo en esta estación. Cuando no tenga otra cosa mejor que hacer durante el fin de semana, avísenos por teléfono. Mi mujer tiene una receta de tarta que le pidió la señora Stevens... Buenas noches...

Como la estación donde él debía apearse estaba cercana, Stevens guardó el manuscrito dentro de la cartera. En todo aquello había un error sin sentido. La absurda confusión con la marquesa de Brinvilliers —pensó— sólo venía a complicar las cosas, y nada tenía que ver con el asunto. En su cerebro seguía martillando una frase: «Si se administra en dosis cuidadosamente graduadas, los síntomas son exactos a los de la gastroenteritis.»

Cuando descendió, la frescura de la noche pareció desvanecer sus descabelladas ideas. Bajó la escalera de cemento y llegó a la estrecha calzada. Vio la silueta del familiar Chrysler situado junto a la cuneta.

Marie, que estaba en el interior, abrió la puerta para que entrara su marido. Cuando la vio, sus deducciones anteriores se alteraron. Había cierto hechizo en aquella foto, que transformaba cualquier rostro corriente. Y la imagen se desvanecía ahora. Apenas contempló a su mujer, casi tuvo ganas de reír. Llevaba una falda de color café y un suéter, además de un ligero abrigo que le colgaba de los hombros, a guisa de capa. El escaparate iluminado de una tienda cercana arrancaba destellos dorados de su cabellera. La joven lo miró sorprendida. Su voz de contralto —que no parecía armonizar con su frágil silueta— convertía de nuevo el mundo en algo físico y real.

—¿Quieres decirme de qué te estás riendo? ¿Has estado bebiendo? Debiera darte vergüenza. Pensar que yo me moría por tomarme un cóctel, y no he probado una gota, esperando beberlo contigo...

—No he bebido nada... —repuso Stevens con dignidad—. Me reía sólo de algo que estaba pensando...

De nuevo el reflejo de la luz cayó sobre su cabello. Esta vez procedía de entre las cortinas oscuras de una vitrina. Y detrás se percibía inmóvil la silueta de un individuo. Parecía estar mirando hacia la calle.

—¡Santos cielos! Ese es J. Atkinson, por fin —dijo Stevens.

—No creo que estés totalmente ebrio, pero, en todo caso, no pareces encontrarte en tus cinco sentidos... ¿Qué pasa con Atkinson?

—Nada. Sólo que es la primera vez que distingo a alguien detrás de esas cortinas. Supongo que estará aguardando a alguien...

Marie dio la vuelta a la esquina con su habitual destreza para conducir el coche. Llegaron hasta la avenida de hayas que desemboca en las rejas de Despard Park. Bruscamente, Stevens tuvo la impresión de que alguien pronunciaba su nombre. Pero, en realidad, debía tratarse de una trepidación del motor, que funcionaba con excesivo ruido. Prefirió no hablar del asunto, tanto más cuanto que la calle estaba vacía. Su mujer actuaba en forma absolutamente normal, y parecía tan encantada de verlo, que resultaba criminal molestarla con una desconfianza. A veces —pensaba— el cansancio puede provocar sensaciones extrañas: se cree ver u oír cosas que no existen. Pero también eso era una necesidad, ya que se sentía fuerte como un toro.

—¿Estás cansado? —preguntó, sonriendo, Marie, mientras respiraba ávidamente el aire primaveral.

—No; en absoluto...

—Me preocupas, Ted... Tienes un aspecto extraño. Sin duda necesitas un cóctel. No saldremos esta noche, ¿verdad?

—Espero que no. ¿Por qué?

—Es que Mark Despard te ha estado llamando toda la tarde, e insiste en que necesita hablar urgentemente contigo. Asegura que es algo muy importante, pero no quiso decirme de qué se trataba... Su acento era bastante raro... Pero, sea lo que fuere, no le harás caso, ¿verdad?

3

—BIEN sabes que no, siempre que pueda evitarlo... —repuso Stevens—. Todo depende de si la cosa tiene realmente importancia...

Se detuvo, porque no sabía lo que ella había querido decirle. Había ocasiones en que la expresión de Marie se alejaba y él sentía que les separaba una especie de niebla. Pero ahora, sin duda, el reflejo de su mirada era distinto, por la luz que arrojaba el farol de la calle. No insistió ella en el asunto de Despard, y se puso a charlar alegremente sobre algunas modificaciones que haría en los muebles del departamento de Nueva York. Stevens pensó que abandonaría aquella conversación, bebería un cóctel, plantearía el tema que le preocupaba en tono de broma, y luego lo olvidarían todo.

No recordaba si su mujer había leído o no alguna obra de Cross. Debía, sin duda, haber visto los originales, ya que siempre le ayudaba a preparar su trabajo. La miró y vio que la manga del abrigo se había caído hacia atrás y dejaba al descubierto la pulsera. Era un brazalete extraño, toscamente tallado y con un saliente que simulaba una cabeza de gato que llevaba un rubí en la boca. Era el mismo que aparecía en la fotografía.

—¿Has leído algo de Cross? —preguntó a su mujer.

—¿Quién es?

—Un escritor especializado en asuntos criminales.

—¡Ah, ya sé! No; en realidad, no tengo la imaginación morbosa de otra gente. Créeme que a veces me preocupa que personas como tú, Mark Despard y el Dr. Welden se inclinen por esos temas. ¿No te parece poco sano?

Stevens la escuchaba atónito. Nunca la había oído hablar así; había una nota forzada en su voz. La miró de nuevo y vio una marcada seriedad en su rostro.

—Autoridades muy competentes han afirmado —dijo él— que mientras los norteamericanos conserven el interés por el crimen y el adulterio, el país está a salvo. Y si llegas a sentir inclinación por la morbosidad, aquí tienes el nuevo libro de Cross... —añadió, golpeando la cartera—. Se trata de historias de envenenadoras. Y creo que hay hasta una «Marie» entre ellas...

—¿Lo leíste tú?

—Le eché una hojeada...

La joven no delató ni la más mínima curiosidad. Se limitó a concentrarse en las maniobras necesarias para introducir el coche dentro del garaje. Stevens bajó, sintiéndose fatigado y hambriento. La casa le ofrecía una alegre bienvenida con las luces encendidas tras las hermosas cortinas. Se percibía un olor a lilas y a hierba nueva.

Una vez en el interior, le habría gustado instalarse en una silla y no moverse. A la derecha del vestíbulo estaba la sala de estar, con un gran sofá, anchos sillones

tapizados con una tela anaranjada, ventradas lámparas sobre las mesas, los anaqueles atestados de libros y una buena copia de Rembrandt sobre la chimenea. Hasta la coctelera parecía formar parte de aquel conjunto típico de cientos de casas semejantes.

Marie tomó su sombrero y la cartera, mientras él se dirigía al piso alto para asearse un poco. Bajó luego, silbando, pero se detuvo antes de llegar al último peldaño. Contempló la cartera sobre la mesa del teléfono y observó que se encontraba abierta.

Era desagradable sentirse como un conspirador dentro de su propia casa. Se dirigió a la mesa e hizo un rápido examen del manuscrito.

La fotografía de Marie D'Aubray había desaparecido.

Sin detenerse a pensar, se dirigió a la sala de estar. Tenía la impresión de que la atmósfera se encontraba levemente alterada. Marie, situada junto a la mesa del bar, sujetaba con la mano un vaso vacío. Tenía el rostro enrojecido. Señalándole el vaso, le dijo:

—Bebe eso. Has tardado mucho. Te sentará bien...

Mientras sorbía el cóctel, tuvo la impresión de que su mujer lo miraba. Por su mente cruzó un pensamiento tan desagradable, que para desafiario y expulsarlo de ella se sirvió un segundo vaso, que bebió de un trago.

—Encuentro algo raro aquí —dijo él—. Esta casa se ha vuelto misteriosa. No me parecería extraño ver manos ávidas saliendo de las paredes y cadáveres cayendo de dentro de los roperos. Dime, ¿sabes algo de una persona de tu mismo nombre que se dedicaba a matar gente con arsénico, hace algunos años?

—¿De qué estás hablando, Ted? —preguntó su mujer, examinándole con atención—. Me has parecido muy extraño desde que llegaste a casa. ¿Acaso crees que envenené tu cóctel? —preguntó riendo.

—Déjate de tonterías... Con toda seriedad, y aunque parezca disparatado, insisto en preguntarte: ¿no has oído hablar de una mujer, de hace unos cien años, que era exactamente un doble tuyo, que tenía un brazalete con una cabeza de gato igual a ese que llevas en la muñeca?

—¿De qué estás hablando, Ted, por el amor de Dios?

—Escucha, Marie... Y no convirtamos en un misterio este asunto —siguió diciendo Stevens, abandonando ya el tono ligero—. La cosa no tiene importancia. Pero alguien creyó que resultaría una excelente broma hacer una fotografía tuya con ropas de 1850, e insertarla dentro de un libro como el auténtico retrato de una mujer que debe haber matado a la mitad de sus vecinos, a juzgar por lo que le sucedió. Pero nadie se lo tragará. Cross ha sido acusado antes de invenciones. Y esto ya parece demasiado para una burla. Hablando francamente: ¿quién era esa Marie D'Aubray? ¿Acaso una parienta tuya?

Marie se puso de pie. No parecía molesta ni asombrada. Lo miró con ternura, luego se retiró un poco. Stevens jamás había advertido cuán fácilmente cambiaba ella

de color, ni tampoco se había fijado en el pliegue que se le marcaba a lo largo de un lado del cuello.

—Trataré de hablar en serio, ya que tú pareces desearlo. Hubo una persona llamada Marie D'Aubray (y el nombre es bastante común), que cometió varios asesinatos hace muchos años. ¿Y tú crees que yo soy ella o que ella era yo? Tratas de representar al gran Inquisidor. Si yo fuera esa Marie D'Aubray... —Y al decir esas palabras se miró por encima del hombro a un espejo que quedaba a sus espaldas y, por un segundo, creyó él que aquel cristal tenía algo extraño—, tendría que reconocer al menos que me encuentro bastante bien conservada, ¿verdad?

—No he pretendido eso. Sólo te preguntaba si descendías remotamente de...

—¡Qué ocurrencia! Dame un cigarrillo y sírveme otro cóctel. Y sácate esas ideas de la cabeza...

—Está bien. Pero todavía hay algo más: lo único que importa es que una respetable casa editora no puede birlar fotografías del original de un autor y guardárselas... Vamos, Marie, confíesame francamente: ¿no abriste mi cartera hace un rato?

—No.

—¿No sacaste la fotografía de Marie D'Aubray, que fue guillotizada por asesinato en 1861?

—¡Es cierto que no lo he hecho! —repuso la joven, sintiendo que su irritación iba en aumento. Luego su voz se serenó—. Dime, Ted: ¿qué quieren decir todas estas tonterías?

—Alguien tiene que haberla cogido, porque no está en la cartera. Y no hay tampoco nadie en la casa, excepto Ellen. La dirección de Cross está al comenzar el libro, y pensé si convendría llamarlo por teléfono para rogarle que suprimiera esa fotografía. Y ahora el maldito retrato ha desaparecido...

La cabeza de Ellen asomó en la puerta:

—La comida está servida, señora... —anunció con gran entusiasmo.

Pero en ese momento se oyeron fuertes golpes en la puerta.

Nada tenía de extraño que alguien llamara; sin embargo, por dos o tres segundos, Stevens permaneció inmóvil. Oyó a Ellen responder con disgusto.

—¿Está el señor Stevens en casa? —preguntaba la voz de Mark Despard.

Se levantó. Marie permanecía de pie, con una absoluta falta de expresión. Y en el momento en que pasó a su lado (por un nebuloso motivo que no pudo analizar), Stevens alzó su mano y la llevó a sus labios. Inmediatamente después, Stevens salía al vestíbulo, saludaba a Mark con jovialidad, le confesaba que en ese momento iban a cenar y le ofrecía un cóctel...

Pero con Mark había llegado otro individuo. La lámpara de bronce iluminó el rostro sensible de Mark, agradable, a pesar de la fuerte mandíbula. Los ojos, muy azules, examinaban el lugar. Mark era un joven abogado que había heredado el bufete de su padre, fallecido hacía una media docena de años. Practicaba poco, pero era un

gran teórico. Insistía en que sufría la maldición de poseer la habilidad de mirar las dos caras de todas las cosas. Su voz era suave, cortés, pero decidida.

—Siento introducirme en su hogar de esta forma. Bien sabe usted que no lo haría si no se tratara de un asunto de la mayor importancia. Y me temo que no puede esperar...

Se volvió hacia el hombre que le acompañaba. Era un individuo de baja estatura y con expresión educada, aunque con algo de timidez. Su rostro mostraba rasgos acentuados, pero con ese aire de vaguedad de quien está acostumbrado a beber. Toda su persona revelaba cierto aspecto distinguido, que resultaba difícil olvidar.

—Este es un viejo amigo, el doctor... el doctor Partington —dijo, corrigiéndose rápidamente, aunque la expresión del aludido no cambió—. Queríamos hablar unas palabras en privado con usted. Puede que tardemos algo, pero cuando sepa que se trata de una buena causa no le importará retrasar...

—¡Salud, Mark! —exclamó Marie con su habitual sonrisa—. Anda a tu estudio, Ted, con tus amigos. Sobra tiempo para comer.

Se dirigieron a la pequeña habitación, que pareció llenarse con las tres personas, Mark cerró cuidadosamente la puerta y permaneció apoyado contra ella.

—Ted —dijo—, mi tío Miles fue asesinado.

Stevens esperaba aquello. No estaba nervioso, pero sentía una especie de temblor interno.

—Fue asesinado con arsénico.

—Siéntense —indicó Stevens, después de una pausa, y mirándolos, añadió—: ¿Y quién lo envenenó?

—No sé, salvo que fue alguien de nuestra casa —repuso Mark con el mismo opaco tono de voz—. Ahora que me he descargado, puedo decir por qué le informo.

Estaba sentado, con los brazos colgantes entre las rodillas. Los ojos azules permanecían fijos en la lámpara.

—Hay algo que debo y quiero hacer. Para realizarlo me hacen falta otros tres hombres, además de mí. Cuento con dos, y es usted la única otra persona en quien puedo confiar. Pero si se decide a ayudarnos, debe prometernos algo. Sea lo que fuere lo que descubramos en el cadáver del anciano, no se dirá una palabra a la policía.

—¿Cómo? ¿No quiere usted que el criminal, quienquiera que fuere, sea castigado? —preguntó Stevens, mirando a la alfombra para ocultar la incertidumbre de sus pensamientos.

—¿Castigado? Ya lo creo —repuso Mark con aire fanático—; pero debe comprender usted que vivimos en una civilización absurda. Si tengo una obsesión es la de ocuparme solo de mis asuntos, y dejar que los demás se ocupen de los suyos. Hay, además, algo que odio: es la palabra publicidad. Me refiero a la publicidad personal, que te ha convertido en un culto, en una manía conductora de los destinos ajenos. No existe probablemente una doctrina más condenable que la que reza: «No me importa lo que digan de mí, con tal que mencionen mi nombre.» La culpa no es de

los diarios: no pueden evitarlo, igual que el espejo no puede impedir que la imagen se refleje en su cristal. Pero esto es diferente. Se trate o no de un asesinato, no permitiré que nuestros asuntos privados sirvan de anzuelo para lectores que no me interesan. Por eso quiero que nunca salga una palabra de nuestros labios... Esta noche, si me ayudan, abriremos la cripta, el ataúd de mi tío y aun su cadáver. Necesitamos la prueba definitiva de si existe o no arsénico, aunque yo tengo casi la certeza. Les diré lo que sé al respecto. Hace más de una semana que tengo la evidencia del asesinato. Para asegurarnos, debe ejecutarse una autopsia. El problema consiste en hacerla en secreto. No hay ningún médico... es decir...

Partington le interrumpió suavemente:

—Lo que Mark quiere decir es que no hay ningún médico de prestigio que ejecute semejante operación. Por eso me mandó buscar.

—No he pretendido decir semejante cosa.

—Ya sé que no, querido... —Volviéndose hacia Stevens, Partington explicó—: Es mejor que le explique mi participación en este asunto. Soy el más antiguo amigo de Mark, y hace diez años que estaba comprometido para casarme con su hermana Edith. *Era* cirujano. Hace diez años, mientras trabajaba con éxito en Nueva York, ejecuté un aborto. No importan los motivos. Yo consideré justa la razón, pero se produjo cierta histeria después, y me descubrieron. Fue una aventura desagradable, pues los periodistas amigos de Mark sacaron el mayor provecho del asunto. Fui borrado del registro médico, naturalmente. No me importó gran cosa. Tenía algún dinero ahorrado. Por lo demás, Edith creyó siempre que aquella mujer a quien operé... pero ésa es una historia vieja... —concluyó Partington, sonriendo sin amargura.

Parecía que la garganta se le había secado al emitir esas pocas palabras. Stevens comprendió y sacó una botella de *whisky* del armario.

—Desde entonces he vivido en Inglaterra, y muy cómodamente —explicó Partington—; pero hace una semana Mark me escribió...

Stevens sacó vasos y un sifón.

—Guardaré el secreto, naturalmente, Mark, pero supongamos que descubre lo que sospecha, imaginemos que se demuestre el asesinato. ¿Qué va a hacer?

—Sólo Dios lo sabe —repuso Mark, apretándose la frente con las manos—. Estoy medio enloquecido. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué haría otro en mi lugar? ¿Ejercer una venganza privada, cometer otro asesinato? No, gracias. No quería tanto al tío Miles como para eso. Pero necesitamos saber... No podemos continuar en la incertidumbre de si existe un envenenador dentro de la casa... Y odio causar dolores deliberadamente. El tío Miles no se apagó rápidamente; fue una muerte cruel. Alguien debió deleitarse al verlo agonizar. —Apretó el brazo del sillón y siguió—: Y hay otra cosa que deben ustedes saber. Una persona lo ha estado envenenando sistemáticamente durante días y aun semanas. Resulta imposible decir exactamente cuándo comenzó a administrarse el arsénico, porque en realidad sufría las mismas

dolencias estomacales que produce el envenenamiento arsenical. Antes de que empeorara y le trajéramos una enfermera, pedía que le llevaran sus comidas en una bandeja. Pero exigía que se las dejaran en una mesa colocada del lado de afuera de la puerta, y de allí la recogía. En consecuencia, cualquiera de los de la casa, o hasta alguna visita, pudo divertirse remojando la comida con veneno. *Pero...* —dijo Mark, levantando la voz contra su voluntad—; pero en la noche que tomó la última dosis completa, para morir a las tres de la mañana, el asunto fue diferente. Aquí entramos en el reino de las sospechas que aparecen en las historias de detectives. Y yo necesito aclarar lo sucedido, llegar hasta la raíz misma, aunque sólo sea para probar que la persona que mató al tío Miles no fue mi propia mujer.

Stevens, que había cogido en aquel momento una caja de cigarrillos, se quedó con ella en el aire. El asunto parecía demoníaco. Mark y Lucy: su pensamiento la evocó frágil, hermosa, correcta, con el cabello negro partido al lado y un leve rastro de pecas en la nariz. Vio su rostro sonriente, el tipo de persona de quien todo el mundo habla bien, la mujer capaz de hacer la felicidad de un matrimonio.

—Adivino lo que está pensando —murmuró salvajemente Mark—. Me cree loco, ¿verdad? Pero no es ése el punto débil. Sé que durante toda la noche en la que el tío Miles ingirió su última y fuerte dosis, Lucy se encontraba conmigo en un baile de máscaras. Pero insisto en que no es ése el punto débil. Debo encontrar la maldita evidencia circunstancial. No tiene usted que enfrentarse con una situación semejante, Ted, y debe dar gracias al cielo porque no le ha tocado sufrirla. Necesito saber quién mató al tío Miles, para descubrir también quién trata de colocar a mi mujer en una falsa posición y le advierto que habrá dificultades. No creo que necesite explicarle más.

—¿No lo cree usted? —repitió Stevens—. No importa. Habló usted de una «evidencia circunstancial». ¿Qué es eso?

Mark, aspirando fuertemente, como si inhalara humo, vertió una abundante dosis de *whisky* en su vaso, contempló el líquido contra la luz y lo bebió de un sorbo.

—La señora Henderson, nuestra cocinera y ama de llaves, vio cometer el asesinato... Vio administrar la última dosis, y, por lo que describe, la única persona que pudo cometer el delito fue Lucy.

—Lo tomas con frialdad y ése es un buen signo... —observó Partington—. Pero me parece débil el testimonio...

Sus pesados ojos seguían a Mark mientras éste bebía. Stevens comprendió que Partington necesitaba desesperadamente el licor, pero simulaba no tomar en cuenta la botella. El dueño de la casa le preparó un *whisky* con soda y se lo alcanzó. El médico lo tomó con la afectada indiferencia del bebedor consuetudinario y continuó hablando:

—¿Te refieres a la señora Henderson, esa anciana que ha estado con ustedes durante tantos años? ¿No es posible que ella...?

—Cualquier cosa es posible en este lío —le repuso cansadamente Mark—. Pero no creo que sea una histérica ni que mienta. Y tal como tú dices, tanto ella como su marido han estado con nosotros desde que yo era niño... Fue la niñera de Ogden. ¿No recuerdas a mi hermano? Y me consta que la señora Henderson quiere sinceramente a todos los de mi familia, como también a Lucy. Además, no tiene la más leve sospecha de que el tío Miles haya sido asesinado. Cree que murió de una enfermedad del estómago, y que lo que vio fue un incidente sin importancia... Por eso mismo me ha resultado endiabladamente difícil mantenerla callada.

—Espere un momento —le interrumpió Stevens—. ¿Acaso esa historia se refiere a una mujer misteriosa, con vestido antiguo, que salió por una puerta que no existe?

—Exactamente —respondió Mark con cierta irritación—. Desde ese punto sigue una historia que no concuerda con la razón. ¡Resulta todo un absurdo! Júzguenlo por ustedes mismos...

Sacó papel y una bolsita de tabaco. Siempre le había gustado prepararse sus propios cigarrillos.

—Les contaré el asunto desde el principio, porque tiene aspectos tan raros, que resultan increíbles. Y quizá sea mejor que comience con la historia de mi familia. Mi tío Miles y mi padre nacieron con un año de diferencia, el primero en abril del 73, y el segundo en marzo del 74... Ya verán por qué subrayo los detalles. Mi padre se casó muy joven: a los veintiún años, y el tío Miles permaneció soltero. Yo nací en el 96: Edith, en el 98, y Ogden, seis años más tarde. El dinero provino de la agricultura. Los viejos Despard obtuvieron un buen trozo de tierra en Filadelfia. Miles lo heredó casi todo, pero eso no preocupó nunca a mi padre. Era un hombre bondadoso que había conseguido una brillante situación como abogado. Tanto mi padre como mi madre murieron de neumonía hace seis años. Mamá se contagió por insistir en cuidar a papá...

—Lo recuerdo perfectamente —observó Partington, que tenía las manos colocadas como una pantalla ante los ojos.

—Y les cuento esto para que vean cuán corrientes son todos los antecedentes. No

existen rivalidades, ni avaricia, ni malos sentimientos. Miles era un viejo galanteador, es cierto, pero lo hacía en forma delicada y decorosa. Puedo asegurar que no tenía ni un solo enemigo. Por lo demás, vivió mucho en el extranjero, y casi no conocía a nadie de aquí. Si alguien lo envenenó, fue sólo por el placer de ver morir a un hombre... o por su dinero, naturalmente... Si fue por su dinero, se puede decir que todos sus sobrinos caemos bajo la sospecha. Cada uno de nosotros hereda una gruesa suma. Sabíamos que la recibiríamos. Como les dije, Miles y mi padre nacieron con tan poca diferencia de tiempo, que fueron criados casi como gemelos, y siempre como buenos amigos. Mi tío Miles nunca se inquietó por casarse, mientras mi padre pudiera darle herederos. Y en medio de esta tranquila situación doméstica, alguien comenzó a administrarle el arsénico.

—Quisiera hacer un par de preguntas... —solicitó Partington, sobrio todavía, pero con mayor soltura en la manera de hablar—. Primero: ¿qué prueba tienes de que se le hizo ingerir arsénico? Y, segundo, respecto a las insinuaciones de que la conducta de tu tío fue haciéndose más extravagante en los últimos tiempos: ¿desde cuándo comenzó a encerrarse en su cuarto y a proceder en forma insólita?

—Resulta fácil dar una impresión equivocada... —repuso Mark, después de una ligera vacilación—. Y eso es lo que quiero evitar. No vayan a imaginar que se volvió un excéntrico insoportable ni que perturbara la armonía de la casa. Siempre tuvo finos modales. Notamos cierta diferencia no hace aún seis meses, cuando regresó de París, a raíz de la muerte de mis padres. Ya no era el hombre eufórico de antes. No significaba esto que se mostrara deprimido, pero sencillamente, parecía abstraído o desconcertado, como si tuviera algo que le preocupara. No solía encerrarse por aquella época. Tal costumbre comenzó... A propósito, ¿cuánto tiempo hace que viven ustedes en esta casa, Ted?

—Unos dos años, más o menos...

Mark asintió, sonriendo ante la coincidencia.

—Fue un par de meses después de eso. No se encerraba precisamente, pero almorzaba y comía en su cuarto y se pasaba allí la tarde. Ya conocen la vida rutinaria: bajaba a desayunar, caminaba por el jardín cuando hacía buen tiempo y se fumaba un cigarro. Dedicaba también un rato a la galería de cuadros. Estaba como les dije, desconcertado, igual que si le rodeara una niebla. A mediodía regresaba a su cuarto, de donde ya no salía.

—Pero ¿qué hacía allí todo el tiempo? —preguntó Partington—. ¿Leía? ¿Estudiaba?

—No, no lo creo... No se podría decir que fuera aficionado a los libros. Solía instalarse simplemente en un sillón de mimbre a mirar por la ventana. También corría el rumor de que dedicaba bastante tiempo a cambiarse de ropa, por no tener, en apariencias, otra cosa que hacer. Poseía un vestuario fantástico y se mostraba siempre orgulloso de su apariencia...

»Hace unas seis semanas comenzó a tener esos ataques: vómitos, calambres y el

resto de molestias. No quería ni oír hablar de médicos. Respondía: «¡Tonterías! Ya he sufrido lo mismo antes. Una cataplasma de mostaza y una copa de champaña me mejorarán.» Pero tuvo una crisis tan aguda, que fue preciso llamar apresuradamente al doctor Baker, quien ratificó el diagnóstico de gastroenteritis. Le trajimos una enfermera. Y tuviese o no perturbaciones estomacales anteriormente, el hecho es que comenzó a mejorar. A fines de la primera semana de abril se había restablecido tanto, que nadie volvió a preocuparse. Y así llegamos a la noche del 12 de abril.

»Había ocho personas en la casa: Lucy, Edith, Ogden, yo, el viejo Henderson, ¿lo recuerdas, Part?, y la señora Henderson. También la señorita Corbett, la enfermera, y Margaret, la camarera. Lucy, Edith y yo fuimos a un baile de máscaras, como les conté. Y, aun más, por diversas circunstancias aquella noche no quedó casi nadie en casa...

»La señora Henderson había estado ausente desde cerca de una semana antes, para hacer de madrina del pequeño de unos parientes en Cleveland. El 12, por ser miércoles, era el día de salida de la señorita Corbett, la enfermera. Margaret recibió una inesperada invitación de un cortejante y no le costó mucho convencer a Lucy para que la dejara salir. Ogden fue a la ciudad, también invitado a una fiesta... Eso significaba que, fuera del tío Miles, sólo quedaba Henderson en la casa... Edith fue la única que protestó por ello, insistiendo en que sólo una mujer sabe cuidar enfermos y declarando que se quedaría en casa. Pero Miles no aceptó. Además, se esperaba que la señora Henderson llegara temprano, en el tren de las 9,25. Eso dio motivo a mi hermana para nuevas preocupaciones. Henderson iría en el Ford a la estación, lo que significaba que la casa quedaría sola por diez minutos. Ogden resolvió el problema, comprometiéndose a esperar el regreso de los viejos criados. Se arregló perfectamente.

»Margaret salió temprano, como también la señorita Corbett. Esta dejó instrucciones por escrito a la señora Henderson por si algo necesitaba. Lucy, Edith, Ogden y yo hicimos una comida ligera a las ocho, y el tío Miles insistió en que no quería nada. Estaba en uno de sus momentos sensibles. Aceptó, sin embargo, que le llevaran un vaso de leche caliente. Después de cenar, cuando todos nos disponíamos para irnos a vestir, Lucy subió la bandeja. Y aquí surge un detalle que no puedo olvidar. Edith la detuvo en el rellano de la escalera, diciéndole: «No sabes ni dónde están las cosas en tu propia casa. Lo que llevas ahí es la leche agria.» Pero las dos la probaron y aseguraron que estaba buena.

Mientras Mark hablaba, le resultaba fácil a Stevens reconstruir la escena en Despard Park. Le parecía ver la escalera, la alfombra, la mesa del teléfono. ¿Por qué su mente había de insistir siempre en este último objeto? Imaginaba a Lucy, activa y seductora; a Edith, alta y hermosa todavía, pero con las ojeras demasiado pronunciadas y una cierta inclinación a reñir y a hablar mucho de «buen gusto». Las imaginaba probando el vaso de leche, mientras Ogden permanecía al fondo, con su gesto irónico y las manos en los bolsillos...

Pero lo que obsesionaba a Stevens era la siguiente pregunta: «¿Estoy seguro de dónde nos encontrábamos Marie y yo aquella noche?» Sabía la respuesta, aunque prefería ignorarla. Estaban en la casa de Crispen, cosa insólita, ya que jamás abandonaban Nueva York en mitad de la semana. Pero tenía que solucionar cierto asunto de negocios. Por eso pasaron allí la noche, y como Marie se encontraba fatigada, después de conducir el coche desde la ciudad, prefirió acostarse temprano, regresando muy de madrugada. No se enteraron de la muerte de Miles hasta dos días después. Si; estaba seguro de que estuvieron solos y de que se fueron a la cama muy temprano.

Advirtió que Mark hablaba de nuevo:

—Así, repito, la leche estaba en buenas condiciones. Lucy la subió y golpeó la puerta del tío. Iba a dejarla sobre la mesa, porque, como ya les expliqué, por lo general no abría la puerta inmediatamente. Pero esta vez lo hizo y tomó la bandeja. Tenía un aspecto mucho mejor que de costumbre. Había desaparecido aquella mirada que parecía buscar algo desconocido. Aquella noche llevaba una bata azul acolchada, algo anticuada de hechura, con un cuello blanco y una bufanda. Edith dijo: «¿Estás seguro de que no necesitarás nada? Recuerda que salió la señorita Corbett y nadie oirá abajo la campanilla. Si quieres algo, tendrás que buscártelo tú mismo. ¿No crees que sería mejor que dejara instrucciones a la señora Henderson para que subiera y se sentara en el vestíbulo apenas regrese?» Tío Miles repuso: «¿Quedarse aquí hasta las dos o las tres de la mañana? Tonterías hijita querida. Váyanse, que yo me sentiré perfectamente.»

»Fue entonces cuando *Joachim*, el gato de Edith, se introdujo en el cuarto de Miles. El tío quería al animal, y dijo que el minino era toda la compañía que necesitaba. Nos deseó que nos divirtiéramos y cerró la puerta.

—¿Es cierto que me dijo usted que Lucy fue a aquel baile vestida de Madame de Montespan? —preguntó Steven con indiferencia simulada.

—Sí; oficialmente fue así... —repuso Mark, pareciendo sorprendido por primera vez—. No sé por qué razón, Edith insistió en que adoptara ese disfraz. En realidad, el traje, que Lucy confeccionó personalmente, era una copia exacta del que se ve en el retrato de cuerpo entero que hay en la galería y que es, en todo caso, de una dama contemporánea de Madame de Montespan, aunque existen ciertas dudas de su identidad. Gran parte del rostro, y también un trozo, han sido borrados con algún ácido, y, en apariencias, no hace muchos años. Recuerdo que mi abuelo contó que alguien trató de restaurarlo, pero fue imposible lograrlo. Como se trata de un auténtico Kneller se le sigue conservando, aunque no tenga un gran mérito... Se supone que sea un retrato de una tal marquesa de Brinvilliers... Pero ¿qué diablos le sucede, Ted? —preguntó al ver la expresión de su amigo.

—Supongo que necesito comer algo —repuso Stevens, distraídamente—. Pero siga... ¿Se refiere usted a aquella envenenadora francesa del siglo xvii? ¿Cómo llegaron a tener un retrato de ella?

Partington murmuró algo para sí. Se inclinó con sus característicos trabajosos movimientos y esta vez no vaciló en servirse más *whisky*.

—Si mal no recuerdo, existió cierta relación con los Desprez, ¿no es así? —dijo Partington—. ¿Acaso no tuvo algún contacto con su familia allá en el nebuloso pasado?

—Sí —dijo Mark impaciente—. ¿No le he dicho que nuestro apellido ha cambiado, haciéndose inglés? Antes se escribía Desprez y ahora es francés. Pero olvidemos a la marquesa... Les decía que Lucy copió el vestido del cuadro y lo confeccionó en tres días... Salimos de la casa a las nueve y media, aproximadamente. Yo vestía un traje convencional, que bauticé como «Cavalier». Era muy cómodo y, además, ¿quién se resiste a usar una espada si se le presenta la ocasión? Abajo nos esperaba Ogden lanzando comentarios humorísticos... Al girar la curva, cruzamos a Henderson que, en el Ford, regresaba de la estación en compañía de su mujer.

—¿Y la fiesta?

—No puede decirse que tuviera mucho éxito. Para un baile de máscaras, resultó demasiado doméstico y sobrio. Yo estaba francamente aburrido y pasé sentado la mayor parte del tiempo, mientras Lucy se dedicaba a bailar. Nos marchamos poco después de las dos. Era una hermosa noche de luna. Edith venía algo molesta, pero Lucy cantó durante todo el camino. La casa parecía estar toda a oscuras. Cuando guardamos el coche, ya estaba allí el Ford, pero el Buick de Ogden no había vuelto. Di la llave de la puerta de la calle a Lucy, quien corrió con Edith para entrar pronto. Yo me quedé unos instantes respirando la frescura de la noche. Luego se sintió a Edith, que llamaba desde el porche. Entré precipitadamente. Lucy estaba con una mano puesta en el interruptor de la luz y parecía muy asustada. «Sonaba una especie de ruido horrible... —me dijo—. ¡Ah!... ¡Lo oí hace apenas un segundo!»

»El hall es muy viejo y a veces suenan ciertos crujidos en medio de la noche, pero entonces no se trataba de eso. Me desembaracé de la espada y corrí hacia la planta alta. Todo estaba oscuro, pero se adivinaba que había algún desastre. ¿No han experimentado alguna vez el presentimiento de un no sé qué terrible en medio de las sombras?

»Me dirigía al interruptor de la luz cuando sentí otro ruido: era como el de una llave que da vuelta en la cerradura, y la puerta de Miles se entreabrió. Una luz difusa dejaba ver la silueta de mi tío. Estaba de pie, pero inclinado hacia adelante, apretándose el estómago con una mano, y con la otra apoyada en el pomo de la puerta. Vi sus venas hinchadas. Vacilaba y estaba casi doblado. Hizo un esfuerzo para levantar la vista. Tenía la piel como un papel aceitado y los ojos se veían agrandados al doble del tamaño habitual. La frente estaba empapada. Parecía estremecerse con cada aspiración. Luego su vista se tornó vidriosa. Creo que me vio, pero no se refirió a nadie en particular al murmurar: «No puedo soportarlo más. No puedo resistir este dolor...» Y mascullaba esto en francés.

»Corrí y le sujeté antes de que cayera. Le enderecé, ya que parecía luchar contra

los calambres, y le llevé hasta su cama. Daba la impresión de que intentaba mirarme y... ¿cómo decirlo?... separar mi figura de la niebla que lo rodeaba. Sus primeras palabras fueron pronunciadas como si se tratase de un niño asustado: «¿Tú no, también?» Me impresionó mucho. Pero, evidentemente, se recuperó, porque sus ojos se serenaron y pareció ver mi rostro en la penumbra de su lámpara dando sobre la cama. Se detuvo, tiritando como una criatura. Fue una transformación completa, que no puedo describir, pero entonces habló claramente en inglés. Dijo algo respecto a «esas tabletas en el cuarto de baño que me quitan el dolor...», y me gritó que fuera a traérselas. Añadió que no tenía fuerzas para llegar hasta allá. Eran unas pastillas de veronal que usábamos para calmarlo en sus crisis anteriores. Lucy y Edith permanecían en la puerta, mortalmente pálidas. Al escuchar las palabras de Miles, mi mujer corrió a buscar la medicina. Todos comprendíamos que mi tío se estaba muriendo, pero a nadie se le pasó por la mente la idea de un envenenamiento. Creíamos que se trataba de su antigua dolencia, aunque llegada a un extremo en que ya nada se puede hacer. Dije a Edith que llamase al doctor Baker. Lo que me desconcertaba era aquella expresión en el rostro del enfermo... Me preguntaba qué había o creía haber visto tan horrendo... ¿Por qué aquella expresión de niño aterrorizado que trata de huir de alguien? Tal vez con la intención de distraer su mente del dolor, le pregunté: «¿Cuánto tiempo hace que estás así?» «Tres horas», me repuso, sin abrir los ojos. Trató de volverse hacia un lado, y casi no oía su voz, que se ahogaba en la almohada. «¿Y por qué no llamaste?», dije. «No lo intenté... Sabía que esto sucedería tarde o temprano... —contestó ahogadamente—. Me pareció mejor que fuera ahora que estar esperando, pero descubrí que no podía soportarlo.» Trató de recuperarse. Me miró como si lo hiciera a través de un agujero. Siempre parecía algo asustado, y la respiración continuaba brotando ruidosamente. «Estoy muriéndome, Mark... —murmuró—. No digas nada, escucha... Deben sepultarme en un ataúd de madera. ¿Me entiendes? Tiene que ser “de madera”. Quiero que me jures que lo harás...» Me miraba con terrible insistencia, cuando Lucy trajo la tableta y un vaso de agua. Insistió una y otra vez respecto al ataúd de madera. Tuvo dificultades para tragar la píldora, ya que había estado vomitando mucho, pero lo consiguió finalmente. Luego masculló algo del frío, que quería una manta, y cerró los ojos. Aunque Lucy le abrigó con una bufanda que había a los pies de la cama, y yo busqué algo más para darle calor. En el cuarto hay un enorme armario, y pensé que allí podría encontrar una manta. La puerta estaba algo forzada, pero la pude abrir. No encontré lo que buscaba. Sin embargo, di con otra cosa. En la parte baja del armario, junto a la ordenada hilera de zapatos, aparecía la bandeja que le habían traído anteriormente. El vaso estaba vacío y sólo quedaba el resto de la leche. Pero se encontraba algo más que no le habían subido: era una voluminosa taza de plata de unos diez centímetros de diámetro: una pieza curiosa, aunque sin mucho valor, que yo sepa. Se guarda siempre en la planta baja, en una alacena empotrada desde que yo tengo recuerdo. No sé si ustedes se fijaron en ella. Pues bien, dentro de la taza

quedaban restos de una sustancia pegajosa. Y estirado junto a ella, vi el cadáver de *Joachim*, el gato de Edith. Fue entonces cuando supe...

DURANTE uno o dos minutos, Mark Despard permaneció silencioso, mirándose las manos.

—Supongo que es posible que la sospecha sea una certidumbre acumulativa que se va apilando progresivamente en la mente, sin que el hombre siquiera advierta su presencia... —declaró—. Luego cristaliza por cualquier cosa, por una puerta que se abre, por ejemplo... Sí, supe lo sucedido. Me volví para comprobar si Lucy había visto algo, pero no era así. Permanecía a los pies de la cama de espaldas hacia donde yo estaba. Me pareció desvalida en comparación con su actitud dinámica de siempre. Sólo alumbraba la pieza la débil luz de la cabecera de la cama, pero el reflejo daba realce a su traje de seda color rojizo, con cuadros azules y ancha falda... ¡Todo vino a mi mente! Recordé los síntomas pasados del tío Miles; la dificultad para comer, el catarro que le atacaba la nariz y los ojos; la forma vaga en que miraba; la voz ronca; la manera vacilante de caminar como si tuviera los miembros rígidos... Envenenamiento de arsénico. Se le oía respirar pesadamente bajo la ropa, mientras afuera se escuchaba el frenético esfuerzo de Edith para comunicar por teléfono...

—¿Y qué hiciste, entonces? —preguntó Partington.

—No dije una palabra. Cerré el armario y guardé la llave en el bolsillo. Luego bajé a reunirme con Edith. Era indispensable que se consiguiera encontrar al médico. La enfermera no llegaría hasta la mañana siguiente. Traté de recordar qué se hacía en los casos de envenenamiento de arsénico, pero no logre atinar con nada. Mi hermana colgaba el auricular. Parecía tranquila, aunque, le temblaban las manos. No había encontrado al doctor Baker y no existía otro en la vecindad. Sabía que había un médico en el hotel, a una milla de distancia; pero no podía recordar su nombre. Comencé a llamar al establecimiento, mientras Edith subía corriendo a la habitación de Miles, creyendo, como siempre, que era ella la persona indicada para atender a un enfermo, aunque sin saber cómo... Lucy apareció antes de que lograra comunicar. «Es mejor que subas —me dijo—. Creo que se ha ido...»

La voz de Mark enronqueció.

—Estaba muerto —dijo—. No hubo convulsiones. El corazón dejó de latir y desapareció el dolor para siempre. Mientras le daba vueltas para cerciorarme, corrí casualmente la mano bajo la almohada y encontré la cuerda de que ya oyeron hablar. Era una cuerda corriente, de las que se usan por lo general para atar paquetes de unos treinta centímetros de longitud y con nueve nudos hechos a distancias iguales... No puedo comprender lo que significa...

—¡Continúa! —exclamó Partington bruscamente—. ¿Qué pasó?

—Nada. No despertamos al resto de la gente. No era necesario. Lucy y Edith trataron de acostarse aunque no podían dormir. Dije que me quedaría velando el cadáver pero, en realidad, quería tener una oportunidad para sacar aquella taza de la

habitación. Ogden no había llegado todavía. Lucy se encerró con llave en su cuarto. Mi hermana lloró un poco. Todos, aunque vagamente, nos culpábamos por negligencia, pero yo sabía que no se trataba de eso. Apenas se retiraron, regresé al cuarto de Miles y estiré la sábana sobre su rostro. Saqué la taza y el vaso del armario y los envolví en un pañuelo. ¡No me pregunten por las huellas digitales! Mi inclinación instintiva me indicaba sólo que debía deshacerme de la evidencia hasta decidir qué hacer.

—¿No pensaste siquiera revelar nada? —preguntó Partington.

—Si hubiéramos logrado obtener un médico a tiempo para salvar a Miles, lo habría hecho, naturalmente... Pero luego resultaba inútil confesar lo del arsénico...

Mark tenía una expresión fanática. Stevens observaba cómo se cogía rígidamente de los brazos del sillón.

—Continúa —dijo Partington.

—Llevé la taza y el vaso y los guardé con llave en un cajón de mi escritorio, en la biblioteca. Comprenderán que no había la menor prueba. Pero necesitaba todavía deshacerme del gato. Lo envolví en la capa de mi disfraz... y lo saqué por la puerta lateral, para no despertar a los Henderson. Recordé que había unos trozos de terreno recién trabajados para plantar rosas y también el sitio donde Henderson guardaba la pala. Enterré el gato lo más profundamente que pude. Edith no conoce su fin. Todos creen que anda perdido. Estaba acabando de enterrarlo cuando surgieron las luces del auto de Ogden. Creí que me había visto, pero logré entrar en la casa antes que él...

—¿Y luego?

—Al día siguiente, después de oír la historia de la señora Henderson, me llevé la taza y el vaso a la casa de un químico en quien podía confiar totalmente. El contenido de este último era inofensivo. La taza conservaba restos de una combinación de leche, oporto y yema de huevo, y en ese residuo había dos granos de arsénico blanco...

—¿Dos granos? Eso es una barbaridad. Hay casos confirmados de muerte con esa sola cantidad... Pero si quedaba tanto en ese pequeño resto, quiere decir que el contenido total de la taza hubo de estar cargado de arsénico... —informó Partington.

—¿Cuál es la dosis fatal corriente?

—No se puede precisar. Así como hay gente que muere con dos granos, como dije, se conoce el caso de una víctima que ingirió doscientos y que logró salvarse. Y entre ambos casos podría citar muchas variedades de dosis. Recordarán a Madaleine Smith, la belleza de Glasgow, que fue acusada de asesinar a su amante, un francés, en 1857. Se encontraron ochenta y ocho granos de arsénico en el estómago de L'Angelier. Sin embargo, se convenció al jurado de que se trataba de un suicidio, puesto que nadie podía tragar semejante dosis sin advertirlo a tiempo. Más tarde murió una anciana y el diagnóstico fue gastroenteritis. Pero cuando se desenterró el cadáver, se le encontraron, sólo en el estómago ciento cincuenta y cuatro granos de arsénico...

Partington hablaba con lengua estropajosa, agitando el vaso vacío.

—Y recordemos también a Marie D’Aubray, en Versalles, un caso terrible, ya que esa mujer envenenaba sólo por el placer de ver morir... Una de sus víctimas ingirió sólo diez granos de arsénico; en cambio, otra llegó a tomar más de cien... Tuvo menos suerte que Madeleine Smith... La guillotinaron.

Stevens se había levantado, sentándose al borde de su escritorio. Trataba de hacer gestos de asentimiento y de comprensión, pero miraba a hurtadillas la puerta. Creyó advertir que el ojo de la cerradura se oscurecía como si alguien estuviera escuchando desde afuera.

—Lo más importante es saber cuándo fue administrado el veneno —siguió diciendo Partington—. Por lo general los síntomas agudos se presentan en un periodo de tiempo que fluctúa entre diez minutos y una hora, y todo depende de si el veneno se ingirió con algo sólido o líquido. La muerte, por lo demás, se produce entre seis y veinticuatro horas después, y aun más tarde. Eso les permitirá comprender cuán rápidamente se extinguió Miles. Lo dejasteis a las nueve y media en un estado de relativa salud. Al regresar lo encontrasteis agonizante, para morir no mucho después, ¿no es así?

—Exactamente...

—Ya estaba devorado por su enfermedad; además, iba siendo lentamente envenenado y se le exterminó rápidamente con una fuerte dosis final. Si supiéramos cuándo tomó la última...

—Puedo decírtelo exactamente —le interrumpió Mark—. Fue a las once y cuarto...

—Eso de acuerdo con la historia de la señora Henderson, ¿verdad? —preguntó Stevens—. Pero ¿qué diablos fue lo que dijo?

Tenía miedo de haber mostrado una excesiva nerviosidad, pero Mark pareció no advertirlo. Se limitó a responder:

—No lo revelaré, por el momento.

—¿No piensas decirlo?

—Me temo que crean ustedes que estoy trastornado o que la señora Henderson se encuentre enajenada... Lo he pensado mil veces... Pero... ¡aguarden un momento! Ese aspecto resulta totalmente increíble. Si lo supieran, considerarían un síntoma de locura mi deseo de abrir la cripta. Y yo necesito dejar en claro lo de la muerte del tío Miles... Denme un par de horas hasta que pueda confirmar cómo se desarrolló la primera parte del drama.

—No te comprendo, Mark... —declaró Partington—. ¿Qué puede haber de tan increíble en esa historia? Lo que nos has relatado hasta ahora puede ser demoníaco, pero no absurdo. Se trata de un simple asesinato. ¿Cuál es el aspecto increíble?

—Aquella mujer muerta hace tanto tiempo puede estar aún viva... —repuso calmadamente Mark.

—¡Maldita tontería!

—No. Estoy en mi sano juicio. Examíname, si quieres. No creo en eso,

naturalmente, pero tampoco en que Lucy haya tenido la menor participación. Hay dos teorías y ambas son imposibles. Necesito desechar una obsesión de la mente... ¿No quieren, primero, ayudarme a abrir la cripta?

—Sí —repuso Stevens.

—¿Y tú, Part?

—Ya he recorrido tres mil millas y no voy a retroceder ahora. Pero no creas que vas a seguir teniéndonos en el limbo después que te hayamos ayudado... ¿Cómo abriremos la cripta?

—No es difícil, pero requiere mucho tiempo y un gran esfuerzo. Necesitamos ser cuatro, y el otro será Henderson, en quien se puede confiar, aparte de que será un buen elemento para el trabajo. Además, si lo hiciéramos por nuestra cuenta, lo advertiría inmediatamente...

Stevens pensó en la escena. Detrás de la gran casa gris había una ancha senda, rodeada de jardines, que iba a desembocar en una vieja capilla cerrada hacía más de un siglo y medio. No muy lejos, y a la izquierda, en una casita destinada antes al sacerdote, vivían los Henderson. Había oído decir que la entrada a la cripta —que no mostraba ninguna señal visible al exterior— quedaba debajo de la senda pavimentada y poco antes de llegar a la capilla. Mark lo explicó:

—Será preciso levantar poco más de dos metros cuadrados de pavimento. Y como necesitamos trabajar rápidamente, creo que se romperá bastante más. Nos procuraremos unas largas barras de acero que meteremos entre las losas de cemento. Eso aflojará todas las uniones. Luego encontraremos una capa de arena y tierra, de unos veinte centímetros de espesor, aproximadamente. Bajo todo ello se encuentra la losa que cubre la entrada al lugar. La piedra es de un metro ochenta por un metro veinte, y pesa, se lo advierto, entre setecientos y ochocientos kilos. El trabajo más pesado será meter las cuñas debajo de la losa y levantarla. Luego bajaremos la escalera... Comprendo que les haya de parecer una labor terrible...

—Exactamente. Por eso es necesario que nos pongamos en marcha cuanto antes —observó Partington—. Y dime, con todo ese lío que vamos a formar, ¿cómo evitaremos que se sepa lo sucedido?

—Sólo lo advertirá algún observador cuidadoso como Henderson o yo. Recuerda que ya se hizo la tarea hace poco, para el funeral de Miles, y se creará que quedó destruido el pavimento con motivo del entierro. —Poniéndose de pie, Mark añadió—: Y bien, estamos de acuerdo. Son las nueve y media y comenzaremos cuanto antes. Tenemos la ventaja de que no hay nadie que nos moleste. Nosotros nos adelantaremos, Ted. Coma algo y síganos en cuanto pueda... Lleve ropa vieja. Y, dígame, ¿y Marie? ¿Qué excusa va a darle? No le dirá nada, ¿verdad?

—No —repuso Stevens, mirando otra vez hacia la puerta—. No le diré nada. Déjeme hacer a mí...

Advirtió que a los dos les sorprendió su tono, pero como tenían otras preocupaciones, no insistieron. Sintió la cabeza debilitada por el exceso de humo en

la habitación y la falta de alimentos. Eso le hizo recordar algo más de la velada del miércoles 12 de abril, la noche que pasaron en la casa de campo y se acostaron tan temprano. Recordó que se había ido a la cama a las diez y media, porque se sintió extrañamente mareado y casi le cayó la cabeza sobre el manuscrito que tenía encima del escritorio. Marie explicó lo ocurrido diciendo que era debido al cambio de aire.

Despidió a sus visitantes en la puerta y regresó. Marie estaba en la cocina. Sentía sus movimientos mientras cantaba *Il pleut bergère*, su melodía favorita.

Efectivamente, encontró a su mujer ataviada con un delantal y preparando unos bocadillos de pollo con lechuga, tomate y mayonesa. Cuando le vio, se echó atrás un mechón del dorado cabello que caía sobre la frente y lo miró gravemente aunque, esbozando una sonrisa.

—Marie... —comenzó a decir.

—Ya lo sé... —declaró la joven alegremente—. Tienes que hacerlo. Pero come esto primero, amor mío. Te preparé estos bocadillos. Te ayudarán a sostenerte...

—Pero ¿acaso sabes lo que me espera?

—Estuve escuchando, naturalmente. Parecían tan horriblemente misteriosos. ¿Qué otra cosa pretendías de mí? —preguntó con aire de inevitable tensión, aunque añadió sonriendo—: Nos echaron a perder nuestra velada, pero sé que debes ir, porque en otra forma no te quitarías jamás el asunto de la cabeza. En todo caso, ya me lo esperaba...

—¿Te lo esperabas?

—No exactamente como ha sido, es claro. Pero se habla del tema en todo Crispen. Salí esta mañana y escuché muchos comentarios. Se dice que ocurre algo anormal en casa de los Despard; *algo*, pero nadie sabe qué. Nadie sabe tampoco cómo empezó el rumor... Pero ten cuidado, por favor.

Había cierta transformación en la cocina: todo le parecía diferente. Hasta el jarrón de porcelana de la entrada tenía el aspecto de haber sido pintado de nuevo.

—Escucha, Ted. Tú sabes que te quiero, ¿verdad?

Stevens lo sabía en el alma y en los huesos.

—Nuestro amor durará mientras vivamos... —siguió diciendo Marie—. Ignoro lo que se te ha metido en la cabeza. Es posible que te hable algún día de una casa situada en un sitio llamado Guibourg y de mi tía Adrienne, y tú me comprenderás. Pero no son esas cosas las que deben preocuparte. No sonrías con aire de superioridad. Soy más vieja que tú, muchísimo más. Y si ves que mi rostro ennegrece y se arruga en este preciso minuto...

—¡Calla! ¡Te estás poniendo histérica!

—Estoy loca... Pero te diré algo. Vas a abrir una tumba esta noche y tengo la sensación... es sólo un presentimiento... de que... No encontrarás nada.

—Yo tampoco creo que hallemos nada.

—No comprendes... Pero, por favor, no vayas demasiado lejos en este asunto, te lo suplico. Si te lo pido por mi bien, ¿aceptarás? Recuerda lo que te he dicho. No

intentos entenderlo, pero confía en mí. Come algo y ve a cambiarte de ropa... Ponte tu suéter viejo y los pantalones de tenis, que aún no he mandado a limpiar...

SEGUNDA PARTE

Ábrete súbitamente, cerradura, al golpe del muerto.
¡Ábrete, cerrojo, y barra y abrazadera!

R. H. BARHAM, *Ingoldsby Legends*.

6

STEVENS recorrió por la King's Avenue la corta distancia que le separaba de la puerta del Park. No había luna, pero sí un enjambre de estrellas. Como siempre, las rejas estaban ampliamente abiertas. Las cerró y echó el cerrojo. La senda enarenada iba un poco pendiente y era prolongada. Henderson necesitaba de dos ayudantes para mantenerla en buen estado.

Mientras avanzaba, Stevens se negaba a dar libre curso a sus pensamientos. *Non cogito, ergo sum.*

La casa era larga y baja, como la parte superior de la letra T. Sus cortas alas se dirigían hacia el camino. Se conserva bien, pero parecía haberse convertido en parte de la tierra. Sus tejas habían tomado un color café rojizo en armonía con las chimeneas, que ya no despedían humo. Las ventanas eran pequeñas y al estilo francés de fines del siglo XVII. En el siglo dieciocho fue agregado un porche delante, cuya luz brillaba ahora en la noche. Stevens golpeó con la aldaba.

A los pocos minutos, Mark abrió la puerta. Atravesaron el vestíbulo familiar, que tenía olor de siglos, y llegaron hasta la cocina. Los objetos y muebles modernos resultaban demasiado pequeños en aquel lugar enorme, que a la sazón parecía también un taller. En el suelo se veía un saco negro y una gran caja forrada de cuero.

Alineados sobre la mesa estaban los mazos, piquetas, palas, etc., y hasta dos barras chatas de acero de más de dos metros de largo. Henderson recogía el instrumental. Era un hombre viejo y muy delgado, de ojos azules sumidos en incontables arrugas. Se le veía enormemente nervioso.

—Vamos. Tranquilidad. No pretendemos cometer un crimen —dijo Mark—. ¿Tienes todas tus cosas listas, Part? Y usted, Stevens, póngase manos a la obra y llene esas lámparas de petróleo. Cuento con una linterna eléctrica para trabajar dentro de la cripta, pero las otras hay que usarlas mientras cavamos. Me temo que hagamos un ruido infernal...

—No empiece usted también a ponerse nervioso... —le recomendó Henderson, rascándose la parte de atrás del cuello—. El asunto no me agrada ni creo que a su padre le hubiese gustado tampoco... Pero usted asegura que hay que hacerlo... Voy a forrar un poco los martillos para que metan menos ruido, aunque no creo que se oiga nada desde el camino. ¿Y si su esposa, su hermana o mi mujer aparecen por aquí? Además, no olvide que el señor Ogden es bastante curioso, y si se le mete en la cabeza...

—Toda mi familia está en Nueva York —repuso Mark, con tono cortante—. Nadie regresará a casa antes de una semana...

Salieron llevando sus respectivos útiles y herramientas por la puerta de atrás. Pasaron frente a la casita de los Henderson, y Mark y el anciano dejaron sus linternas no lejos de la capilla. Este último marcó con el tacón de su bota el área que debían

levantar.

—Ahora cuidemos de no matarnos mutuamente con los picos... —dijo Henderson con tono irritado—: Sólo les pido que procedan con tino. Hagan el hoyo con la punta de la barra y luego usen los mazos.

—Está bien, comencemos... —dijo Partington.

Tardaron dos horas. Cuando faltaba un cuarto para las doce, según su reloj, Stevens tuvo que sentarse sobre la hierba húmeda, al borde de la senda, para cobrar aliento. Mark fue hasta la casa para cerciorarse de que no ocurría nada anormal. Sacar la arena y la tierra no resultó difícil, pero Henderson insistió en que se colocara en montones ordenados, y eso llevó algún tiempo. Naturalmente, levantar la enorme losa fue lo más pesado. Partington resbaló una vez y, por un segundo, Stevens creyó que la piedra se les venía encima. Pero pudieron ponerla de lado, haciéndola bascular por su propio peso. La entrada a la cripta tenía la apariencia del interior de un cofre, forrado en piedra y con una serie de escalones que bajaban unos tres metros.

—¡Hecho! —gritó alegremente Partington, aunque jadeaba y tosía—. Si nadie se opone, iré hasta la casa a lavarme las manos.

—¡Y sírvete un trago! —agregó Mark—. Nadie podrá censurarte. —Luego, levantando la linterna, dijo a Henderson—: ¿Quiere bajar usted primero?

—No. Ya sabe usted que yo no he bajado nunca, ni siquiera cuando murió mi padre, ni para enterrar a su madre o a su tío... Y tampoco lo haría si no fuera porque tengo que ayudarlo a levantar el ataúd...

—No se preocupe, si no quiere bajar. El féretro es de madera y no puede ser pesado, de modo que entre dos lo manejaremos fácilmente...

—No; bajaré de todas maneras... —declaró Henderson con un tono beligerante que no dejaba de traslucir cierto temor—. Habla usted de venenos como en los libros. ¡Jamás en mi vida había escuchado semejantes tonterías!... Pero ¿no han oído nada? Desde que comenzamos tengo la sensación de que alguien nos está vigilando...

Stevens se levantó, abriendo y cerrando los dedos rígidos, y fue a reunirse con los demás a la entrada de la cripta.

—¡Venga! —le gritó Mark—. Ya llegará Part. Deje las lámparas aquí. Consumen oxígeno y abajo no hay ventilación. ¿No siente el olor? Bastará con mi linterna eléctrica...

El aire viciado les oprimió los pulmones. Al pie de la pequeña escalera se encontraba un arco redondo con una puerta de madera ya podrida que colgaba de su marco y que se abría hacia la cripta. La atmosfera les resultó más pesada cuando la transpusieron. El haz de luz de la linterna de Mark se movía adentro. Aquella cripta había sido abierta sólo diez días antes, lo que según pensó Stevens, facilitaba un poco la respiración. La húmeda densidad resultaba todavía más opresora debido al penetrante olor de las flores.

La luz de Mark mostró un mausoleo de forma oblonga, de unos ocho metros de largo por cuatro y medio de ancho, construido con pesados bloques de granito. Una

columna octogonal soportaba el techo. A ambos lados de la cripta se veía una catacumba. En la pared más larga, que quedara enfrente de ellos cuando entraron, como también en la más corta de la derecha, vieron nichos practicados en hileras regulares, que contenían los féretros. De éstos sólo se veía el extremo; alguien había querido, evidentemente, ahorrar espacio aun en la sepultura. Los nichos, por cierto, eran apenas más grandes que los ataúdes. En la parte más alta, donde descansaban los primeros Despards, la mayor parte ostentaban lápidas de mármol con distintos adornos. Pero los de más abajo resultaban más severos. Algunas hileras se encontraban llenas y otras casi vacías. Podían caber ocho ataúdes por fila.

En el otro extremo de la cripta, hacia la izquierda, la luz señaló una gran placa de mármol en la pared, donde estaban inscritos los nombres de todos los sepultados en el lugar. Encima, un ángel de mármol ocultaba el rostro entre las manos. A cada lado de esa placa se levantaban unos enormes jarrones de mármol, de los cuales todavía caían cantidades de flores marchitas, viéndose en el suelo aún más flores. Stevens observó que el primer nombre de la lista era el de PAUL DESPREZ, 1650-1706. El apellido vino a convertirse en Despard sólo a mitad del siglo XVIII, y era posible suponer que la familia, habiéndose inclinado hacia el lado de los ingleses en la guerra de Francia e India, consideró conveniente adaptar su nombre a la fonética inglesa. El último de la lista era MILES BANNISTER DESPARD, 1873-1929.

La luz de Mark vagó hasta dar con el ataúd de su tío. Se encontraba en la pared del frente y en la fila inferior. Hacia la izquierda, todos los nichos se encontraban ocupados, mientras quedaban numerosos vacíos al lado derecho. Se destacaba no sólo por ser el único nuevo —mientras los otros estaban deteriorados por el orín y la podredumbre—, sino también porque era de madera.

Guardaron silencio un instante. Mark le pasó la linterna a Henderson:

—Sujétala —dijo.

Su voz produjo tal eco que le hizo saltar.

—Vamos, Ted. Cójalo usted de un lado y yo del otro... —indicó—. Tenemos que hacerlo con cuidado...

Oyeron pisadas que bajaban las escaleras y se detuvieron. Era Partington que descendía con nuevas herramientas. Continuaron la tarea.

—Está exageradamente liviano... —observó de pronto Stevens.

Mark no repuso nada, pero miró extrañado. El ataúd era de encina barnizada y no de gran tamaño. Miles medía un metro sesenta y ocho. Encima de la tapa una placa de plata mostraba el nombre y edad del muerto. Con poco esfuerzo pusieron la urna en el suelo.

—Está muy liviana —insistió Stevens sin querer—. No hace falta un destornillador. Basta hacer un poco de presión aquí, a los lados...

En realidad, la tapa se levantó sin dificultad.

El ataúd estaba vacío.

Forrado en satén blanco, la tela brillaba a la luz que lanzaba la linterna en la

temblorosa mano de Henderson. Pero en el ataúd no había nada más. Ni siquiera un rastro de polvo.

Nadie dijo una palabra, aunque se les oía respirar. Con un súbito impulso, Mark y Stevens miraron de nuevo la placa sobre la tapa del ataúd, para leer otra vez el nombre.

—¿No creen ustedes que podemos haber abierto otro ataúd equivocadamente? —preguntó Mark, con voz entrecortada.

—Podría jurar sobre la Biblia que no... —repuso Henderson.

Su mano temblaba en forma tal, que Mark le quitó la linterna.

—Yo lo vi poner ahí... —continuó el anciano—. Además, ¿cuál otro podría ser el ataúd? Todos los demás...

—Sí; éste es... —asintió Mark—. Pero ¿dónde está el cadáver?

Todos se miraron entre sí. En la mente de Stevens se agolpaban insólitas ideas, tan densas como la atmósfera de la cripta. Sólo Partington permanecía sereno, tal vez reconfortado por la acción del *whisky*.

—No hagan deducciones descabelladas —aconsejó—. El cuerpo no está, ¿y qué puede significar tal cosa? Sólo quiere decir que alguien se nos adelantó y se llevó el cadáver por alguna razón...

—Pero ¿cómo? —preguntó Henderson con voz débil—. Eso es lo que yo juraría sobre la Biblia que ése era el ataúd del señor Miles. Yo vi cuando lo metieron en él y lo trajeron a este lugar. Y voy a decirle algo más, doctor Partington; ¡nadie puede haberlo sacado de este sitio! Fue preciso que nosotros cuatro trabajáramos durante dos horas e hiciéramos un ruido endemoniado sólo para abrir la entrada. ¿Cree usted que alguien podría haberlo hecho sin darme cuenta yo, que vivo a unos metros de distancia y tengo un sueño de pájaro? Y voy a agregarle otra cosa: yo arreglé el pavimento hace una semana. Sé exactamente cómo quedó. Podría jurar ante Dios que nadie lo ha tocado o podido reconstruir con tal exactitud...

—No dudo de sus palabras, amigo —le repuso serenamente Partington—. Pero si los ladrones del cadáver no vinieron por nuestro camino, tienen que haber llegado por otra parte... Eso es todo...

—Muros de granito... Techo de granito... Suelo de granito... —declaró Mark—. Resulta difícil abrir un camino cuando los bloques se encuentran firmemente ensamblados. ¿Acaso piensa que haya algún pasaje secreto o algo por el estilo? Pues estoy seguro de que nada de eso existe...

—¿Puedo preguntar qué supones entonces? —inquirió Partington—. ¿Acaso imaginas que tu tío abandonó el ataúd y salió por sus propias fuerzas de la cripta?

—¿O que hayan trasladado el cadáver a alguno de los otros féretros? —interrogó tímidamente Henderson.

—El problema sigue siendo insoluble —repuso Mark.

—Para eso, alguien ha de haber entrado y salido de aquí.

—A menos, naturalmente, de que el cuerpo fuera robado en el tiempo

comprendido desde que se depositó el ataúd en el nicho hasta que se cerró la cripta...

—Eso queda, desde luego, descartado... —murmuró Mark, moviendo negativamente la cabeza—. Durante ese tiempo se leyeron los oficios. Bajó el sacerdote y hubo mucha gente presenciando la ceremonia. Después todos subieron juntos...

—¿Quién fue la última persona que abandonó la cripta?

—Yo —contestó Mark sarcásticamente—. Tuve que apagar las velas y recoger los candelabros de hierro. Pero como todo el proceso no duró más allá del moderado espacio de un minuto, y como el sacerdote me esperaba en la escalera, puedo asegurarles que no me considero culpable.

—No quise decir eso. Me refería a cuando usted abandonó la cripta...

—Tan pronto como salimos todos, Henderson y sus ayudantes se pusieron al trabajo para cerrar la entrada. Pueden alegar ustedes que quizá estuviera entre ellos el malhechor, pero había un número tan grande de personas en los alrededores, que no podría haber pasado inadvertido.

—Quedan descartadas las teorías, entonces... —aceptó Partington, encogiéndose de hombros—. Pero es indudable, Mark, que el cadáver fue sacado y escondido o destruido. Y, sencillamente, por los mismos motivos que nos indujeron a venir aquí esta noche. Ya no me cabe duda de que tu tío fue envenenado. Y por el momento, mientras no se descubra el cuerpo, el asesino se encuentra en una posición inexpugnable. El médico certificó que Miles murió por causas naturales. Ahora el cadáver desaparece. Tú, Mark, eres abogado y debes saberlo mejor; pero me parece que otra vez se presenta aquello del *corpus delicti*. Sin el cadáver, ¿qué pruebas tienes de que no murió por enfermedad? Es cierto que la evidencia es contundente, ¿pero lo será bastante? Encuentras dos granos de arsénico en una mezcla de leche, huevos y oporto. La copa que contenía el brebaje estaba en su cuarto. ¿Y qué hay con eso? ¿Vio alguien que lo tomara? ¿Puede probarse que lo ingirió o que tiene alguna relación con su muerte? ¿Acaso no lo habría mencionado si hubiese creído que se trataba de algo malo? Por el contrario, lo único que consta es que cogió con sus manos un vaso de leche, cuyo contenido, según se probó, era inofensivo.

—Es usted quien debiera ser abogado —observó Henderson con tono poco agradable.

—Les digo todo esto para sugerirles el motivo que tuvo el asesino para llevarse el cadáver —insistió Partington—. Urge descubrir cómo lo logró. Mientras tanto, tenemos sólo un ataúd vacío...

—No por completo... —respondió Stevens.

Había estado contemplando el interior del ataúd con tal intensidad, que apenas lograba verlo. Pero de repente algo que quedaba semioculto entre los pliegues del forro se le hizo evidente. Estaba en un extremo, más o menos en el sitio donde debió haber quedado la mano derecha del cadáver. Se inclinó y lo cogió. Era un trozo corriente de cuerda, de la que se emplea para atar paquetes. Tendría unos treinta

centímetros de largo y ostentaba nueve nudos practicados a intervalos iguales.

UNA hora más tarde, cuando transpusieron tambaleantes los peldaños de la cripta y respiraron la frescura del aire exterior, se habían cerciorado de dos cosas:

1.º No existía una entrada secreta ni otro camino para penetrar o salir de la cripta.

2.º El cadáver no estaba dentro escondido en otro ataúd. Cada féretro fue cuidadosamente examinado. Aunque había sido imposible abrirlos todos, el estado de los que tenían la tapa sellada era tan desastroso, que nadie podía haberlos tocado. Partington se dio por vencido, dirigiéndose a la casa en busca de una nueva provisión de *whisky*. Pero en un acceso de celo, Henderson y Stevens trajeron escalas para poder trepar y perturbar a los Despards, que se encontraban en las hileras más altas. Mark rehusó prestar su ayuda a aquella trituración de huesos. Porque todo tendía a deshacerse al menor contacto, lo que hacía más evidente la imposibilidad de que allí se escondiera el cadáver. Finalmente, hasta se quitaron las flores y se dio vuelta a las urnas... sin resultado. Llegaron a la conclusión de que el cadáver no estaba dentro de la cripta, porque ya no quedaba ningún rincón sin revisar.

Era casi la una de la madrugada cuando terminaron todas las diligencias. Habían absorbido más de lo que sus narices y pulmones podían soportar. Henderson salió corriendo hacia los árboles, y luego se oyeron violentos y espasmódicos ruidos desde aquella dirección. Se encaminaron luego a casa del anciano, donde pronto se les reunió el mismo Henderson, que fue capaz de preparar una taza de café. Se instalaron en torno a una mesa, sin hablar una palabra.

—Arriba los ánimos —dijo Partington, cuyo humor comenzaba a languidecer y cuyos ojos parecían más pesados—. Tenemos que enfrentarnos con un problema, caballeros, y sería conveniente que lo planteáramos antes de que Mark comience a sacar conclusiones...

—No comprendo lo que pretenden... —repuso malhumorado el aludido—. Se diría que quieren negar ustedes la evidencia que tenemos frente a los ojos... ¿Qué piensa, Ted?

—No querría decirle lo que pienso... —repuso con sinceridad Stevens, sin poder olvidar lo que Marie le había dicho.

Le martillaba el cerebro la frase de su mujer: «Abrirán la tumba, pero no encontrarán nada». Sabía que debía pasar lo más inadvertido posible y poner la cara más rígida de que era capaz, aunque estaba meditando varias desagradables posibilidades.

—¿Tiene alguna teoría, doctor? —preguntó en voz alta.

—Suprima el doctor, se lo ruego... —repuso Partington, examinando su cigarrillo—. No, no tengo ninguna teoría. Resulta imposible deducir nada cuando la cripta está construida de granito, no tiene una ventana y su única puerta pesa media tonelada. Agreguemos que, para franquearla, hay que cavar arena y tierra y romper un

pavimento que, según jura uno de los presentes, no ha sido tocado...

—Eso es exactamente lo que pienso —corroboró Henderson.

—Además, no sólo debemos explicar cómo el hombre entró y salió sino *cómo lo hizo también el cadáver*. Hay cuatro posibilidades. Dos de ellas podemos descartarlas, previo, naturalmente, el informe de un técnico. Es decir, estamos en condiciones de decidir que no hay un pasaje secreto y que el cadáver no se encuentra en la cripta, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —repuso Mark.

—Eso nos deja otras dos... Primero: que a pesar de lo que testifica el señor Henderson y del hecho de que él y su mujer duermen a corta distancia, alguien se las arregló para entrar durante la noche y dejar todo como estaba anteriormente...

Henderson sintió tal desprecio por esta conjetura, que ni siquiera se tomó la molestia de responder. Se había instalado en su mecedora y se limitó a dar mayor vigor al movimiento.

—Por cierto que no doy mucho crédito a tal teoría —confesó el propio Partington—. Y quedamos reducidos a la cuarta y última: el cadáver no fue nunca llevado a la cripta...

—Y a esa última soy yo quien no da crédito —contestó Mark.

—Ni yo tampoco —declaró Henderson—. No crea, señor Partington, que deseo meter la nariz en todo y contradecir cualquier afirmación suya, pero esta última teoría es la más absurda de todas. Y no soy sólo yo quien puede rechazarla. Si afirma usted que el cadáver no llegó a la cripta, tendría que acusar al empleado de pompas fúnebres y a sus dos ayudantes. Y ya sabe usted que eso no es posible, ¿verdad? Le contaré cómo sucedieron los hechos. La señorita Edith me pidió que me quedase junto a los enterradores mientras cumplían su tarea y que no me separara ni un instante del lado del cadáver del señor Miles por ningún motivo. Y así lo hice.

—En todo caso, vea usted, no arreglaron el cuerpo dentro del ataúd para exhibirlo luego en la sala y permitir que todos los asistentes lo contemplaran, como se acostumbra. Embalsamaron el cadáver estando en la cama, dejándolo allí hasta el momento de ir a enterrarlo. Entonces lo colocaron en el ataúd; cerraron éste y lo llevaron en angarillas a la planta baja. ¿Comprende? Pues bien, yo estaba en la habitación mientras se realizaron todas esas operaciones. Luego la señora y yo nos quedamos velando el cadáver durante toda la noche anterior al funeral... Estuvimos a su lado cuando atornillaron la tapa y se lo llevaron, siguiéndolo yo inmediatamente... Había médicos, abogados y jueces entre las personas que conducían el ataúd, y supongo que no creerá usted que se iban a poner de acuerdo para gastar una jugarreta, ¿verdad?... Y recorrieron el mismo camino que hicimos nosotros esta noche. Los que no bajamos a la cripta nos quedamos junto a la escalera, oyendo las palabras del sacerdote. Salimos cuando todo terminó. Inmediatamente después, Marry y McKelsie, mis hombres, con el joven Tom Robinson, que nos ayudaba, comenzamos a hacer el trabajo, tan pronto como yo me cambié de ropa. Eso es todo.

—¡Maldición! ¡Tiene que ser una cosa o la otra! —exclamó exasperado Partington—. Supongo que ustedes no creen en fantasmas...

—Me temo que sí... Yo creo... —murmuró el anciano.

—¡Tonterías!

—Con su permiso, he de decirle que no me importa mucho que se trate o no de fantasmas... —explicó Henderson—. No les tengo miedo y no me importaría que uno anduviese en este momento por la habitación. No soy supersticioso. Siempre recuerdo lo que el viejo señor Ballinger me dijo hace cuarenta años. Ya este anciano había cumplido los noventa y usaba un elegante sombrero de paja. Se le encontraba todos los días quitando la maleza del jardín o haciendo una tarea casera, como cualquier otro. Me parece verlo sobre el tejado, arreglando las tejas, con su sombrero de paja y sus noventa años. Y bien, había al lado de su casa un viejo cementerio abandonado. Y cuando el viejo Ballinger necesitaba arreglar algún trozo del suelo de su sótano, saltaba la verja e iba al cementerio a buscar lápidas para pavimentar su subterráneo. Pues bien, recuerdo que un día pasé junto a él cuando estaba en esa tarea y le pregunté: «Dígame, señor Ballinger, ¿no tiene miedo que le suceda algo por levantar esas losas?» Se apoyó en el pico, escupió un trozo de tabaco y me repuso: «No le tengo miedo a ningún muerto, Joe. Es a esos hijos de tal y tal a quienes se debe temer». Nunca lo olvidaré: los muertos no pueden hacer daño, y eso lo sigo sosteniendo. Y haya o no fantasmas, es el caso que justamente estaba oyendo por radio la otra noche lo que Shakespeare...

Mark no le interrumpió, pero lo miraba con curiosidad. Henderson, pálido y reconcentrado, se balanceaba como un pontífice. Creyera o no en lo que podían hacerle los muertos o los vivos, era evidente que estaba muy asustado.

—Quiero hacerle una pregunta —le dijo bruscamente Mark—. ¿Le contó la señora Henderson la misma historia que a mí?

—¿Respecto a la mujer que había en la pieza del señor Miles la noche en que él murió? —preguntó el anciano, sin levantar la vista.

—Sí.

Henderson pareció reflexionar. Luego confesó:

—Sí; sí me la contó.

—Les dije hace un rato que no comenzaría con esa historia porque ustedes no me creerían nada —explicó Mark a sus amigos—. Pero puedo relatarla ahora que ni yo mismo sé qué pensar. Lo más importante de la primera parte es, como me parece haber indicado, que la señora Henderson había estado ausente una semana y no regresó a casa hasta después que nos marchamos al baile de máscaras. En consecuencia, no sabía cómo era el traje que Lucy o Edith llevaban. —Se detuvo un instante y miró al anciano, diciendo—: A menos que se lo dijera usted...

—¿Yo? De ninguna manera —gruñó Henderson—. Ni yo mismo lo sabía. Estaba enterado de que iban con trajes de fantasía. Pero para mí todos esos trajes son iguales. No, no podría haber dicho una palabra.

—Entonces sigo con la historia —asintió Mark—. La noche del miércoles, ella regresó de la estación a las diez menos veinticinco. Lo primero que hizo fue dar una vuelta por toda la casa para ver si estaba todo en orden. Golpeó en la puerta de Miles, y el tío, aunque no abrió la puerta, le contestó. Igual que Edith, estaba preocupada. Si al enfermo le pasaba algo, nadie habría podido oírle en el fondo de la casa, a menos que hubiese abierto la ventana y gritado. Pero Miles le respondió claramente: «¿Acaso cree usted que soy un inválido indefenso? Ya he repetido que me siento muy bien. Dedíquese a sus ocupaciones». Eso sorprendió a la señora Henderson, porque estaba acostumbrada a los modales corteses que siempre usaba mi tío. Respondió: «Perfectamente. De todos modos, volveré a las once para saber si algo se le ofrece».

—¿Y por qué precisamente a esa hora?

—Aquí viene la parte curiosa de la historia. Durante un año, la señora Henderson ha estado oyendo un programa que se transmite los miércoles a las once de la noche, exactamente Creo que se llama: *El intermedio de la música sedante de Ingelford*, y dura media hora. Sirve de publicidad a cierto tipo de jarabe y...

—Y ofrecen una música muy hermosa —interrumpió Henderson, algo escandalizado de que se considerara con ironía el programa, añadiendo—: Yo tengo un receptor aquí en casa y es muy bueno. Pero se estropeó hace un par de semanas y mi mujer pidió permiso para oír la transmisión en casa de los señores...

—Exactamente —corroboró Mark—. Y subrayó que se trataba de un programa musical, y no uno de esos engendros terroríficos y llenos de voces y ruidos extraños... La señora Henderson vino apresuradamente a nuestra casa para no perder su audición. Tengo que explicar que la radio está en la galería posterior del segundo piso. Necesito dar estos detalles para completar la escena. Al extremo de la galería se encuentra una puerta ventana que da al cuarto de Miles. Pero aunque muchas veces insistimos en que usara esa galería para tomar el sol, se obstinaba en mantener la puerta herméticamente cerrada. Más aún, corría una gruesa cortina sobre los cristales. Como la señora Henderson temía llegar con retraso, se limitó a golpear la puerta del cuarto del tío que da al vestíbulo del piso superior y preguntar: «¿Se encuentra bien?» Apenas oyó la respuesta: «Si, sí, perfectamente», corrió a la galería. Debo advertir que Miles jamás objetó que se usara la radio. Más aún, declaraba a menudo que le agradaba, y de ahí que la señora Henderson no tuviera ningún escrúpulo en escuchar su programa. Encendió una lámpara que está junto al receptor —instalado en el otro extremo de la galería— y se sentó. Mientras la radio se calentaba, oyó una voz femenina que hablaba detrás de la puerta de la habitación de mi tío.

—¿Y? —preguntó Partington, con cierta ansiedad.

—Se sobresaltó bastante. Conocía la costumbre de Miles de no aceptar a nadie en su habitación y, además, estaba enterada de que todo el mundo había salido. Su primer pensamiento, según me contó a la mañana siguiente, fue que se trataba de Margaret, la camarera. Conocía la fama de viejo galante de mi tío. La muchacha es bonita y la señora Henderson había creído notar ciertas miradas que el tío le dedicaba

a la joven: no ignoraba tampoco que de vez en cuando Miles permitía que Margaret entrase al cuarto, en ausencia de la señorita Corbett. Mientras la radio comenzaba a lanzar los primeros sonos, ya su auditora había relacionado todas las circunstancias sospechosas: la ansiedad del enfermo por quedarse solo, su mal humor al sentir que golpeaban la puerta... El asunto no le gustaba...

Mark titubeó. Miró a Henderson antes de pronunciar las últimas palabras y tener que confesar que su esposa había estado husmeando.

—Entonces se levantó lo más sigilosamente que pudo y se dirigió a la puerta de cristal. Se escuchaba un leve ruido, como si aún la voz siguiera hablando, pero la radio no permitía distinguir una palabra. Vio que la cortina estaba ligeramente separada, dejando dos espacios desde los cuales se divisaba algo de la pieza. Primero miró por el lado izquierdo y en seguida se trasladó para escudriñar por el otro lado. La galería estaba a oscuras, excepto la pequeña luz del otro extremo que daba sobre la radio, de modo que no había posibilidad de que la sorprendieran desde adentro. Sus escrúpulos morales quedaron satisfechos cuando se convenció de que no ocurría nada que se relacionara con el aspecto sexual. Creía poder presenciar algún vodevil típico del «ojo de la cerradura», pero sufrió una decepción en ese sentido. A través de la abertura de la izquierda no veía nada excepto la pared que quedaba al frente, y que es en realidad la del límite posterior de la casa donde hay dos ventanas. Entre ambas se encuentra una curiosa silla de respaldo muy alto, y en el muro está colgada una pequeña cabeza de Greuze por la que el tío Miles sentía gran devoción. Dominaba la silla y el cuadro, pero no alcanzaba a ver a ningún ser humano. Entonces miró a través de la abertura de la derecha...

—¿Y descubrió algo?

—Sí; logró ver a Miles y a alguien más. Veía la cama, cuyo respaldo se apoyaba contra el muro de su derecha, pudiendo observar, por consiguiente, todo un lado de la habitación. La única luz procedía de una lámpara colocada sobre la cama. La pantalla suavizaba el resplandor. Miles se encontraba sentado en la cama. Ataviado con su bata y sosteniendo un libro abierto sobre las rodillas, miraba directamente hacia la puerta de cristal desde la cual husmeaba la señora Henderson...

—¿Había descubierto que lo observaban?

—No, no la miraba a ella... Frente a mi tío, y dando la espalda a esa misma puerta de cristal, se encontraba una mujer de pie. Recuerden que la luz era débil y sólo se distinguía la silueta perfilada por el resplandor. No se movía: daba la impresión de una nube. Y resultaba extraña aquella *absoluta inmovilidad*. Sin embargo, la señora Henderson estaba bastante cerca para contemplar hasta el menor detalle del traje femenino. Y lo describió simplemente como «exactamente igual al que hay en la galería»... Por tanto, se refería al vestido del cuadro que se supone sea el retrato de la marquesa de Brinvilliers...

Mark guardó un breve silencio, para seguir su descripción:

—Lo que más me desconcertó por un instante fue que la señora Henderson

descubriera que podía tener «algo raro» el traje... Sabía que tanto Lucy como Edith habían ido a un baile de máscaras aquella noche, y aunque ignoraba cómo eran los vestidos que llevaban, lo natural habría sido que pensase inmediatamente que se trataba de una de ellas. Pero me confesó que no se le había ocurrido entonces, aunque comprendía que tenía que haber sido así. Lo que quiero recalcar es que aquello no la sorprendió como algo fantasmagórico, sino sencillamente como «algo divertido». Y cuando tratamos de descubrir en qué residía lo «divertido», resultó ser la expresión de Miles, aunque ésta no reflejaba sino miedo...

Se produjo un silencio. A través de las ventanas llegaba el susurro de los árboles.

—Pero, santo Dios, ¿y qué se sabe de la mujer? ¿No puede la señora Henderson dar más detalles acerca de ella? Por ejemplo, ¿no le es posible especificar si era rubia o morena? —preguntó Stevens.

—Ni siquiera puede aclarar eso —replicó Mark con voz afligida—. Parece que llevaba en la cabeza una especie de gasa que le caía por la espalda. Y también en aquello, según la señora Henderson, había algo divertido... Daba la impresión de que la cabeza estaba despegada del cuello... aunque le costó varios días llegar a esa conclusión.

STEVENS observaba cuidadosamente cada objeto de la habitación: el papel pringoso que cubría las paredes, las fotografías que colgaban de los muros, las tazas de café, y, especialmente no podía apartar su atención de la nariz ganchuda de Mark ni de sus ojos profundamente azules.

También advertía que el rostro de Henderson había adquirido un color terroso al murmurar:

—Cielo santo, ella no me había dicho una palabra de eso...

—Ya lo creo que no —añadió Partington sarcásticamente—. Es preciso, Mark, que te detengas y no sigas adelante en la investigación de este turbio asunto...

—Yo también lo encuentro repelente —repuso Mark con cierto cansancio—. Sólo repito lo que me contaron, tratando de poner en el relato la menor emoción posible... Pero necesito desentrañar lo ocurrido. ¿O realmente considerarían ustedes mejor que desistiera de querer descubrir la verdad?

—Creo que sería lo más acertado —opinó nuevamente Partington—. Pero en algo tienes razón. Me parece que si nos hubieras relatado todo esto anteriormente, no hubieras encontrado ayuda en nosotros esta noche...

—Ya lo sé. Naturalmente, hay que suavizar un poco el asunto. Ni a la señora Henderson ni a mí nos causó un efecto tan violento como el que tiene que producir a ustedes este relato desnudo... Los hechos crecen. Pueden decir ustedes que desenredo la madeja porque Lucy tenía un vestido así. Y es cierto. Si se encarga de hacerlo la policía, se empeñará en fijarse en esa sola circunstancia... Y no imagino que ustedes lo hagan así. Como decía, la señora Henderson vio una figura femenina corriente, que podía ser Lucy o Edith. Pero no se preocupó demasiado por ello. Regresó a su silla y siguió escuchando el programa de radio. Después de todo, no hubiera podido negar que había estado husmeando si hubiese preguntado: «¿Es usted la que está ahí, señora Despard?» Pero deduzco que no se quedó tan tranquila, porque cuando se produjo una interrupción al cuarto de hora para transmitir los anuncios, fue otra vez hasta la puerta de cristal y miró a través de las cortinas.

—¿Y vio algo nuevo?

—Sí; la mujer que vestía el traje de la marquesa de Brinwilliers había avanzado, pero no más de quince centímetros, hacia la cama y permanecía inmóvil de nuevo. Daba la impresión de que progresaba lentamente, pues la observadora no la veía moverse. También se había vuelto ligeramente hacia la derecha, de forma que se alcanzaba a divisar la mano de ese lado. Con ella sujetaba una taza de plata, que presumo era la que encontré más tarde en el armario. La observadora creyó advertir que ya había desaparecido el miedo en la expresión de Miles, lo que la tranquilizó. Aseguró que su rostro no reflejaba ningún sentimiento. Precisamente en ese momento, la señora Henderson creyó que iba a toser y que no podría contenerse. Se

alejó apresuradamente de la puerta hacia la mitad de la galería y tosió haciendo el menor ruido posible. Pero cuando regresó a su punto de observación, la mujer se había ido.

—¿Y qué era de Miles?

—Continuaba sentado en la cama, con la cabeza apoyada en el respaldo. Sujetaba la taza de plata con la mano izquierda, mientras con el brazo derecho se hacía una pantalla sobre los ojos. La observadora comenzó a sentir pánico. Trató de ver más, pero la ranura era demasiado estrecha. Por si acaso, se trasladó a la abertura del otro lado de la puerta. Debo agregar que en el muro opuesto, donde hay dos ventanas, como describí antes, existió una puerta que fue tapiada y recubierta de madera hace más de doscientos años; pero aún quedan las líneas marcadas en el muro. Estaba situada precisamente entre las dos ventanas, y conducía a una parte de la casa que fue destruida en aquella época. Para contribuir con una migaja de cordura, diré que *puede* haber una puerta secreta hoy día, aunque no comprendo cuál sería su uso. Sin embargo, no se ha descubierto y todo lo que sé es que fue utilizada. La señora Henderson insistía en recalcar que no había equivocación posible ni truco de ninguna especie en lo que divisó allí. Vio la cabeza de Greuze colgada en la mitad del vano que ocupó la puerta, como también vio los objetos que quedaban entre el retrato y el respaldo de la silla. Hasta advirtió la ropa de Miles colgada cuidadosamente de ese respaldo... Pero la puerta se abría en el muro y por ella pasaba la mujer vestida como la marquesa de Brinvilliers... La puerta se abrió hacia afuera; la cabeza de Greuze se movió hasta tocar el respaldo de la silla, mientras la visitante desaparecía. Sin embargo, era la inmovilidad de la mujer lo que resultaba más aterrador, porque aun avanzando o deslizándose, el movimiento era igualmente extraño. La señora Henderson se sintió sobrecogida de terror. Quise averiguar algunos pormenores respecto a la puerta, preguntarle si, por ejemplo, tenía un pomo; pero no lo pudo recordar. Por otra parte, nunca vio ni el rostro de la mujer ni la puerta cerrada. Un segundo más tarde se había convertido exactamente en una sólida pared. «Volvió de nuevo a lo que era», fue su única manera de describir lo sucedido.

Todos oían estupefactos, mientras Mark seguía su narración.

—Regresó junto a la radio y por primera vez cortó el programa musical antes de su término. Trató de pensar. Finalmente, se dirigió con osadía hacia la puerta de cristal, golpeó y dijo: «Ya he oído bastante la radio. ¿No necesita nada?» Y Miles repuso con voz serena: «Nada. Gracias. Vaya a acostarse. Debe estar cansada». Puso a contribución todo su valor e insistió: «¿Quién estaba con usted? Me pareció sentir voces» Riendo, mi tío repuso: «Debe haber estado soñando; no hay nadie aquí. Váyase». Pero esta vez le pareció que la voz era temblorosa. Y, ya francamente asustada, corrió hasta aquí, su casa. Les conté ya que encontramos más tarde a Miles agonizando, lo de la taza, etc. La señora Henderson vino a verme a la mañana siguiente, asustada todavía, y me relató confidencialmente la historia. Cuando se enteró del tipo de vestido que Lucy llevaba aquella noche no supo qué pensar.

Recuerden también que no sospechaba que Miles hubiese sido asesinado. Ahora con el cadáver desaparecido del ataúd, existen más pruebas para mostrar que ninguno de nosotros está loco. Como digo, tiene que haber una puerta secreta en el muro, pero a menos que lleve a un pasaje o a un hueco que exista entre las paredes, ¿adónde puede conducir? Es el muro posterior de la casa y tiene ventanas. Finalmente, tengo la certeza de que no hay un pasaje secreto en la cripta. Ahí está el problema, Part, y he tratado de presentarlo con el menor sensacionalismo posible. ¿Te sugiere algo?

—Esa es la historia que me contó también a mí —se apresuró a informar Henderson con acento lúgubre—; y sólo Dios sabe lo que tuve que sufrir quedándome con ella sentado junto al cadáver del señor Miles la noche antes del entierro. Casi conseguí que yo también viera apariciones.

—¿Qué le pasa, Ted? —preguntó bruscamente Mark—. Ha estado mudo toda la noche. Cada uno de nosotros debe tratar de averiguar lo ocurrido. ¿Qué cree usted?

Stevens trató de dominarse; pensó que era mejor mostrar interés, y aun exponer teorías, aunque sólo fuese para obtener ciertas informaciones, sin aparentar tal propósito.

—Si ustedes quieren, intentaremos hacer deducciones. Consideremos lo que Partington llamaría las únicas alternativas posibles. ¿Podría usted, Mark, acusar a Lucy como lo haría la policía? Comprenda que yo no creo a su mujer más capaz de hacer una cosa así de lo que creería a... Marie, por ejemplo.

Rió, y Mark hizo un signo de asentimiento, como si la comparación le quitase un peso de la mente.

—Comprendo, siga.

—Primero, entonces, está la teoría de que Lucy le dio arsénico en esa copa de plata, y después abandonó la habitación por una puerta secreta o mediante un mecanismo que no entendemos por el momento. El segundo lugar está la versión de que alguien trató de representar a Lucy llevando un traje similar al que ella usó esa noche; que la ranura en la cortina no fuese dejada por azar sino deliberadamente; que el asesino pretendía que la señora Henderson mirara y viera una figura de mujer de espalda, de forma que pudiese más tarde jurar que se trataba de Lucy.

—Y bien, adelante —dijo Mark.

—Como tercera y última está la teoría de que todo este asunto fuese, como si dijéramos, *sobrenatural*, porque los personajes son de otro mundo.

—Usted también nos viene con esas... —dijo Partington, dando un golpe en la mesa.

—No, no del todo; pero, como Mark, creo que debemos examinar cada teoría, aunque sólo sea para rebatirla. Es decir, no descartemos una prueba sólo porque su conclusión sugiere algo imposible de creer. Mientras permanezca como testimonio, debemos considerarlo igual que cualquier hecho tangible. Supongamos que la señora Henderson dijera que vio a Lucy, a Edith o a cualquier otra mujer que conocemos dando a Miles la copa envenenada. Luego imaginemos que asegure que dicha copa

fue ofrecida por una mujer muerta hace doscientos años. Y bien, trataremos ambas versiones con idénticas posibilidades, o, al menos, hagamos a Lucy la justicia de aceptar que las dos posibilidades son igualmente dignas de crédito. Y si se habla de pruebas, hay más indicios para dar a este asunto un carácter sobrenatural que para tratarlo como un hecho corriente.

—Continúe —dijo Partington con escéptica sorna.

—Veamos la primera teoría —añadió Stevens, mientras llenaba su pipa, deteniéndose para dominar sus impulsos y no decir más de lo conveniente.

—Eso quería decir que Lucy es culpable. Pero contra tal posibilidad está la objeción de que ella cuenta con una buena coartada. Estuvo con Mark toda la noche, ¿verdad?

—Sí, prácticamente... O bien se encontraba con otras personas que podrían jurar que la vieron —contestó Mark con énfasis—. Además, no podría haber partido sin que yo no lo supiera...

—¿Estaba usted enmascarado? —averiguó Stevens.

—Naturalmente. Se trataba de no darnos a conocer inmediatamente a los demás...

—¿Y a qué hora se quitaron las caretas y antifaces?

—A la hora de costumbre: medianoche.

—Y el veneno fue administrado, si es que existió, a las once y quince minutos —observó Stevens, lanzando volutas de humo de su pipa—. Agréguese a esto que nadie podía ir desde esta casa al baile en menos de tres cuartos de hora, o sea, para llegar en el momento de quitarse la careta. El detective de una novela policiaca se diría: «¿Y si la mujer que el marido y demás asistentes de la fiesta vieron, no fuera Lucy Despard, y si dos damas vestidas a lo Brinvilliers cambiaran sus identidades inmediatamente antes de desenmascararse?»

—¿Y cree usted posible que yo no conociera a mi propia esposa fuese cual fuere el disfraz tras el cual se ocultara? ¿Y los otros tampoco la habrían reconocido? Se trataba de simples antifaces, de los que se llevan con los dóminos, y no logran engañar...

—Por cierto que no lo creo —le interrumpió Stevens con sinceridad—. Nadie lo creería... Ahí está su carta de triunfo. Podría traer usted una docena de testigos para prestar testimonio... Sólo pretendo presentar los hechos en su peor aspecto, para hacerle ver que ni siquiera así pueden existir dudas...

Se detuvo. Una súbita idea le vino a la mente. Si la podía interpretar debidamente, no arrojaría barro ni culpa sobre nadie.

—Además, entre las alternativas, hay otra que no parece habérsenos ocurrido. ¿Y si no hubiera asesinato? ¿Qué pasaría si la mujer, fuese sobrenatural o natural, no tuviera nada que ver con el asunto y Miles hubiese muerto tal como indicó el médico?

Partington se restregó el mentón. Algo parecía molestarlo. Habló riendo, como si todo fuera demasiado absurdo para tratarlo en serio:

—Quisiera que terminase en eso... Para todos sería el camino más fácil. Pero... ¿y qué hay del cadáver desaparecido de la cripta? Resulta demasiado evidente como para darle carácter sobrenatural... Además, no habría manera de convencer a la policía de que el asunto de la mujer con una taza de arsénico era: a), una inofensiva historia de fantasmas, o b), una inocua exhibición de trajes...

—La policía no tendrá esa oportunidad —saltó Mark—. Sigamos con sus alternativas, Ted. La segunda se refiere a que alguien se hacía pasar por Lucy...

—¿Y quién podría hacerlo?

—Cualquiera, aunque resulta difícil imaginar en ello a alguien relacionado con nuestros bondadosos e inofensivos parientes y amigos... No puedo creerlo. No puedo pensar que Edith, o Margaret, la camarera, o... Este es un punto que siempre me ha hecho cavilar en las novelas policíacas. Presentan a un tipo tranquilo, sobrio, respetable, que se ha pasado veinte años pagando sus impuestos y actuando correctamente en todo, y que, de repente sin que nada lo cambie, decide matar a alguien y despedazar su cuerpo para poderlo ocultar. No me pregunto por qué lo hizo, sino lo que su familia y amigos pensaron de él... ¿Vieron algún cambio o guiño en la mirada? ¿Resulta distinto para ellos? No lleva un sombrero diferente y sigue saboreando la acostumbrada sopa de tortuga.

—Has contestado a tu propia pregunta —repuso Partington sombríamente—. Pruebas la imposibilidad de considerar como asesino a nadie de nuestro grupo.

—¡Sí! Pero trata de ser humano. Por ejemplo, ¿imaginarías que Edith fuera una asesina?

—Podría serlo —repuso el médico, encogiéndose de hombros—. Si lo fuera, la encubriría, lo que es más que... Pero Edith ha estado ya diez años alejada de mi vida. Creo poder juzgarla imparcialmente y trato de observarla desde un punto de vista científico. Tú y Lucy, o Edith y yo, o Stevens y...

—Marie —completó Mark.

—Sí, creo haber oído el nombre —repuso el médico con naturalidad—. Lo que pretendía decir era que cualquiera de nosotros, científicamente considerado, puede cometer un crimen. Es un hecho evidente...

—Podrías creer eso y, sin embargo, no aceptar la existencia de nada sobrenatural —murmuró Mark lentamente, como si quisiera volver a un problema distinto al que se consideraba—. A mí es la primera alternativa la que me desespera. Respecto a lo ultraterreno, francamente, no sé qué pensar y me inclino a dudar... Pero, aunque parezca divertido, me resulta más aceptable esa explicación que imaginar a uno de nosotros como asesino...

—Consideremos la tercera alternativa en ella. Presumamos que hay algo de los *no muertos* en esto y apliquemos las mismas condiciones de evidencia que impusimos en las otras dos...

—¿Por qué dice usted *no muertos*? —preguntó Mark.

Stevens se encontró con los ojos de Despard brillantes de interés. No creía haber

dicho nada inadecuado, sin embargo la expresión brotó naturalmente, aunque no era la que debió haber escogido. Su mente retornó al manuscrito de Cross. La historia que había leído, y a la que estaba adherida la fotografía, se llamaba: *El caso de la amante no muerta*. ¿Tal vez era eso lo que había quedado prendido en su imaginación?

—Lo pregunto porque sólo he oído emplear esa expresión a otra persona —explicó Mark—. Es divertido, pero la mayoría de la gente habla de fantasmas o usa algún sinónimo. Pero jamás *no muertos*.

—¿Y quién era esa otra persona?

—El tío Miles, aunque parezca extraño. La usó durante una charla que tuvo con Welden hace un par de años. Usted conoce al profesor, ¿verdad? Nos encontrábamos sentados en el jardín y la conversación saltó, no sé cómo, al asunto de los fantasmas. Por lo que recuerdo, Welden enumeró las diferentes formas y tipos de esas apariciones que irrumpen por la noche... Y en ese momento surgió Miles, que vagaba con la mirada más lejana que nunca. Escuchó un par de minutos en silencio. Luego dijo... De esto hace mucho tiempo y sólo lo recuerdo porque me sorprendió oírlo de labios de mi tío, que jamás en su vida leía un libro. Fue algo así: «Hay un tipo especial que usted ha olvidado, señor. Es el *no muerto*». Le respondí: «¿Qué quieres significar con este término, salvo que lo emplees en el sentido de que toda persona viva es *no muerta*?» Miles me miró en forma vaga y añadió: «¿Cómo lo sabes?» Luego se alejó. Welden debió haberlo creído algo demente y cambió el tema. Lo había olvidado. Pero usted me ha hecho recordar... *no muerto*... ¿Qué significa? ¿De dónde sacó esa expresión?

—¡Oh, de algún libro que no recuerdo! —refunfuñó Stevens, descartando el asunto—. No nos confundamos por una simple elección de palabras. Digamos fantasmas, si el vocablo les acomoda mejor. Asegura usted que la casa no tuvo jamás la reputación de tenerlos, ¿verdad?

—Nunca. Por cierto que tengo opiniones propias sobre los hechos que sucedieron aquí en el pasado, pero eso es debido a que soy algo aficionado a husmear crímenes...

—¿A qué hechos del pasado se refiere, Mark? —preguntó Stevens—. ¿Acaso a alguno que tuvo relación con la marquesa de Brinvilliers? Me dijo usted esta noche que su familia estaba estrechamente ligada con la de ella. Habló de un retrato cuyo rostro, borrado por el ácido, se supone ser el de la marquesa... Parece que a Edith no le gusta el cuadro y prefirió llamarlo «Madame de Montespan» cuando Lucy decidió copiar el traje para un disfraz. Y la señora Henderson calla siempre el nombre. ¿Cuál puede ser la relación entre una envenenadora del siglo xvii y los Despard del xx? ¿Acaso fue un Desprez una de sus víctimas?

—No. Fue algo más respetable y dentro de la ley. Un Desprez la prendió... Madame de Brinvilliers había huido de París y de la justicia que la perseguía. Se refugió en un convento en Lieja, y mientras permanecía en su interior no podían

capturarla. Pero el asunto de Desprez, como representante del gobierno francés, encontró un medio de sorprenderla. Era muy guapo, y Marie Brinvilliers, como habrán leído, no resistía a quien manejara bien la espada y tuviera una gentil prestancia. Desprez se introdujo en el convento, beatíficamente disfrazado de religioso. Encontró a la dama, la hizo prendarse de él y le sugirió que se encontraran afuera para dar un pequeño paseo por el río. La marquesa aceptó en el acto, pero el programa que le esperaba era diferente al que había imaginado. Silbó Desprez y los guardias la rodearon. Al cabo de pocas horas iba camino de París en un coche cerrado, en medio de una escolta de caballería. Fue decapitada y quemada en 1676...

Mark hizo una pausa para preparar un cigarrillo y continuó:

—Era un individuo virtuoso que había logrado prender de forma brillante a una asesina que merecía morir. Pero, para mi manera de pensar, actuó también como un Judas de alma negra. Fue el Desprez que, lleno de honores, llegó a Norteamérica cinco años más tarde y con Crispen plantó los primeros árboles del Park. Murió en 1706 y la cripta fue construida para que allí descansaran sus huesos...

—¿Y cómo murió? —preguntó Stevens, con voz fría.

—Por causas naturales, que yo sepa... La única cosa curiosa fue que una mujer, que nunca después pudo ser identificada, pareció haberlo visitado en su cuarto antes de morir. No despertó sospechas y fue probablemente una coincidencia.

—¿Y vas a contarnos ahora que ocupaba la misma pieza que después tuvo Miles? —preguntó Partington, riendo.

—No —repuso Mark gravemente—. Pero el conjunto de habitaciones que entonces ocupaba lindaba con la que fue pieza del tío Miles... El acceso a los cuartos de Desprez se hacía a través de una puerta que fue tapiada y cubierta de madera cuando aquella ala de la casa se quemó en 1707, aproximadamente...

Se sintió un fuerte golpe en la puerta. Entró Lucy Despard.

Todos se pusieron de pie, atemorizados, porque no habían sentido ruido de pisadas. La joven estaba pálida y parecía haberse vestido apresuradamente para viajar.

—Así es que abrieron la cripta... —murmuró.

—No te preocupes, Lucy —repuso Mark, buscando las palabras y haciendo ademanes vagos—. *Nosotros* abrimos la cripta.

—¿No sabes que eso no está bien? Por favor, dime, ¿qué pasa? ¿Dónde está la policía?

Todo el mundo quedó estupefacto. Reinó un silencio interrumpido por el tictac de un reloj instalado en la repisa de la chimenea.

—¿Policía? ¿A qué te refieres?

—Nos vinimos apenas pudimos. Partimos en el último tren de Nueva York... Edith vendrá dentro de unos segundos. Mark, ¿qué pasa? Mira... —Abrió la cartera, sacó un telegrama se lo entregó a su marido. Mark lo leyó dos veces antes de que pudiera hacerlo en voz alta, para todos:

Señora Lucy Despard.

c/c E. R. Leverton

31 East 64th St.

Nueva York.

Descubrimiento circunstancias relacionadas muerte Miles Despard aconsejan retorno inmediato a su casa.

BRENNAN, Departamento Policía, Filadelfia.

STEVENS no olvidaría jamás a Lucy Despard de pie, apoyada en el picaporte de la puerta abierta y mostrando una expresión forzada en su rostro habitualmente sereno, vivo y alegre. Esa chispa interior era lo primero que brotaba en sus ojos castaños rodeados de largas pestañas. Era pequeña y más bien robusta, pero animada de una gracia inconsciente. No se podía decir que era hermosa, a pesar del atractivo y fuerza de su expresión. Estaba tan pálida ahora que le resaltaban las pecas de la nariz. Vestía un sencillo traje sastre que daba impresión de elegancia, sin saberse la causa. La única nota de color la constituía su sombrerito, y llevaba su oscuro pelo hasta más abajo de las orejas.

—Hay una broma en todo esto —explicó Stevens—. Ese telegrama es falso. Ningún policía enviaría un mensaje de cortesía semejante, invitando a los sospechosos a retornar a casa, como no fuese el abogado de la familia. Habría telefonado a Nueva York, para que alguien los siguiese. Me parece oler algo sospechoso en todo esto, Mark...

—¡Estoy perfectamente de acuerdo! —repuso Despard impulsivamente, mientras se paseaba a grandes zancadas—. Ese telegrama no fue enviado por un policía. Veamos. Se despachó en una oficina de la Western Unión, en Market Street, a las 7.35... Con eso no avanzamos mucho...

—Pero ¿qué pasa? —insistió Lucy—. La cripta está abierta... —De repente miró por encima de su hombro y se detuvo—: ¡Tom Partington! —exclamó estupefacta.

—¿Cómo está, Lucy? —saludó el médico con naturalidad.

La joven avanzó mecánicamente y le tendió la mano.

—¡Cuánto tiempo sin verlo, Tom!... Pero ¿qué hace usted aquí? Creía que estaba en Inglaterra...

Partington dio una corta explicación. Cuando se marchó del país, le parecía que Lucy y Mark aún no estaban casados.

—Vengo por una corta temporada. Llegué esta tarde. Y pensé que, después de tan larga ausencia, no estaría mal que me pasara un día o dos con ustedes...

—¡Por cierto, me parece espléndido!

Se oyeron pisadas y entró Edith.

Tal vez resultaba menos seductora. No es que tuviera aspecto rígido o aire marchito, ya que apenas pasaba de los treinta años. Pero daba la impresión de que tenía menos seguridad en sí misma que la que mostraba su cuñada. Stevens no quería pensar cómo sería la joven dentro de unos veinte años. Era más alta que Lucy y más delgada, casi huesuda. Tenía el mismo aire familiar de los Despard: pelo castaño, ojos azules y un aspecto de no preocuparse demasiado de los demás, igual que Mark. Era más bien hermosa, y en torno de sus ojos las ojeras resultaban demasiado marcadas. Se advirtió que al entrar Edith, Henderson asumió un aire de culpabilidad. En

realidad, Stevens tuvo siempre la impresión de que la joven era más débil de lo que parecía gracias a sus movimientos decididos. Vestía un abrigo de piel y llevaba la ropa con soltura. Al ver a Partington se detuvo, pero su expresión no cambió.

—Dicen que no ocurre nada anormal —la tranquilizó su cuñada, mientras abría y cerraba nerviosamente su cartera—. Están seguros de que el telegrama es falso y de que no existe tal intervención de la policía.

Pero Edith miraba a Partington y le sonreía:

—Esta vez puedo reconocer con sinceridad que se han cumplido mis presentimientos. Eres de los que provocan complicaciones, ¿verdad, Tom?

Con esas palabras extendió al médico su mano izquierda. Luego miró el grupo.

—¿Y qué pasa? Explícanos, Mark. Lucy y yo hemos estado terriblemente preocupadas, y creo que se nos debe decir la verdad.

—Puedo asegurarte que ese telegrama es falso.

—Dime, Mark, ¿acaso el tío Miles murió envenenado?

—¿Envenenado? —repuso Despard, luego de una ligera pausa—. ¡Dios santo, no! ¿Quién te metió semejante idea en la cabeza?

Mark miró la cara de su hermana, que mostraba mayor dominio, aunque no menos tensión. Y entonces se le vino a la imaginación una mentira que podía servir para la urgencia del momento. Abrazó a Lucy y luego se volvió a Edith:

—Lo sabréis tarde o temprano, así es que mejor que conozcáis en seguida la verdad. No hay nada realmente de qué preocuparse ni se trata de lo que podría llamarse un asesinato... ¿De dónde sacasteis esa idea? Aquí no tiene por qué intervenir la policía. Pero tampoco lo sucedido es agradable... Alguien ha tenido el buen gusto de enviar telegramas y cartas anónimas. Yo también recibí un mensaje anunciándome que el cadáver del tío Miles había sido robado de la cripta... No habría hecho caso del asunto si Henderson no hubiera advertido también ciertas circunstancias... Decidimos abrir la sepultura y cerciorarnos. Siento deciros que es la verdad. El cuerpo ha desaparecido.

—¿Desaparecido? —repitió Edith, tratando con mayor empeño de ocultar su nerviosidad—. Pero ¿cómo podría...?

Partington intervino para tratar de serenar a la joven:

—Sí; es un asunto molesto. Pero no tiene nada de nuevo, aunque no me parece que semejante tipo de robos sea corriente en América. ¿No has oído, Edith, hablar del caso de Stewart, en 1878? Robaron el cadáver de su tumba y lo retuvieron para obtener un rescate. Lo mismo ocurrió en Dunetch. Saquearon una cripta muy parecida a ésta... Sin embargo, no parecía que estos delitos pudiesen tentar a los ladrones modernos...

—¡Pero es horrible! ¡Secuestrar un cadáver... y por dinero! —exclamó Lucy.

—La viuda ofreció veinticinco mil dólares por que le devolvieran el cuerpo del señor Stewart —continuó diciendo Partington con fluidez, convenciéndoles, alejándoles como si les llevara de la mano—. En el caso de Dunetch se sorprendió a

uno de los que formaban la banda y encontraron el cadáver. El juicio fue insólito, ya que no existían precedentes en las leyes. Los robos de cadáveres hasta entonces conocidos habían sido con el propósito de venderlos a alguna facultad de medicina, lo que era muy diferente. Creo que condenaron al malhechor a cinco años... Temo que en la situación presente los ladrones tienen el convencimiento de que ustedes quieren conservar intacta la cripta de familia y que pagarían inmediatamente lo que se les pidiera con tal de recuperar el cadáver del tío...

—En todo caso, es mucho mejor que... —dijo Lucy lanzando un profundo suspiro—. Me refiero a la otra alternativa. Debo confesar que siento hasta alivio. Me tenías horriblemente asustada. Edith... Por cierto que ahora necesitamos dar parte a la policía, pero...

—No haremos nada de eso... ¿Crees que consentiré que se organice toda una cacería en torno del cadáver del pobre Miles, igual que si se tratase de un zorro muerto a quien siguiera una jauría de perros? Por ningún motivo. Si se lo han llevado unos malhechores, estoy dispuesto a pagar por recuperarlo... Y, ahora, ¡a levantar el espíritu, ustedes!

—Debo confesar que no creo una palabra de todo el asunto —declaró muy suavemente Edith.

—¿Supongo que no insistirás en esas alucinaciones de un posible envenenamiento, verdad? —preguntó Mark.

—Vamos a casa, por favor —repuso la joven, dominando a todos con un ademán. Luego, dirigiéndose especialmente a Henderson, indicó:

—Hace mucho frío, Joe. ¿Quiere prendernos el horno de la calefacción?

—Se hace tarde —murmuró Stevens—, y si ustedes me perdonan...

—No, se lo suplico, tiene usted que venir con nosotros, Ted —rogó Edith—. *Debe* acompañarnos. Hay que tratar de aclarar el asunto entre todos... ¿No ven que hay algo de malvado, de realmente maligno en todo esto? La persona que ha enviado los telegramas está jugando y riéndose de nosotros. No puede ser un malhechor que robe un cadáver por dinero. Tenía el presentimiento de que algo así iba a ocurrir desde...

Se detuvo, miró el sitio donde las dos linternas continuaban ardiendo y se estremeció.

Era un grupo silencioso el que avanzaba por la senda. Partington trató de hablar con Edith, pero aunque no se notaban discrepancias entre ellos, se advertía que un muro de hielo los separaba. Lucy era la única que se inclinaba a tratar el asunto como algo terrenal. Lo juzgaba desagradable y hasta terrible, pero no sobrenatural. En tanto Stevens pensaba incansablemente en esas palabras: «La persona que ha enviado los telegramas está jugando y riéndose de nosotros»...

Entraron en la casa. Atravesaron el enorme vestíbulo y se dirigieron a la biblioteca. Resultaba la habitación menos apropiada para celebrar una conferencia así. Evocaba el pasado con demasiado realismo. Era una sala muy larga, aunque no

muy alta. Las paredes habían sido estucadas y pintadas de verde para modernizar el ambiente, pero la huella de la habitación original se advertía en los rincones y hasta en la chimenea. Edith se sentó en un enorme sillón, junto a una lámpara, quedando las ventanas cerradas a sus espaldas.

—¿Crees que debemos insistir en todo esto? —preguntó Lucy a su cuñada—. No me gustó lo que dijiste cuando veníamos en el tren. ¿No sería mejor olvidar y...?

—No podemos hacerlo —repuso Edith secamente—. Tú sabes tan bien como yo que se ha extendido el rumor de que ha sucedido algo anormal en nuestra casa...

—¿Rumor? —preguntó Mark, desconcertado.

—Y si me preguntas quién pudo iniciarlo, le diré que Margaret, aunque sin intención, naturalmente... Flotaba en el ambiente. Debe haber oído a la enfermera hablando conmigo o con el doctor. Y no pongas cara de extrañeza, Mark... ¿Acaso no sabes que la enfermera recelaba algo y por eso dejaba cerrada con llave su habitación cada vez que no estaba allí?

—Todo el mundo parece guardar secretos. ¿De qué podía recelar? —insistió Despard.

—Alguien le robó una cosa de su cuarto...

—Preferiría que no hables a medias, Edith —observó su hermano—. Siempre fuiste franca y directa para expresarte. ¿Qué se robó? ¿Cuándo?

—Fue en el fin de semana anterior a la muerte del tío Miles... el sábado 8, me parece... ¿No recuerda, Ted? Usted y Marie vinieron a jugar al *bridge*. Pero Mark cambió el programa, ya que la velada degeneró en historias de fantasmas...

—Yo también me acuerdo —confirmó Lucy, tratando de ocultar su inquietud bajo una expresión placentera—. Creo que Mark había tomado más *whisky* de lo conveniente... Pero no hables de que la velada *degeneró*, ya que las historias resultaron divertidas...

—A la mañana siguiente, la señorita Corbett vino a confiarme que algo se le había extraviado —continuó explicando Edith—. Como la vi nerviosa, le pedí que me informara mejor. Me preguntó en forma más decidida si yo no sabía quién habría tomado de su habitación una medicina que el doctor había indicado que se diera a Miles en determinadas circunstancias, que no explicó... Me describió que se trataba de un frasco cuadrado que alguien pudo haber confundido con un pomo de sales para oler, aunque tampoco le parecía probable. Finalmente agregó que se trataba de un veneno mortal si se administraba en gran cantidad. Rogaba que se lo devolvieran. No creo que entonces sospechase una mala acción, exactamente... Más bien suponía que alguien le había jugado una broma.

Mark estuvo a punto de cometer una indiscreción.

Stevens advirtió que casi dijo: «Pero nadie va a guardar arsénico con propósitos medicinales». Se limitó a preguntar, con tono atribulado:

—¿Qué respondiste a la señorita Corbett, Edith?

—Le prometí que haría averiguaciones, pero... —el miedo y la indecisión se

pintaron en el rostro femenino—: Supongo que... Sentí miedo... —añadió—. Creo que fue absurdo por mi parte, pero no dije nada. Me limité a averiguar en forma indirecta, como si me refiriese sencillamente a una medicina corriente del tío Miles... y nadie se dio por aludido. No hablé de veneno. *No habría podido* hacerlo...

—Todo me parece un lío endemoniado —volvió a decir nerviosamente Mark Despard—. ¿Qué crees tú que puede haber contenido ese frasco, Part?

—Eso depende de las ideas que tenía el médico respecto a la evolución del caso... No he oído siquiera su diagnóstico completo. Pueden haber sido muchas cosas. Dime, Edith, ¿informó la enfermera de este asunto al doctor?

—Claro, se lo dijo al doctor Baker. De ahí que yo no pensara...

—¿Y a pesar de eso el médico no titubeó en asegurar que Miles murió de gastroenteritis? ¿No tuvo sospecha en otras palabras?

—De ninguna manera...

—Entonces, dejémosnos de preocuparnos —aconsejó Partington—. Puedo asegurarles que era imposible que se tratara de alguna preparación médica que pudiera haber causado ni remotamente los mismos síntomas con que murió el tío..., como antimonio, por ejemplo. ¿No es evidente? En otra forma, tanto el médico como la enfermera se hubieran dado cuenta inmediatamente. Sin duda, era un sedante o algún estimulante cardíaco, como digitalina o estricnina. Esas drogas pueden ser mortales, como saben, pero constituyen lo que se llama venenos neuróticos, y, en todo caso, no producirían los síntomas que acompañaron a la muerte de Miles. ¿A qué preocuparse, pues?

—Lo sé —repuso desesperadamente Edith, recorriendo con las uñas el brazo del sillón—. Comprendí que no podía ser. Pero me inquietó que la señorita Corbett echara la llave a su puerta cada vez que salía de su pieza, y aunque la dejara herméticamente cerrada la noche en que murió tío Miles, a pesar de que había recuperado el frasco...

—¿Recuperó entonces la medicina? —preguntó anhelante Mark—. ¿Qué había pasado?

—Fue devuelta, evidentemente, el domingo por la noche. El frasco había desaparecido sólo unas veinticuatro horas, lo que no dio tiempo para armar revuelo, en realidad... Recuerdo que fue el domingo, porque había venido Marie a despedirse, contándonos que se dirigía con Ted en auto a Nueva York a la mañana siguiente. Salí de mi habitación alrededor de las nueve y me encontré con la señorita Corbett en el vestíbulo de arriba. Me dijo: «Afortunadamente, el frasco ha sido devuelto. No sé quién lo dejó en la mesa que está ante la puerta del señor Miles...» Y a mi pregunta respondió que todo marchaba bien...

—Eso quiere decir que fue mi propio tío quien lo tomó —afirmó Mark—. Dime, Part, ¿podría haber contenido pastillas de morfina ese frasco?

—Naturalmente. Me has dicho que Miles sufría fuertes dolores y no dormía bien, ¿no es así?

—Exactamente —repuso Despard, y volviéndose a los demás, preguntó—: ¿Y no se acuerdan de que el tío solicitaba siempre mayor dosis de morfina de la autorizada por el médico, cuando tenía dolores? Eso permite aceptar la posibilidad de que Miles hubiera sustraído el frasco del cuarto de la enfermera, sacado unas tabletas, para luego devolver el resto... Pero... ¡aguarden! La noche que murió pidió que alguien fuera al baño y le trajera las pastillas que calmaban el dolor, ¿no pueden haber sido ésas? ¿No se refería a las pastillas de morfina robadas que guardaba en el botiquín del cuarto de baño para que la enfermera no las descubriera en su habitación?

—No, no es posible —repuso Lucy—. No había pastillas de morfina allí. Se refería a las tabletas de veronal, que siempre estuvieron guardadas en el botiquín...

—Sin embargo, la otra explicación es perfectamente posible —argumentó Partington.

—¿Qué les pasa a todos ustedes? —pregunto Edith. Trató de que su voz fuese tranquila, pero fue subiendo de tono hasta convertirse en un grito al añadir—: ¿Acaso no ven lo que está sucediendo? Lo primero que cuentan es que el cadáver del tío Miles ha sido robado. Lo han sacado de la cripta para reducirlo a pedazos, quizás... Y eso es lo menos desagradable que puede acontecer. Hablan tranquilamente y pretenden engañarme con toda suavidad... Pero todos saben lo que ocurre, hasta tú, Lucy. No puedo soportarlo más. Necesito saberlo yo también, aunque sea algo horrible. ¿Ha regresado, Tom Partington, para torturarme? Lo único que falta es que aparezca Ogden haciendo bromas. Les repito: ¡no puedo soportarlo más!

—Tú también necesitas un poco de veronal —repuso Mark, aparentando calma, aunque le temblaban las manos—. Te hace falta dormir. ¿Por qué no subes con Lucy para que te dé un poco del remedio? Debes confiar en nosotros. Arreglaremos cualquier contratiempo. Eso lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé —repuso Edith después de un breve silencio—. Fue una tontería haberme exaltado de esa forma. Pero me siento mejor. Es imposible evitar los pensamientos que nos asaltan a veces... Pero tuve el presentimiento de que nos vendría la mala suerte desde el mismo momento en que Lucy proyectó copiar ese traje del cuadro y usarlo... Siempre se dijo que esa pintura era de mal agüero. Supongo que debiéramos desechar esas tonterías, y bien quisiera no ir por el mundo con el sentido común igual que un balde de agua encima de la cabeza, temerosa de agacharme o de mirar atrás, porque puede derramarse... Pero ¿acaso no es un hecho científico que los cambios de la luna tienen una influencia directa sobre ciertos cerebros humanos?

—Recuerda que la luna es la madre de los lunáticos —repuso Partington soñadoramente—. Es la que les bautizó, según asegura alguien.

—Siempre fuiste materialista, Tom, pero hay cierta verdad en todo eso... ¿Y acaso se puede negar la existencia de lo sobrenatural?

Ante esa pregunta, Stevens advirtió que cambiaba la expresión de los rostros. No dudaba de que el suyo también se había alterado.

—Entonces, ¿por qué no creer que sufrimos influencias de algo que se encuentra a muchos millones de kilómetros de distancia? —continuó diciendo Edith—. ¿No recuerdas, Lucy, que hubo luna llena la noche en que murió tío Miles? ¿Acaso no veníamos admirándola, mientras cantábamos con Mark de regreso a casa? Cuando una persona comienza a pensar en los *no muertos*...

—¿En los qué? —la interrumpió su hermano rápidamente, como si jamás hubiese oído el término—. ¿De dónde sacaste ese absurdo terminacho?

—Lo leí en algún libro... No, no iré a la planta alta, pero trataré de encontrar algo que comer. Vamos, Lucy, estoy cansada, mortalmente fatigada. ¿Quieres preparar unos bocadillos?

Lucy se incorporó rápidamente, haciendo un guiño cariñoso a su marido. Después que se hubieron ido, Mark comenzó a pasearse en torno a la habitación, con expresión absorta. Finalmente se detuvo frente a la chimenea y comenzó a liar un cigarrillo.

—¿A qué ocultarnos las cosas unos a otros? —preguntó—. Como ustedes advirtieron, la desaparición del cadáver de Miles no pareció sorprenderles extraordinariamente, al menos a Edith. No pidieron detalles. ¡Caray! ¿Qué tendrá mi hermana en la mente? Quisiera saber...

—Yo puedo decírtelo —repuso Partington.

—Y también leyó eso del *no muerto*... —añadió Mark, sin hacer caso a la observación de su amigo. Dirigiéndose a Stevens, le preguntó—: ¿Supongo que sería el mismo libro que leyó usted?

—No me parece posible... Lo que yo leí fue un original todavía no publicado. Es la última obra de Gaudan Cross... Conocen algo de él, ¿verdad?

—Deletree el nombre —pidió Mark, que se había quedado mirando algo lejano, como si el instinto fuera más allá de la vista—. No puede ser... Tienes razón tú, Part... Me estoy poniendo nervioso y dentro de poco mi imaginación me llevará a un estado en que también necesite un sedante. La prueba está en que he oído ese nombre mil veces y sólo ahora se me ocurre encontrarle cierta semejanza extraña. Gaudan Cross... Gaudin St. Croix. ¡Ja, ja! ¡Que alguien me dé un puntapié!

—¿Qué te pasa?

—Pero ¿no ven? —preguntó Mark con cierta maliciosa precipitación—. Cuando uno se mete en un asunto como éste, no necesita sino dejar correr la imaginación para sacar conclusiones raras. Gaudan Cross es apenas, posiblemente, un individuo inofensivo que escribe libros bastante buenos. Y, sin embargo, observando su nombre, se puede evocar todo un siglo en torno de las personas *no muertas* y crímenes remotos. Gaudan Cross, Gaudin St. Croix, por si les interesa saberlo, era el famoso amante de Marie D'Aubray, marquesa de Brinvilliers, y quien primero la instruyó en todas las artes del envenenamiento. Murió antes que ella, en su laboratorio y sobre la olla del cocimiento. De no ser así, habría encontrado la muerte descoyuntado en la rueda, o hubiera sido mandado al cadalso por el tribunal

establecido para tratar los casos de envenenamientos: un tribunal llamado «la Cámara Ardiente» o «el Tribunal del Fuego». A través de la muerte de St. Croix dieron con una cierta caja de teca, que orientó las sospechas hacia *madame*. La dama se había cansado de su amante: hasta llegó a odiarle... St. Croix murió en forma extraña. Dumas asegura que mientras trataba de fabricar un veneno gaseoso, se le resbaló la máscara contra los gases y cayó fulminado por las emanaciones en su propia caldera... Y con la culpa cargó *madame*, la marquesa.

—Creo que ya he tenido bastante para una noche —declaró Stevens en tono cortante—. Si me lo permiten, me voy a mi casa. Podemos terminar de reconstruir la cripta mañana por la mañana...

—Es una hermosa noche —murmuró Partington—. Lo acompañaré hasta la reja.

CAMINARON por la senda rodeada de grandes árboles y macizos de arbustos. Durante un rato, Partington y Stevens guardaron silencio. Mark salió para sostener una última conferencia con Henderson y poner el alquitrán que se usaba en el campo de tenis para tapar la entrada de la cripta. Stevens se preguntaba qué estaría pensando Partington, y por ello inició el ataque:

—¿Tiene alguna idea respecto a lo que contaron las señoras del robo de la botella?

Partington pareció salir de su abstracción. Miraba hacia arriba, distraídamente. Repuso:

—A mí me gusta considerar los hechos en forma esquemática. Sabemos que un frasco, que contenía una sustancia que resultaba venenosa administrada en grandes dosis, fue sustraído y luego devuelto. No sabemos más ni tampoco avanzaremos nada hasta no ver a la enfermera. Ni siquiera estamos enterados de si se trataba de algo líquido o sólido, que es el puntal más importante... Pero hay dos posibilidades respecto a lo que podía contener. Primero, puede haber sido un estimulante cardíaco, como estroscina o digitalina. Si fuera tal cosa, sería francamente desagradable... Significaría que el envenenador, si es que existe, no ha terminado su obra...

—También he pensado en eso —asintió Stevens.

—Pero no me parece muy probable. Si un producto así hubiera sido robado, el doctor echaría la casa abajo hasta que se encontrara, pero parece que ni él ni la enfermera se inquietaron en absoluto. Igualmente, si se hubiera tratado de un veneno irritante, como antimonio, por ejemplo, puede apostar todo lo que tiene a que el médico no habría certificado que Miles falleció de muerte natural...

—¿Y la otra posibilidad?

—La segunda es mucho más verosímil. Coincide con la de Mark, o sea, que lo sustraído fueron unas cuantas tabletas de morfina...

—¿Por Miles?

Partington caviló. Este extremo parecía preocuparle más que ningún otro.

—Sí; es muy posible, y sería la solución más fácil. Sin embargo, hay algunos aspectos que se oponen a la idea de culpar del robo a Miles. Me refiero a la devolución del frasco. Sabemos que después de la sustracción la enfermera se cuidaba de manejar la puerta cerrada. Me refiero a la que da al vestíbulo. Pero existe otra puerta que comunica directamente con la de Miles, y es de suponer que ésa no podía cerrarse sin perjudicar al paciente. Por eso, si Miles robó la botella y quería devolverla, ¿por qué no utilizó la puerta de comunicación para dejarla de nuevo en el cuarto de la enfermera? ¿Por qué había de dejarla del lado de afuera de la puerta?

—Porque la enfermera habría sabido inmediatamente quién lo había hecho. Era el único que tenía acceso a su cuarto.

—Me estoy poniendo un poco chocho con los años... Tiene usted toda la razón. Pero, estaba cavilando, ¿no cerraría la enfermera tanto la puerta de fuera como la de comunicación con el cuarto de Miles? Puede que también sospechara del enfermo...

—Pero, aun así, ¿adónde quiere llegar?

—Al motivo... —insistió Partington tozudamente.

Agitó las manos en el aire como el hombre inteligente que encuentra dificultades para expresarse.

—Quiero hallar la razón de la desaparición de la morfina, bien sea que la tomase Miles u otra persona. Ahora, si la cogió el enfermo, el motivo resulta comprensible. Pero ¿y si la robó otro? ¿Para qué la quería?

—¿Qué deduce?

—No puede haberlo hecho para realizar un crimen. Sustrajo unas dos o tres tabletas, tal vez... No podían ser más, porque el doctor habría armado un alboroto. Por lo general, la morfina se da en tabletas de un cuarto de grano. Se necesitan de dos a tres granos para que la persona corra peligro; con cuatro granos se va a la segura. No puede haber pensado entonces en un crimen. En seguida, hay que descartar la idea de que alguien de la casa sea aficionado a las drogas. Si fuera así, puede estar seguro de que no había devuelto nada. Ahora, ¿habría alguien que sólo deseara dormir bien una noche? Es posible, ¿pero para qué usar un producto tan fuerte, que actúa de forma agotadora y resulta innecesario si no se tiene un gran dolor? ¿Por qué no tomó las tabletas corrientes de veronal que había en el cuarto de baño? En ese caso, ¿a qué tanto misterio para *robar* la morfina? Si nada de esto suena a razonable, ¿con qué propósito lo hizo el ladrón?

—¿Y bien?

—Imagine que tiene usted un trabajo nocturno que realizar y que hay alguien que pueda verlo u oírlo... Si usted le administra a esa persona una dosis de un cuarto de grano de morfina, podrá lograr su propósito, ¿comprende?

De nuevo se detuvo, con la mirada perdida en lo alto. En seguida clavó los ojos en Stevens, que trataba de rechazar los pensamientos que asaltaban su cerebro. Como en un cuadro, vio los acontecimientos de la noche en que murió Miles; cuando él y Marie se encontraban en su casa, a menos de un cuarto de milla de distancia; la misma oportunidad en que se sintió invadido por un letargo irresistible antes de las diez y media...

Entonces Partington dijo inesperadamente:

—Pensaba en nuestro más grande problema: la apertura de la cripta y la desaparición del cadáver. Si a los esposos Henderson los hubieran dormido con morfina, ¿habrían sentido el ruido producido durante el trabajo?

—¡Santo Dios, tiene usted razón! —estalló Stevens con una evidente sensación de alivio—. ¡Eso, eso..., pero...!

—¿Quiere usted decir que, de todos modos, los de la casa grande lo habrían sentido? ¿Y recuerda también que Henderson jura que la entrada a la cripta no ha sido

tocada? Acepto la honradez del anciano, pero hay que hacer otras consideraciones. *Nosotros* hicimos mucho ruido, pero recuerde usted por qué... Rompimos el pavimento con picos y martillos. Ahora recuerde también cómo están colocadas las piedras. Son piezas pequeñas, dispuestas como en un rompecabezas y pegadas entre sí. No hay cemento que las adhiera a la capa de ripio y tierra. ¿Por qué no pudo haberse cortado un bloque, levantándolo luego simplemente? Hubiese bastado cortar el pavimento siguiendo una línea delgada a ambos lados, y después colocarlo como una losa de piedra. Y Henderson, viendo una sola pieza, se podría equivocar. Claro que hay que sacar la arena mezclada con tierra, pero recuerde que quedaban todavía restos de esa operación, de cuando se hizo la semana pasada para el entierro.

Stevens habría querido creer en ello, como lo hacía evidentemente Partington. Pero le ocupaba otro problema más personal. Habían llegado a la reja.

—Perdone que le haya dicho tales cosas, Ted, pero necesito buscar una explicación —se disculpó el médico—. Edith declaró que yo era un materialista. No hay que ser tan despreciativo para considerar el asunto. Yo lo confieso. Edith me acusó de falta de espiritualidad en otros tiempos. Siempre creyó que practiqué aquel aborto porque yo era el culpable... ¡Y todo fue porque la muchacha trabajaba en mi despacho! ¿Quién es entonces el materialista, me pregunto?

Aquel último trago ingerido inmediatamente antes de salir de la casa le había desatado la lengua. De repente hablaba con impetuosidad, pero luego se dominaba en una forma que, evidentemente, había aprendido a practicar muy bien.

—¿A qué toda esa charla de fantasmas y de *no muertos*, cuando hay tantas cosas hermosas que ver en el mundo? —preguntó el médico, sonriendo—. Pero me callaré, contra mi deseo. Puedo, sin embargo, asegurarle que tengo la solución de lo ocurrido en la cripta. Al menos, naturalmente, que hubiese algún truco por parte del enterrador...

—¿El enterrador? —preguntó Stevens—. ¿Se refiere a J. Atkinson?

—¿Al viejo Jonah? —preguntó a su vez Partington, levantando una ceja con un gesto extraño—. Me imagino que lo conoce usted... Es todo un personaje. Debe haber enterrado toda una generación de Despards, y ya está muy viejo. A eso se debe que nuestro amigo Henderson asegurase con tanta petulancia que el enterrador no podía haber hecho ninguna treta. Estaba en lo cierto, por tratarse de Atkinson. Mark me habló de la funeraria cuando pasamos ante ella esta noche. Me contó que el hijo del viejo Jonah se había hecho cargo de todas las actividades de su padre, y que está haciendo ciertas innovaciones en la empresa. El viejo Jonah era un gran amigo del padre de Mark... Este, en tono de broma, le preguntaba siempre si aún se encontraba en su «inofensivo salón de té» o en «su rincón». No sé lo que le quería decir. Posiblemente... Buenas noches...

Stevens se convenció de que el hombre comenzaba a trasponer la línea de la cordura para empezar a desvariar. Le dio rápidamente las buenas noches y se lanzó por la avenida. No disminuyó el ritmo del paso hasta que sintió, por el ruido de las

pisadas en el camino enarenado, que Partington había emprendido el regreso.

Sintió entonces la necesidad de tener algún desahogo físico, como golpear el puño contra algo o, por lo menos, rechinar los dientes en impotente perplejidad. Pensó que si hubiese podido resolver sus dudas dentro de ciertos límites, como pretendía hacerlo Partington; si encontrase alguna persona de raciocinio frío a quien pudiese interrogar, tal vez llegaría a sentirse mejor. Trató de contestarse a sí mismo las preguntas que habría deseado hacer: ¿Cree que hay algo malo en Marie? Pero ¿qué entiende usted por malo? ¿En qué aspecto, en particular? Y era entonces cuando su mente se encogía, como frente a un incendio, sin encontrar la salida. No podía responder a las preguntas y ni siquiera formularlas. Eran demasiado fantásticas. ¿A través de qué extraña hendidura del cerebro habrían podido introducirse aquellas ideas? Todo giraba en torno a una fotografía, a una igualdad de nombres, a una similitud de rasgos... y al hecho de que aquella fotografía había desaparecido. Eso era todo.

Se detuvo frente a su propia casita blanca. La luz de afuera estaba apagada. Todo se encontraba oscuro, con excepción del rojo resplandor que se escapaba por la ventana de la sala de estar. Marie había dejado, sin duda, la chimenea encendida, cosa rara, ya que siempre le había tenido miedo al fuego. Sintió cierta inquietud.

Entró. Todo estaba oscuro y silencioso, fuera del crepitar del fuego. Tal vez, ella había empleado leña verde.

—¡Marie! —gritó.

Continuó el silencio. Con la misma sensación de desasosiego, entró en la sala de estar. Todo estaba desierto. La chimenea daba luz suficiente como para ver unos termos y un plato con bocadillos sobre una mesa.

—¡Marie!

Cuando salió de nuevo al vestíbulo, las pisadas parecían retumbar en el suelo. Era extraño, pensó, cómo aquellos pequeños resplandores deformaban la habitación familiar. Topó con la mesa del teléfono y puso automáticamente la mano sobre la cartera, que había quedado allí. Esta vez pudo advertir que estaba abierta y el manuscrito a medio guardar, como si se hubiera metido de prisa.

—¡Marie!

Hasta los peldaños de la escalera crujieron intensamente cuando subió a la parte alta. Una pequeña luz estaba encendida en el dormitorio, pero el cuarto se encontraba vacío y la cama sin deshacer. Sobre una repisa, el reloj indicaba que eran las tres y cinco de la madrugada. Entonces vio un sobre encima de la cómoda. La nota decía:

Querido Ted:

He tenido que salir esta noche. Nuestra tranquilidad depende de ello. Regresaré mañana. Por favor, no te preocupes... aunque lo que ocurre es muy difícil de explicar. Sea lo que pienses, *no se trata de lo que imaginas*. Te quiero.

Marie.

P. S. Tengo que llevarme el coche. Te dejé algo de comer y café en el termo. Ellen vendrá mañana temprano a prepararte el desayuno.

Dobló la nota y la guardó en la cómoda. Sintiéndose terriblemente cansado, se sentó en la cama y miró el cuarto, que le pareció envuelto en tinieblas. Luego se incorporó y bajó de nuevo, apagando las luces a su paso. Cuando examinó otra vez la cartera, pudo comprobar la realización de sus presentimientos. En el libro de Cross figuraban doce capítulos. Ahora quedaban once. Aquel que versaba sobre Marie D'Aubray, la mujer guillotizada por asesinato en 1861, había desaparecido.

TERCERA PARTE

Estando un día Lawrence en el dormitorio descubrió el antifaz forrado de terciopelo negro, se lo puso por broma y luego fue a mirarse en el espejo. No tuvo tiempo de hacerlo totalmente, porque el viejo Baxter le gritó desde la cama: «¡Déjalo, insensato! ¿Acaso quieres mirar a través de los ojos de un muerto?»

M. R. JAMES. *A View From a Hill*.

CUANDO bajaba del piso alto, a las siete y media de la mañana, refrescado por una ducha y el cambio de ropa, Stevens oyó que llamaban a la puerta.

Se detuvo, apoyándose en la baranda. Si se trataba de Marie, no sabría qué decirle, a pesar de haber pasado la noche ensayando todo un discurso. La sala de estar estaba llena de un humo rancio. Le dolía la cabeza y no se sentía muy en sus cabales. Todo le resultaba extraño. La alborada había levantado una densa niebla que obscurecía las ventanas. Sintió el aroma del café que había puesto a calentar un poco antes. Finalmente se decidió a ir a abrir la puerta.

—Perdone usted... —dijo una voz desconocida—. Deseaba saber...

Tenía delante a una mujer de aspecto robusto, que vestía un largo abrigo azul. Aunque sus ademanes eran vacilantes, se veía que hacía esfuerzos por contener una sorda ira. El rostro, bajo un sombrerito azul, mostraba rasgos de violencia. No era hermosa, pero sí atractiva y de expresión inteligente. Las pestañas claras apenas parpadeaban sobre unos vivos ojos oscuros. La mirada era directa y decidida, cuando continuó.

—No sé si usted me recuerda, señor Stevens. Pero yo le he encontrado en casa de los señores Despard varias veces. Vi luces y por eso... Me llamo Myra Corbett. Soy la enfermera que atendió al Señor Miles Despard.

—¡Sí, perdone, entre usted!

—Algo parece andar mal... —tartamudeó la mujer, arreglándose el sombrero—. Anoche recibí un mensaje indicándome que volviera a casa de los señores Despard inmediatamente.

Titubeó de nuevo y sacó otro de los ya conocidos telegramas.

—Pero estaba atendiendo a un enfermo y no llegué a mi casa hasta hace una hora. Entonces, por varias razones, comprendí que debía venir cuanto antes. Pero no conseguí que allá me oyera nadie. Golpeé y golpeé la puerta, sin obtener respuesta. No sé lo que pasará. Cuando vi luces en su casa pensé que usted me permitiría entrar a sentarme por unos momentos...

—Naturalmente, pase usted...

Stevens se quedó mirando el camino. Vio que, en medio de la niebla, un automóvil descendía por la colina con las luces encendidas. Sintió que le gritaban. Era Ogden Despard.

El automóvil se detuvo y la figura delgada y alta de Ogden avanzó en medio de la niebla. Vestía un abrigo de pelo de camello sobre el traje de etiqueta. Ogden constituía uno de esos fenómenos curiosos que suelen producirse en una familia: era diferente de todos los demás. Moreno, de mejillas hundidas y vello oscuro en la barba. Necesitaba afeitarse. El pelo negro estaba peinado hacia atrás y daba la impresión de un casco brillante en la cabeza. Todo el rostro mostraba un aire

macilento. Los ojos se trasladaban burlones de Stevens a la enfermera. Aunque sólo tenía veinticinco años, aparentaba más edad que Mark.

—¡Buenos días! —gritó—. El calavera retorna. ¿Qué pasa aquí? ¿Alguna conferencia?

Las observaciones de Ogden eran generalmente por el mismo estilo. Aunque no exactamente desagradable de maneras, rara vez era posible sentirse a gusto a su lado. Stevens no se sentía con ánimos para conversar. Hizo pasar a la señorita Corbett, sin poder evitar que Ogden les siguiera.

—Perdonen que la casa esté hecha un lío —se disculpó—. Estuve trabajando casi toda la noche. ¿Quieren una taza de café?

—¿Café? ¡Puf! —repuso Ogden con desagrado—. Esa no es manera de recibir a un joven que viene de una fiesta. Si tuviera algo de beber...

—Sí; ahí en el escritorio hay *whisky*. Sírvasse usted mismo...

Vio que Ogden y la enfermera se miraban con mutua curiosidad, sin proferir una palabra. Con gesto impasible, la señorita Corbett se instaló en la sala de estar. Stevens llevó la cafetera al comedor y luego fue a la cocina a buscar las tazas y el resto del servicio. De repente apareció el muchacho empujando la puerta, con una cantidad de *whisky* en un vaso. Mientras abría la nevera en busca de *ginger ale*, masculló:

—¿Conque nuestra Myra recibió también un telegrama del departamento de policía requiriendo su presencia aquí? Igual que yo. El mío llegó anoche, pero no podía interrumpir mis libaciones. Me alegro de que la policía siga el rastro. Se confirmará lo que ya todo el mundo sabe... Por lo demás, veo que usted se pasó la noche ayudando a Mark a abrir la cripta —añadió, sirviéndose hielo y dirigiéndose al dueño de la casa.

—¿Qué le hace pensar eso?

—No soy un estúpido.

—Bajo ningún aspecto.

—¿Qué quiere sugerir con eso? —dijo Ogden, dejando el vaso y con un gesto avieso en su rostro amarillento.

—Escuche —repuso Stevens, volviéndose bruscamente—. Estoy en un estado de ánimo tal, que de mil amores lo estrellaría contra el mueble de la loza, a usted o a quien me dé algún motivo para hacerlo... Pero para mantener el buen juicio de todos, trate de no comenzar a armar líos a las siete y media de la mañana... Alcánceme la leche de la nevera, ¿quiere?

—Excúseme —repuso Ogden riendo—. Pero no veo motivos para que esté sobre ascuas. Mi instinto detectivesco me señala algunas cosas, sin embargo... Cuando fui a buscar el *whisky* encontré unos cuantos cigarrillos hechos a mano, de los que fuma Mark. También el pavimento de la cripta se encuentra deteriorado, cosa que atribuyo igualmente a mi hermano. Me imaginé que Mark planeaba una cosa así desde el momento en que se empeñó que no estuviésemos ninguno en casa esta noche. ¿Qué dirá la policía cuando llegue y se dé cuenta de que ustedes, como unos niños, se

divirtieron rompiendo el cemento? —preguntó con marcada malicia.

—La policía no ha llegado. Aun más, me parece bastante evidente que esos telegramas no provienen de la policía...

Ogden se mordió el labio inferior, mirando fijamente a Stevens.

—Sí... yo también pensé en eso. Escuche, Ted; mejor es que me lo diga, porque yo de todos modos lo sabré cuando llegue a casa. Se reunieron tres personas en esa habitación. Vi tres vasos. ¿Quién era el tercero?

—Un tal doctor Partington.

—Ajá —dijo Ogden, con expresión de evidente placer—. Algo grande se avecina... Yo lo creía a salvo en Inglaterra. Ahora lo comprendo todo. Mark quería que hicieran cierto fisgoneo en el interior de un cadáver... Mejor es que me lo cuente todo; ¿qué encontraron?

—Nada.

—¿Qué?

—No encontramos literalmente nada. El cuerpo no estaba en la cripta.

El rostro de Ogden reveló un crudo escepticismo. Nunca le había parecido a Stevens más repulsivo el rostro del muchacho que en aquel instante.

—Lo que pretende usted decir es que sus amigos y aliados, husmeando en torno al cadáver, descubrieron que el pobre tío Miles estaba repleto de veneno, ¿no es cierto? Y escondieron el cuerpo para que nadie se enterara... ¿Quiere conocer *mi* opinión?

—Le he dicho lo que sabía, eso es todo... —repuso serenamente Stevens—. ¿Quiere sostener la puerta para llevar estas tazas?

Ogden se sorprendió, pero obedeció con aire ausente. Stevens adivinaba que aquel joven de cerebro nebuloso se empeñaba en hurgar por los rincones, en busca de algún fallo por donde atacar. Bruscamente, el muchacho preguntó:

—Y a propósito, ¿qué es de Marie?

—Está... todavía en la cama.

—¡Qué extraño!

Stevens se daba cuenta de que su excusa no tenía nada de insólito y la expresión de Ogden correspondía a su afán de molestar a todo el mundo. Sin embargo, extremó la tensión. Llevando las tazas, Stevens se dirigió a la sala de estar. El muchacho, que había tomado evidentemente una decisión, se le adelantó y saludó a la señorita Corbett con el vaso:

—Tenía la intención de hablar con usted antes, preciosa... —comenzó a decir—. Pero necesitaba primero algo líquido para sostenerme. *¡A votre santé!*...

«Si sigue así, le estrellaré la taza contra la cabeza», pensó Stevens. Pero la enfermera se limitó a mirar a Ogden con la misma impasibilidad.

—Respecto al asunto de los telegramas, ¿qué dicen ustedes? —insistió el joven Despard.

—¿Qué le hace suponer que recibí un telegrama? —le preguntó la señorita

Corbett.

—¿Tengo que explicárselo a todo el mundo? Perfectamente. Repito: porque yo también recibí uno anoche... Pero andaba yo de una casa a otra en una ronda de fiestas, y por eso...

—¿Cómo pudo entonces recibir el telegrama? —preguntó secamente la enfermera.

Ogden entrecerró los ojos. Pareció que iba a lanzar un sarcasmo, pero se reprimió, como si temiera desperdiciar su ironía:

—Le gusta pincharme, ¿eh? Sucedió que pasé por el Haverford Club y allí me esperaba. Pero, en serio, ¿por qué no son francos conmigo? Es mejor, ya que de todas maneras lo descubriré todo cuando llegue a casa. Además, puede hablar delante de Ted Stevens. Está enterado... Quizá sea conveniente que la hayan llamado de la policía. Su testimonio puede resultar importante.

—¿Mi testimonio respecto de qué? —preguntó la enfermera.

—Respecto del envenenamiento del tío Miles, desde luego...

—¡No tiene ninguna razón para hablar así! —gritó la señora Corbett, derramando el café sobre el platillo—. Si tiene algo que decir, hable con el doctor Baker. No existe motivo alguno... Confesaré que he estado muy preocupada, pero no porque albergara la menor sospecha, sino porque estuve afuera la noche que sucedió la muerte...

—¿Y dejó cuidadosamente cerrada la puerta con llave? —la interrumpió Ogden—. Y si el enfermo hubiera querido algo, nadie habría podido encontrar los remedios... Así es que, posiblemente, mató usted en cierta forma a su paciente. Si no se llama eso negligencia culpable, no sé por qué será. No resultará muy conveniente para su prestigio cuando la historia salga a la luz... —Ogden acentuaba precisamente el punto que tenía preocupada a la enfermera—. Confieso que tenía usted razón. Se suponía que el tío Miles se encontraba prácticamente bien. Y desde que alguien robó una droga mortalmente venenosa de su cuarto... quizá usted hizo bien al tratar de evitar que volviese a suceder. ¿Pero eso no le despertó ninguna sospecha? Sé que el doctor Baker es un viejo bonachón, ¿pero tampoco le sugirió nada el robo? Un veneno es sustraído el sábado por la noche. El miércoles siguiente, también por la noche, muere el tío Miles. Muy divertido; si quieren saber mi opinión...

Ogden se deleitaba torturando a los demás. Comprendiendo su propósito, el rostro de la enfermera volvió a mostrarse impasible.

—Usted parece estar muy enterado de todo —dijo la señorita Corbett con tono de fastidio—. Entonces, debe enterarse de algo más. Sepa que, *en el caso* de que alguien hubiese cogido aquello, no habría podido, en primer lugar, causar la muerte a nadie; y, en segundo lugar, tampoco podía producir ninguno de los síntomas que tuvo el señor Despard.

—¡Ah! ¿No se trataba entonces de arsénico? ¿Y qué era?

La enfermera no respondió.

—Además, debe usted tener cierta idea de quién lo cogió...

Con mucho cuidado, la señorita Corbett puso su taza vacía sobre la mesa. Stevens, que se sentía aquella mañana anormalmente sensible, comprendió que se iniciaba un nuevo camino en el interrogatorio. Tuvo la impresión de que la enfermera miraba en torno a la habitación, hacia la escalera, aguardando o escuchando, y que deseaba urgentemente hablar, pero que se lo impedía la presencia de Ogden.

—No tengo la menor idea —repuso serenamente.

—Vamos... Es mejor que me lo diga... —insistió el muchacho con tono persuasivo—. Eso le aliviará la conciencia, y, por otra parte, yo lo descubriría...

—¿No ha usado ya demasiado el mismo truco? —lo interrumpió bruscamente Stevens—. ¡Por el amor de Dios, trate de actuar como un ser humano! No es usted de la policía y no tiene por qué...

—Ahora pienso que *usted* tiene algo que esconder —saltó Ogden con tono suspicaz, aunque sonriente—. Estoy seguro de que hay algo... No se advierte su habitual optimismo esta mañana... Debe ser por la desaparición del cadáver del tío Miles. O bien es otra cosa. Me reservo el juicio...

Se detuvo al ver que la enfermera se ponía de pie.

—¿Se va ya, señorita Corbett? Permítame que la lleve hasta casa...

—No, gracias.

La tensión había aumentado. Ogden parecía el espectador de una partida de esgrima. Escondía la nuca bajo el cuello levantado del abrigo de pelo de camello, y su largo rostro sonreía escépticamente. Hizo notar que su presencia no había sido bien acogida. Agradeció a Stevens el *whisky*, observando juiciosamente que, consideradas todas las cosas, no era malo. Una vez que se cerró la puerta de la calle, la enfermera siguió a Stevens hasta el vestíbulo. Entonces habló rápidamente:

—La verdadera razón de que viniese aquí fue que necesitaba hablar con usted... Sé que la cosa no tiene importancia, pero, de todas maneras, pensé que era mejor advertirle que...

La puerta se abrió bruscamente y apareció nuevamente la cabeza de Ogden.

—Excúseme —dijo sonriendo como un lobo—, pero esto tiene el aspecto de una cita sentimental. Y me parece terrible, considerando que su mujer duerme arriba... Noté, sin embargo, que el automóvil no se encuentra en el garaje. Sólo para preservar la pureza de la moral pública, creo que es conveniente que siga con ustedes...

—Salga de aquí —dijo Stevens calmadamente.

—Malo... malo... —masculló Ogden—. También advertí que las luces de su dormitorio están encendidas. ¿Acaso a Marie le gusta dormir así?

—Váyase —insistió Stevens.

Aunque no cambió de actitud, Ogden pareció considerar que era mejor marcharse, pero se las arregló para seguirles con el coche, mientras se dirigían a Despard Park. Aunque la neblina se había aclarado algo, era imposible ver más allá de tres o cuatro metros de distancia. Los árboles, faroles, verjas, todo se confundía en la niebla, y la

casa misma yacía envuelta en la bruma. Reinaba un mortal silencio.

—¡Dios mío! —exclamó bruscamente Ogden—. ¿No creen que todos ellos están...?

Resultaba difícil para Stevens determinar qué extraño ímpetu acometió al muchacho en ese momento, pero el coche, aunque se arrastraba lentamente, casi se estrelló contra uno de los pilares de la puerta cochera. Frente a ella se encontraba un hombre grueso con una cartera en la mano. Les miró con aire dubitativo. Vestía abrigo azul y sombrero de paño gris. Bajo el ala del sombrero se veía unos ojos alegres, una tez clara y una ancha mandíbula. Su rostro era mucho más joven de lo que representaba su edad, ya que en las sienes el pelo aparecía gris.

—¿Vive alguno de ustedes aquí? —preguntó—. Es cierto que llegué muy temprano, pero parece que no hay nadie en la casa. Me llamo Brennan. Pertenezco a la policía...

—Bien, bien... —dijo Ogden, cambiando de tono y poniéndose a la defensiva—. Todos se acostaron tarde anoche e imagino que aún duermen. No se preocupe. Tengo llave. Me llamo Ogden Despard. ¿Y qué se le ofrece, inspector?

—Capitán —repuso Brennan—. Creo que es su hermano quien desea verme. Si...

La puerta se abrió bruscamente. El vestíbulo se veía también como envuelto en bruma, debido al humo de la chimenea. Partington, totalmente vestido y escrupulosamente afeitado, se encontraba en el umbral.

El capitán se presentó de nuevo.

En ese momento, Stevens llegó a la conclusión de que el mundo no andaba en sus cabales. El rostro de Partington tomó un color terroso. Pareció necesitar recostarse en la puerta, y daba la impresión de que si no hubiera encontrado ese apoyo, habría caído al suelo.

—¿LE ocurre algo? —preguntó Brennan con toda naturalidad.

Aquel tono sin reticencias ayudó a Partington a recuperarse en un segundo, como una marioneta a la cual se le hubiesen tirado los hilos.

—¿De la policía? —repitió tartamudeando—. Sí, por cierto. No..., no hay nada de particular. O si les digo, no me creerían...

—¿Por qué no? —preguntó el detective con aire práctico.

El médico pestañeó. Parecía tan desconcertado que, durante un momento, Stevens creyó que estaría ebrio. Pero el mismo Partington lo disuadió de esa idea al añadir:

—¡Brennan! Conozco ese nombre... ¿No es usted la persona que envió unos telegramas indicando a los Despard que regresaran a su casa?

—Parece que tenemos las líneas cruzadas —repuso el policía pacientemente—. ¿No sería mejor que me permitiera entrar y hablar del asunto antes de que nos confundamos más? Yo no he enviado ningún mensaje. Lo que quiero saber es quién me mandó *a mí* uno. Necesito ver al señor Mark Despard. El comisario me encargó que me entrevistase con él...

—No creo que el doctor esté muy en su sano juicio esta mañana, capitán Brennan —observó el joven Despard con unción—. Por si me ha olvidado, doctor Partington, soy Ogden. Yo estaba en el colegio cuando usted nos dejó. Y también, por si no lo recuerda, éste es Ted Stevens, a quien conoció anoche... Y le presento a la señorita Corbett, que cuidó al tío Miles.

En aquel momento apareció Mark. En sus movimientos parecía existir ahora un dominio premeditado, como si estuviera precaviéndose contra algún ataque. Se mantuvo en una actitud descuidada, aunque vigilante.

—Bien, bien, bien —saludó Ogden—. Parece que estamos mezclados en cierto lío, hermano. Este es el Capitán Brennan, de la brigada criminal.

—No pertenezco a ese grupo —corrigió el detective—. Estoy agregado al personal del comisario de policía. ¿Es usted el señor Mark Despard?

—Sí. Tenga la bondad de pasar.

La voz no parecía la de Mark, y eso era un mal signo.

—Estamos algo desorientados esta mañana —continuó—. Mi hermana pasó una mala noche. ¿Sería usted tan amable, señorita Corbett, de subir a verla? Además, tanto la cocinera como la camarera han salido y nos hemos preparado el desayuno de cualquier forma. Por aquí, Ted. Partington, ¿quieren acompañarnos, también? No, Ogden; tú no necesitas venir.

—¿Qué te pasa, Mark? —preguntó el muchacho, pareciendo no dar crédito a sus oídos—. Por cierto que también iré. No trates de hacerme una jugarreta. Después de todo...

—Hay veces que siento por ti un verdadero afecto fraternal. Sueles ser el alma de

cualquier fiesta. Pero también existen momentos en que tu presencia constituye un escollo. Y éste es uno de ellos. Ve a la cocina y busca algo que comer. Ya te previne...

Con estas palabras, Mark cerró la puerta, cuando los otros tres habían entrado en la habitación. Las persianas seguían cerradas como en la noche anterior y las lámparas siempre encendidas. Parecía que no hubiese corrido el tiempo. Ante un ademán del dueño de la casa, Brennan se instaló en un amplio sillón, dejando la cartera en el suelo, a su lado. Sin sombrero, parecía un hombre de mediana edad, de mirada penetrante. Parecía vacilar respecto a cómo entrar en materia. Luego respiró profundamente y abrió su cartera.

—Supongo que sabe usted por qué me encuentro aquí, señor Despard, como imagino también que podemos hablar en presencia de sus amigos. Aquí tengo una carta que quisiera que usted leyese...

Sacó un sobre y una hoja de papel correctamente escrita a máquina.

Recibí esta carta ayer, a esta misma hora... Como puede ver, está dirigida a mí, personalmente, y despachada desde Crispen el jueves por la noche.

Mark desdobló el papel sin prisa. Al principio pareció sólo examinar aquellas líneas, luego leyó en voz alta:

Miles Despard, que falleció en Despard Park, Crispen, el 12 de abril, no murió de muerte natural. Fue envenenado. Esta no es una carta sin fundamento. Si quiere usted pruebas vaya a la casa de "Joyce y Redfern", químicos, en Walnut Street, 18. El día después de la muerte, Mark Despard les llevó un vaso que contuvo leche y una taza de plata donde había una mezcla de vino y huevo. La taza tenía arsénico y se encuentra ahora guardada en el escritorio de Mark Despard. La encontró en el cuarto de Miles Despard, inmediatamente después de su muerte. El cadáver de un gato, que pertenecía también a la casa, fue enterrado en el jardín, al este del edificio. Mark Despard lo enterró allí. El gato había bebido probablemente algo de la mezcla con arsénico. Mark no cometió el asesinato, pero está tratando de encubrirlo.

El crimen fue cometido por una mujer. Si quiere usted convencerse de ello, vea a la señora Henderson, la cocinera. Ella vio a la mujer en el dormitorio de Miles Despard la noche de su muerte, sosteniendo la misma taza de plata. Puede cogerla fuera de la casa y ella le informará. Pero vaya con tiento, porque no sabe que se trata de un asesinato, y podrá así enterarse de muchos detalles. La encontrará alojada en casa de unos amigos, en Lees Street, 92, Frankford. Le conviene no desdeñar estas líneas.

Amor Justitiae.

—Me gusta el asunto —dijo Mark, poniendo la carta sobre la mesa—. No es un modelo de composición la carta, ¿verdad?

—Eso no lo sé, pero en cambio tengo la certeza de que dice la verdad —declaró Brennan en forma cortante—. Debo confesarle que fuimos a ver a la señora Henderson ayer. Y si he venido aquí es porque me mandó el comisario para que le ayudara a usted, puesto que es amigo suyo...

—¡Es usted un detective bastante especial! —repuso Mark Despard, comenzando a reír estrepitosamente.

El policía respondió con una ancha sonrisa. Stevens pensó, en tanto, que nunca había visto un tan brusco debilitamiento de tensión, una súbita cesación de hostilidades. El verdadero motivo se le ocurrió finalmente, como también lo

descubrió Brennan:

—Me di cuenta de lo que pensaba desde que entré aquí... Pero déjeme hacerle una pregunta. ¿Acaso creía que llegaría abrumándoles de cargos, señalando cada rostro con el dedo, rugiendo por encontrar sangre? Puedo decirle, señor Despard, que al policía que actúe así debe arrojársele todo lo más rápidamente posible de su cargo. Especialmente si el asunto concierne a quien tenga una pizca de influencia o sea amigo personal del comisario, como usted. Cuando se escriben novelas policíacas, parece olvidarse un factor importante: el tacto. Pero nosotros no podemos dejar esa condición a un lado. Más aún, tenemos que ejecutar una tarea, y debemos realizarla en la mejor forma posible. No se trata de armar un lío o hacer un espectáculo. Eso es sencillamente de sentido común. Y yo, por lo demás, vengo en representación del señor Cartell, el comisario... ¿No cree mejor, por tanto, decirme toda la verdad? Lo que le he dicho es para que usted se oriente respecto a mi posición. Se me ha encargado que le ayude hasta donde sea permitido dentro de la ley.

Stevens pensó que, con estas palabras, el detective se había conquistado a Mark Despard. El capitán Brennan no sólo era jefe del departamento de policía, sino un hombre hábil.

—Ante todo, le mostraré mi documentación, para que no crea que soy un impostor —añadió Brennan, abriendo su cartera—. Recibí, como dije, esa carta ayer. Tengo algunos conocimientos de todos ustedes, porque un primo mío vive en Merion. Por eso llevé el mensaje al comisario. Ninguno de los dos encontramos que contuviera nada de particular. Pero, de todos modos, consideré conveniente visitar a Joyce y Redfern, los químicos. Resultó que esa parte de la información era verdadera. Fue usted a verlos el jueves 13 de abril. Llevó un vaso y una taza para que los analizaran. Pretextó que un gato se había envenenado y suponía usted que había sido con el contenido de alguno de los objetos. Pidió que le guardaran reserva. Volvió al día siguiente y obtuvo el informe. El contenido del vaso era perfectamente normal; la taza, en cambio, contenía dos granos de arsénico. Descripción de la taza: diez centímetros de diámetro, aproximadamente; siete de alto; plata maciza. Un dibujo de flores casi al borde, muy antigua. ¿Exacto?

Durante los minutos siguientes, Brennan demostró que estaba perfectamente enterado de todo. Con su amabilidad casi felina, hubiera despertado la confianza de un diplomático balcánico. Hasta para hablar del tiempo usaba tal entonación que parecía confiar un grave secreto. Pero recibió tanta información como la que proporcionó. En forma imperceptible, empujó a Mark para que le contase la historia de la enfermedad de Miles, y hablara luego de la muerte y de los acontecimientos de aquella noche, incluso del hallazgo de la taza en el armario. Y dejó confirmado que, de haber ingerido veneno, el enfermo tuvo que haberlo tomado de aquella taza de plata.

Brennan relató entonces el testimonio proporcionado por la señora Henderson. Esta parte no estaba clara. Pero Stevens dedujo que el detective se había trasladado

probablemente a Frankford, presentándose como amigo de Mark, y estimulado la tendencia natural a la murmuración que animaba a la señora Henderson. Porque —según Brennan declaró— la dama no había albergado la menor sospecha hasta que no fue citada al City Hall para repetir su relato ante el comisario. También añadió el detective que, después de la declaración, la señora Henderson se había deshecho en lágrimas e histerismos, jurando que había traicionado a la familia y que jamás se atrevería a mirar a nadie de nuevo a la cara.

De unas hojas escritas a máquina, el policía leyó las declaraciones de la señora Henderson respecto a la noche del 12 de abril. En sus partes esenciales coincidía exactamente con el relato de Mark. Sólo faltaba algo en el informe policial: la calidad insólita del ambiente. Tampoco el informe contenía sugestión alguna respecto a lo sobrenatural o aun sobrenormal. Afirmaba tan sólo que la señora Henderson husmeó por la rendija de la cortina y vio una mujer en la habitación de Miles. En ese momento, el hombre parecía gozar de perfecta salud. La visitante era de poca estatura y llevaba unas «extrañas ropas antiguas» o un traje de fantasía. La señora Henderson supuso que se trataba de la señora Lucy o de la señorita Edith. Estaba enterada de que ambas habían ido aquella noche a un baile de máscaras. La visitante de las «extrañas ropas antiguas» sostenía una taza de plata, cuya descripción coincidía con la que más tarde resultó contener arsénico. Se la dio al enfermo. Comprobó que Miles tenía luego la taza en la mano, aunque no vio que la bebiera.

Stevens cavilaba respecto a qué explicación daría Brennan al final de la historia, o sea a la salida de la visitante por una puerta que no existía.

El detective llegó a ese punto.

—Ahora, señor Despard, llegamos a una parte en que el relato parece carecer de sentido. La señora Henderson dice que la visitante «caminó a través de la pared». No pudo o no quiso aclarar más ese aspecto. El comisario le dijo: «Creo saber lo que usted quiere decir. Se refiere a la puerta hacia un pasillo secreto, ¿verdad? Eso sería perfectamente posible, ya que sabemos que se trata de una casa antigua...»

—¿Y cuál fue la respuesta de la señora Henderson?

—Aceptó la posibilidad. Y respecto a eso quiero precisamente hacerle algunas preguntas... He oído hablar mucho de pasajes secretos, pero, para decirle la verdad, nunca he visto ninguno. Un amigo mío contaba que había un pasaje en su buhardilla. Pero resultó un fiasco. No era sino el lugar donde había estado el contador de electricidad y hasta podía distinguirse la puerta si se miraba con atención. Por eso estoy especialmente interesado. Hay uno en ese cuarto, ¿verdad?

—Así me dicen...

—Pero aún existe, ¿verdad? ¿No podría mostrármelo?

—Lo siento, capitán, pero no existían contadores eléctricos en el siglo XVII —repuso Mark, mostrándose molesto—. Hubo, es cierto, una puerta allí. Conducía a otra parte de la casa, que se destruyó. La dificultad está en que nunca he podido descubrir ni la puerta ni el resorte que la abriría.

—Está bien —repuso con calma Brennan—. Sólo le pregunto porque, si pudiéramos demostrar que la señora Henderson miente, no necesitaríamos sospechar de nadie más fuera *de ella*...

Después de una pausa, durante la cual pareció que Mark maldecía para sus adentros, el capitán continuó:

—Esa era la situación que teníamos entre manos. Si le creíamos a ella, se trataba de un caso difícil, pero no puedo decir que no creyéramos en las palabras de la señora Henderson. Huelo a los mentirosos en cuanto los veo... Y bien, la hora del crimen fue alrededor de las 11,15. La copa de arsénico estaba en manos de su tío. Teníamos la descripción del vestido que llevaba la mujer...

—¡Lo tenían todo, menos la constancia de que se haya cometido un crimen! —exclamó Mark.

—¡Es verdad! —confirmó Brennan, cerrando su cartera—... Veamos todos los detalles. Primero llamamos al doctor Baker y le preguntamos privadamente su opinión sobre la posibilidad de que el señor Miles Despard muriera asesinado. Nos repuso que estábamos locos. Añadió que era imposible, aunque aceptó que los síntomas que presentó podían ser los de un envenenamiento por arsénico. Su actitud era clara, por cierto. Ningún médico de cabecera quiere iniciar semejantes complicaciones mientras pueda evitarlas. Sin embargo, si hay orden de exhumación, se hace una autopsia, y se descubre que estaba equivocado... la cosa se presenta mal para él... En seguida el comisario trató de ponerse en contacto con usted para ver qué podía hacerse, pero no pudo encontrarlo en su casa ni en la oficina...

—No —confirmó Despard, que miraba con dura fijeza al policía—. Fui a Nueva York a recibir a un amigo que venía de Inglaterra. Se trataba del señor Partington, aquí presente.

El médico, que había estado sentado junto al fuego, con las manos cruzadas sobre las rodillas, levantó la cabeza. No hizo ningún comentario, aunque se le veían profundos pliegues en la frente.

—Sí, también descubrimos eso —añadió Brennan brevemente—. Enfrentémonos ahora con los hechos. Una mujer con traje de fantasía estaba en la habitación. Supimos por la señora Henderson que su esposa, su hermana y usted habían ido a un baile de máscaras esa noche. Parecería que fuese una de las dos, con mayor seguridad la señora Despard, ya que la señora Henderson vio al día siguiente el traje que había llevado, y aseguró que era idéntico al que vestía la mujer que estaba en el cuarto... No se moleste. Sólo explico las circunstancias que conozco.

Mark prefirió no decir nada y el detective continuó:

—Pero ayer no pudimos dar ni con su esposa ni con su hermana, porque también ambas estaban en Nueva York. Por eso el comisario decidió investigar todos los movimientos de los sospechosos durante la noche del 12. Pudo hacerlo sin mayores complicaciones, porque conocía al que ofreció la fiesta y a una cantidad de gente que asistió a ella. Tengo, pues, señor Despard, un completo informe de todos ustedes,

especialmente en torno a la hora crítica de las 11,15. Si le parece, se lo doy a conocer.

Se produjo una pausa engorrosa. Hacía mucho calor en el cuarto y daba la impresión de que el tiempo se había detenido. Por el rabillo del ojo, Stevens se percató de que la puerta se movía. Alguien debía haber estado escuchando por la cerradura. Pensó en Ogden, pero como la puerta se abrió completamente, pudo ver que se trataba de Lucy. La joven entró muy despacio y se instaló en el rincón que dejaba la puerta, con los brazos colgando a ambos lados. Estaba tan pálida que de nuevo se le destacaban claramente las pecas del rostro. Tenía un aire desolado.

—Ante todo, consideraremos su posible intervención, señor Despard —continuó el detective, sin darse por aludido de la presencia femenina—. No creo que nadie vaya a confundirlo con una mujer pequeña y con un vestido escotado. Pero para descartar cualquier mala interpretación, iremos examinando a todos por orden. Tiene usted una coartada férrea para toda la noche, especialmente debido a que estaba sin careta. Dos docenas de personas están dispuestas a jurar que le vieron en un momento determinado. No necesito darle todos los detalles, porque no es necesario, pero está comprobado que no pudo ausentarse del baile y venir a su casa.

—Continúe —dijo Mark.

—A continuación fijémonos en la señorita Edith Despard —añadió Brennan, consultando sus notas—. Llegó con ustedes a la fiesta alrededor de las 9,50. Llevaba una falda blanca con volantes negros, una toca blanca también y un antifaz. Bailó de 10 a 10,30. A esa hora se encontró con la dueña de la casa. Su hermana se había roto unos calzones de encaje o algo por el estilo que asomaba bajo la falda...

—Exactamente —asintió Despard—. Todavía rezongaba por el accidente cuando regresábamos a casa.

—Por eso la anfitriona la invitó a jugar al *bridge* en el salón vecino. Naturalmente, se quitó el antifaz. Jugó desde las 10,30, aproximadamente, hasta cerca de las 2 de la mañana, hora en que ustedes regresaron a casa. Hay un buen número de testigos para confirmarlo. Resultado: una coartada completa.

Brennan carraspeó antes de continuar:

—Ahora tenemos a su esposa, señor Despard. Llevaba un traje de seda azul y rojo, con amplia falda y unos adornos como brillantes. No usaba sombrero, pero llevaba un velo de gasa prendido en la parte de atrás de la cabeza. También usaba un antifaz que terminaba en una orilla de encaje. Comenzó a bailar inmediatamente. Alrededor de las 10,40 recibió una llamada telefónica...

—¡Una llamada telefónica! —exclamó bruscamente Mark, incorporándose—. ¿Una llamada a casa de otra persona? ¿De quién era?

—Eso es lo que no hemos podido averiguar... Tampoco sabemos quién respondió al teléfono. Parece que un individuo vestido de mensajero, a quien nadie parecía conocer, ni siquiera los dueños de la casa, comenzó a gritar, como lo hacen estos empleados, diciendo que a la señora Despard la solicitaban por teléfono. Ella salió. Luego, un criado la vio aparecer en el vestíbulo alrededor de las 10,45. El hombre

está seguro de eso, pues ella iba sin antifaz. No había nadie más en aquel lugar. Se dirigía a la puerta, cosa que, naturalmente, llamó la atención al sirviente, que fue a abrirle. Pero ella se le adelantó y salió. Siguiendo sus instrucciones, el criado se quedó en el vestíbulo. Unos cinco minutos más tarde, la señora Despard regresó de nuevo y siempre con la cara descubierta. Se dirigió hacia la sala donde se bailaba y comenzó a danzar con un individuo vestido como Tarzán. Luego lo hizo con otros dos, cuyos nombres tengo anotados. A las 11,15 se encontraba bailando con un hombre que no podía pasar inadvertido. Tenía dos metros de alto y llevaba una calavera como cabeza.

—¡Caray, la recuerdo! —le interrumpió Mark—. Era el juez Kenyon, de la Corte Suprema. Después estuvimos bebiendo juntos.

—También estamos enterados de eso. Además, todo el mundo lo recuerda, porque alguien observó: «Miren a la señora Despard bailando con la muerte». Y lo supieron con mayor seguridad, porque la señora Despard se había levantado el antifaz para mirar a su fúnebre compañero... Eran, como dije, las 11,15. En resumen: se trata de una coartada completa.

MARK DESPARD se sintió descargado de un enorme peso. Se enderezó en la silla y pareció que comenzaba a ver gradualmente las cosas. Levantándose de un salto se dirigió a Lucy:

—Permítame usted que le presente a la dama que bailaba con la muerte —dijo al detective con voz engolada, como un actor—. Capitán Brennan, ésta es mi mujer.

Lucy se adelantó con su paso armonioso y su aire sencillo, que infundía confianza a todo el mundo. Aunque sus ojos castaños se alumbraban con una chispa de malicia, seguía pálida y no parecía en absoluto aliviada de sus preocupaciones. Stevens observó que miraba continuamente a su marido.

—Creo que advirtió usted, capitán, que yo escuché todo lo que se dijo. Hay una serie de circunstancias que... que debieron discutirse antes y que sólo ahora salen a la luz. Yo... yo...

Estaba ruborizada y a punto de desatarse en lágrimas. Continuó:

—Nunca me imaginé todo lo que había en el fondo del asunto. Mejor hubiera sido que lo supiera. En todo caso, le estoy sumamente agradecida...

—A propósito, Lucy, ¿quién te llamó por teléfono? —le preguntó descuidadamente Mark—. ¿Adónde ibas?

—Eso no importa —repuso la joven, haciendo un ademán y sin mirar a su marido—. Te lo explicaré más tarde. Dígame, señor Brennan, y no se ofenda, ¿es cierto que en el City Hall lo conocen por el Zorro Frank?

—Yo no creería todo lo que se oye, señora Despard... Los muchachos...

—Aseguran que es usted capaz de descubrir a un pillo por un botón de su camisa —añadió Lucy, interrumpiéndole—. ¿Es cierto? Y ahora, ¿de veras que no tiene nada escondido en la manga?

—Si lo tengo, le diré luego de qué se trata... ¿Dónde oyó usted hablar de mí?

—No sé dónde, pero se me quedó en la mente. Cuando llegaron todos aquellos telegramas en que usted nos ordenaba que regresáramos a casa...

—Sí, por eso le preguntaba. Yo no mandé esos mensajes, pero alguien me envió uno a mí también. Y fue una persona que no se equivocó en lo que me decía. ¿Quién escribió esa carta?

—Creo que puedo decírselo —anunció Mark.

Atravesó la habitación, dirigiéndose hacia un escritorio cuadrado de encina, cubierto por un paño. Levantando la tapa, dejó al descubierto una polvorienta máquina Smith Premier. Luego de buscar en vano un trozo de papel, Mark sacó del bolsillo una carta vieja y la puso en el carrete. Luego propuso:

—Escriba aquí cualquier cosa y compare el tipo de letra con el de la carta que usted recibió.

Brennan se colocó un par de gafas que le daban cierto aspecto de búho. Después

de escribir unas líneas, declaró:

—No soy un experto en la materia, pero me parece que tampoco se necesita serlo para dictaminar. La letra es la misma. Esto prueba que la carta fue escrita por alguien de la casa. ¿Tiene usted idea de quién fue?

—Ogden la escribió —anunció Mark—. Estoy seguro. Lo comprendí apenas vi la carta. Es la única persona de la casa capaz de una cosa así... Miren... —Se volvió hacia Stevens y Partington, como orgulloso de haber concebido una nueva idea—: La inspiración de haber enterrado al gato me sirvió de pista. ¿Recuerdan que anoche les conté que, cuando terminaba la operación, las luces del coche de Ogden aparecieron en la parte baja del cerro y temí que me hubiese sorprendido? Bueno, sin duda me vio. Sólo que no dijo nada. Observó, únicamente.

Los ojos de Lucy se movían de un extremo a otro de la habitación.

—¿Entonces crees que él nos envió un telegrama a cada uno de nosotros? —preguntó a su marido—. Pero... ¡esto es horrible, Mark! ¿Por qué había de hacer una cosa así?

—No sé... Ogden no es verdaderamente malo. Quiero decir que no haría algo así... *intencionadamente*... Temo no explicarme bien. Pero me parece que no creyó hacer una ruindad. Sólo deseaba provocar algunas molestias y luego ver saltar a la gente. Mi hermano es de aquellos que gozarían dando una pequeña reunión e invitando a dos mortales enemigos. Los sentaría juntos a la mesa y observaría... Posee esa manera de ser que a veces produce grandes sabios, grandes canallas o a menudo, ambas cosas...

—¿Qué te pasa, Mark? —le preguntó Lucy—. Nunca has hablado mal de nadie. En Ogden existe alguna perturbación... Ha cambiado, en cierta forma... Nunca había sido tan malvado. Y parece odiar profundamente a Marie Stevens. Perdón, Ted... ¿Me vas a decir que escribió una carta así, acusando prácticamente a cada uno de los miembros de su familia sin creer que hubiese nada de malo en ello?

—¿Cómo podría saberlo yo? ¡Sin duda se ha mostrado como un consumado espía el joven villano! Supongo que no adivinó que abríamos la cripta...

Mark se interrumpió bruscamente. Se produjo un mortal silencio, que interrumpió Brennan sacándose los lentes y golpeando con ellos la cubierta del escritorio. Miraba a todos con una afable sonrisa.

—Continúe... continúe. No se detenga, señor Despard. Iba usted a hablar de la cripta. He jugado limpio con usted y esperaba que hiciera usted lo mismo conmigo.

—El Zorro Frank... —murmuró Mark—. ¿Va a decirme que también estaba enterado de eso?

—Sí, y el asunto me preocupaba. Lo he tenido todo el tiempo en la mente. No sabía que... —La expresiva delicadeza de Brennan le hizo callar, para no decir algo desusado ante una mujer. Añadió—: Ignoro qué pretendían obtener de esta pesadilla, de esta maraña de horrores... Y he aguardado que me digan lo que encontraron en la cripta...

—Si se lo digo, no me creerá...

—Sí le creeré, no lo dude, señor Despard. Conozco cada uno de los movimientos suyos y de sus amigos hechos ayer, desde el momento en que usted se encontró con el doctor Partington, en el Muelle 53, en Nueva York. Usted llevaba un seguidor, una *cola*.

—¿Y sabe lo de anoche?

—¡Escuche! —aconsejó Brennan, levantando el índice y recurriendo de nuevo a su cartera—. Regresó usted de Nueva York, con el doctor Partington, a las 6,25 de la tarde. Se dirigieron a esta casa. A las 8,50 dejaron de nuevo la casa y ambos se dirigieron hacia la casita blanca que pertenece al señor Stevens... Supongo que es usted... —añadió, volviéndose a Ted con amable sonrisa—. Se quedaron allí hasta las 8,45. Luego usted y Partington regresaron a casa. Los dos, con un sirviente llamado Henderson, fueron a recoger unas herramientas a casa de este último. A las 9,30 se les reunió el señor Stevens. A las 9,40, los cuatro procedieron a abrir la cripta y terminaron la labor cuando faltaba precisamente un cuarto para las doce.

—Henderson dijo que alguien nos observaba —murmuró molesto Mark, mirando al policía—. Pero...

—Tres de ustedes bajaron. El doctor Partington fue a la casa, pero se les reunió a los dos minutos. A las 12,28, el doctor Partington, el señor Stevens y Henderson salieron tambaleándose en tal forma, que la *cola* creyó que pasaba algo inesperado y les siguió. Pero todo se debía evidentemente al ambiente nauseabundo: los dos primeros llegaron hasta esta casa, sacaron dos escaleras de mano y volvieron a las 12,32. En tanto, el doctor Partington se quedó allí, para reunirse con los demás a las 12,35. A las 12,40 se sintió un ruido endemoniado, porque trajinaban con las urnas de mármol. A las 12,55 se dieron por vencidos y se dirigieron a la casa de Henderson...

—Puede ahorrarse más detalles —rogó Mark precipitadamente—. Hay algo más, sin embargo. Lo que hicimos no tiene importancia. Pero ¿acaso pudo oírnos la *cola*? ¿Supo de qué hablábamos?

—Pudo hacerlo mientras estaban en la cripta o en la casa de Henderson. Tal vez no lo recuerden, pero en este último sitio se encontraba abierta la ventana de la sala de estar. De ahí que oyera casi todo lo que hablaron.

—¡Es una situación difícil! —comentó Mark.

—¡No, no se deje abatir! —le aconsejó Brennan, cogiendo de nuevo sus gafas—. Le cuento todos estos detalles, para explicarle por qué aparecí en su puerta tan de madrugada esta mañana. La *cola* estuvo en la reunión de ustedes hasta las tres de esta mañana. Tenía órdenes de no hacerse presente. Tan pronto como terminó, se fue a mi casa y me despertó. Dijo que no habría podido dormir un instante, aunque su vida dependiera de esto. Es la primera vez que veo a Burke afligido. «Son un grupo de chiflados», se lamentó. «Hablan de gente muerta que resucita. Aseguran que el viejo salió de su encierro y se fue de la cripta, dejando el féretro vacío.» Por eso pensé que era mejor trasladarme aquí lo antes posible.

—Ah, ya llegamos al punto crucial —observó Mark en tono glacial—. Esa era la madre del cordero. ¿Conque nos cree un grupo de chiflados, capitán?

—No necesariamente —repuso impasible Brennan.

—¿Pero usted está de acuerdo en que el cadáver desapareció de la cripta?

—Tengo que aceptarlo. Burke fue categórico acerca de eso. Aseguró que ustedes plantearon todas las posibilidades en que había podido pensar la policía. Mi idea personal es que se encontraba demasiado asustado para bajar solo a la cripta después que ustedes se fueron. Especialmente por... —Abrió la cartera, buscando la confirmación de sus papeles.

—¡Un momento! —interrumpió Mark—. ¿Qué es eso de «especialmente por»? Toda esta entrevista ha consistido en sacar inesperadamente conejos del sombrero. Repetiré la pregunta que le hizo Lucy hace un momento: ¿Le quedan aún conejos en su sombrero?

—Sí —repuso Brennan con calma—. Por ejemplo, tengo la comprobación completa de todos los movimientos de los otros miembros de la casa durante la noche del 12 de abril. —Después de un momento siguió diciendo—: La dificultad que afronta usted, señor Despard, es que se encuentra sugestionado por su esposa. Quiero decir por la posibilidad de que ella sea considerada culpable. Y lo mismo sucede respecto a su hermana. Pero había otras personas en la casa. Los estudiaré por turno, comenzando por el señor Ogden Despard, como hice antes con su grupo. Por lo que comprendí a través de lo dicho por la señora Henderson, el joven estaba fuera de la ciudad ayer, así es que no pude interrogarle, o pensé que no podía hacerlo. Pero destiné un hombre para que lo vigilara y, por suerte, descubrimos lo que hacía la noche del crimen.

—Por lo que recuerdo —reflexionó Mark— mi hermano proyectaba ir a una comida con los compañeros de su curso, en Bellevue-Stratford. Pero como lo retuvimos tanto tiempo, esperando a que la señora Henderson regresara de Cleveland, seguramente la perdió. Recuerdo que aún se encontraba en casa cuando partimos hacia el baile de máscaras.

—Me pregunto... —dijo Lucy, bruscamente, deteniéndose...

—¿Se pregunta qué, señora Despard?

—Nada. Siga.

—Está bien hasta aquí. La señora Henderson también recordaba dónde pensaba ir el joven. Se fue de la casa a las 9,40, manejando un Buick azul. Llegó a la ciudad y de ahí al Hotel Bellevue-Stratford, donde entró a las 10,35, cuando la cena había terminado, pero aún seguían los discursos. Se le vio entrar. Parece que después, algunos alumnos que estaban hospedados en el hotel continuaron la fiesta en los dormitorios. Él se unió al grupo y se pueden probar todos sus movimientos desde las 10,35 hasta las 2 de la mañana. Resultado: otra coartada completa. De nuevo acepto que nadie podría confundirlo con el visitante, como en el caso suyo. Sigue en nuestra lista la señora Myra Corbett, la enfermera.

Brennan miró sus apuntes, sonrió e hizo un gesto.

—No me parecía probable que las enfermeras se dedicasen a asesinar a sus pacientes; pero tenían que comprobarse sus movimientos. Un buen policía se ocupó del asunto y obtuvimos una entrevista con ella, además de las pruebas suficientes.

—¿Quiere decir que consiguió que ella hablara de lo que sucedió aquí mientras estuvo con nosotros? —preguntó Lucy, como precaviéndose de una trampa—. Sigue guardando usted algo en la manga. ¿Acaso habló de un frasquito o de algo que le sustrajeron de la habitación?

—Sí.

—¿Y sabía quién lo hizo? —preguntó Mark exasperado.

—Cree que tuvo que ser una de dos personas —replicó el detective, mirándolos con gran cuidado—. Pero ya llegaremos a eso. La seguimos hasta su..., un siniestro alojamiento en la Spring Garden Street de la Y. W. C. A. Entró allí alrededor de las siete y media más o menos. Regresó aproximadamente a las diez y se acostó. Esto fue confirmado por otra enfermera que comparte la habitación con ella. Otra coartada completa.

—¿Quién queda?

—La última es Margaret Lightner, su camarera, que se encuentra ahora con sus padres en West Philadelphia.

—¿Margaret? —gritó Lucy—. ¿También la siguieron? Recuerdo que le di permiso para salir con un pretendiente esa noche.

—Sí, descubrimos eso. Nos pusimos también en contacto con su enamorado y con otra pareja que los acompañaba. Pasaron la velada los cuatro dando vueltas en automóvil. En todo caso, entre las diez y media y la medianoche se estacionaron en un lugar alejado del Fairmount Park. Eso descarta la idea de que la sirvienta, que es de Pennsylvania Dutch, ¿lo sabían ustedes?, pudiese ser la mujer que se encontraba en el cuarto de su tío a las once y quince.

—No veo qué tiene que ver el hecho de que Margaret sea de Pennsylvania Dutch —observó Mark—. Pero las complicaciones de este asunto están más allá de mi alcance. Dígame, ¿cree usted en la historia de la señora Henderson, verdad?

—Sí, sí creo —repuso Brennan pensativo.

—¿Y no tiene la más ligera idea de que el viejo Joe Henderson, su marido, pueda estar complicado, no es cierto?

—No.

—En este caso, amigo mío, usted ha eliminado a todo el grupo. Encontró una coartada para cada uno, fuese de la casa o ligado a ella. Nadie podría haberlo hecho. Si la policía va a creer que el asunto fue sobrenatural, después de todo...

—Quisiera que dejara ese tema y tratara de explicar lo que sucedió aquí esa noche —contestó el policía con una especie de extraña petulancia—. Les he hablado igual que un maestro de párvulos, porque todos están nerviosos como conejos y no habrían respondido a mis preguntas, a menos de que abandonaran la idea de que *uno de*

ustedes fue el culpable, o que se trata de un truco de fantasmas. Quiero exponerles el asunto en la forma más sencilla posible. Lo supe desde el momento en que oí los primeros rumores. Esta jugada fue realizada por uno de fuera.

Después de una pausa, continuó con llaneza:

—No me miren tan asombrados; las noticias son buenas, ¿no es cierto? Hagan ahora las deducciones ustedes mismos. La persona que usó el veneno era una mujer. Sabía que en la noche del 12 todos saldrían, que la señora Despard iba a un baile de máscaras y conocía qué traje llevaba. Esa era una magnífica oportunidad: lo imitó hasta el extremo de ponerse un velo de gasa sobre la cabeza y los hombros. Entonces vino hasta aquí, usando posiblemente un antifaz, para que cualquiera que la viese la tomase por la señora Despard. Y eso fue exactamente lo que sucedió. Pero no se limitó a disfrazarse. La señora Despard iba a la fiesta y llevaba antifaz. Quedaba la posibilidad de que todo el mundo en la fiesta la reconociese y pudiese proporcionar una coartada en seguida. Por eso la envenenadora preparó una falsa llamada telefónica para la señora Despard.

Mirando a Lucy con insólita profundidad, continuó:

—No sabemos quién llamó ni de qué se habló. Parece que a la señora Despard no le gustaba hablar del asunto. Pero no importa: apostarí cualquier cosa a que la llamada fue una treta. Estaba destinada a hacer salir del baile a la señora Despard, de manera que no pudiese probar adónde había ido... ¿Recuerdan a qué hora se hizo la llamada? Alrededor de las once menos veinte. Si acaso salía y se quedaba fuera durante tres cuartos de hora o una hora... ¿Ven lo que quiero decir? Pero la señora Despard cambió de idea y no se marchó. El verdadero asesino, o quizá debía decir asesina, no tenía mayor temor de ser visto, y la razón era que llegaba por un pasillo secreto. Pero entonces apareció la señora Henderson para escuchar la radio, y había una rendija en la cortina de la ventana que da a la galería. Tampoco esto preocupaba a la mujer, porque aún era confundida con la señora Despard, a menos que alguien le viera el rostro. La señora Henderson habló mucho de cuán inmóvil estaba la visitante. No se movía porque al volverse podía ser reconocida. Son ustedes, ahora, quienes deben deducir lo demás. Es preciso que descubran a la persona que conoce esta casa del derecho al revés, que es íntima amiga de ustedes y que sabe lo que iba a pasar esa noche. ¿Tienen alguna idea?

Lucy y Mark se miraron estupefactos.

—¡Eso es imposible! —protestó ella—. Nos mantenemos bastante aislados, casi no salimos. A mí me gusta pasear, pero a mi marido no. Fuimos a aquel baile de máscaras por casualidad, pues carecemos de amigos íntimos, excepto...

—¿Excepto? —la urgió Brennan.

Lucy se volvió lentamente y miró a Stevens cara a cara.

ÉL había presentido lo que se acercaba. Débilmente primero, una palabra aquí, una frase allá, lo había visto irse aproximando con insistencia y creciendo más y más en importancia. A Stevens le parecía más terrible, porque sus movimientos eran inciertos. Era algo ciego que se abría camino, pero que había penetrado en el cuarto y ya no era posible expulsarlo.

—Excepto Ted y Marie, naturalmente —dijo Lucy, sonriendo forzosamente.

Stevens vio cómo saltaba la idea a las tres mentes. Todos le miraron. Hasta Partington, que se había mantenido ensimismado durante toda la entrevista, levantó la cabeza. Le parecía adivinar cómo la sospecha se propagaba en el cerebro de Mark. Este imaginaba a Marie y sentía que la incredulidad le hacía brotar una ancha sonrisa. Y como para probarlo, Mark habló.

—No pensé jamás en eso —dijo por fin Despard—. ¿Recuerda, Ted, que me preguntó usted anoche si podía soportar una acusación contra mi propia mujer? Parece que el índice se vuelve a otra parte. Creo que soy yo quien debe hacerle la misma pregunta.

—Me parece bastante justo —repuso Stevens, exagerando la naturalidad—. En realidad, yo no había considerado tal eventualidad, pero me hago cargo de su punto de vista...

No se preocupaba realmente de Mark. De soslayo observaba a Brennan, que había adoptado una máscara de cortesía. Se preguntaba hasta dónde llegaban las sospechas del detective. Tenía además la sensación de que toda la escena se había representado antes en algún sitio, pero comprendía que los próximos minutos eran los más críticos de su existencia, porque debía emprender una lucha con el Zorro Frank.

—¿Ted y Marie? —repitió Brennan—. Supongo que se refieren a usted y a su esposa, ¿no es así, señor Stevens?

—Exactamente.

—Y bien, hablando de hombre a hombre, ¿se conoce algún motivo para que uno de ustedes dos asesinase a Miles Despard?

—No; así es, exactamente. Apenas le conocíamos. No creo haber hablado con él más allá de una docena de veces, y Marie aun menos. Cualquiera de la familia puede confirmárselo.

—No parece usted muy sorprendido.

—¿De qué?

—De ser acusado —expuso en tono cortante el policía.

—Eso depende de lo que usted entienda por sorprendido. No voy a saltar y gritar: «¡Maldición!» «¿Qué se atreve a insinuar usted?» Sé que trata de desenredar las cosas por cualquier medio, capitán, y no lo censuro. El problema es, en este caso, que no existe tal posibilidad.

—Sólo por seguir los trámites acostumbrados... No creo haber tenido el gusto de conocer a su esposa, señor Stevens —continuó el policía—. Me interesaría saber qué aspecto tiene. ¿Es, por ejemplo, de la misma estatura y complexión de la señora Despard? ¿Qué dice usted, señora Despard?

Los ojos de Lucy brillaban de forma extraña, como si también se contemplara hacia adentro. Stevens jamás había visto una expresión así en el rostro siempre plácido y sereno de la joven, y por eso se inquietaba.

—Sí. Es más o menos de mi estatura —reconoció Lucy—, pero... ¡Esto es absurdo! ¡No la *conoce* usted! Además...

—Gracias, Lucy —murmuró Stevens. Y luego, volviéndose a Brennan, argumentó—: Me temo que lo que iba a declarar la señora Despard no era compatible con su teoría, capitán. Déjeme explicarme. Usted cree que la mujer fue allí disfrazada con un traje y un antifaz exactos a los de Lucy, en forma de que si alguien la viera la confundiera con ella, ¿verdad?

—Sí. Estoy bastante seguro de eso.

—Bien. Y añada usted que esa mujer, quienquiera que fuese, no llevaba sombrero, ¿verdad?

—Sí; lo que les decía era que la desconocida se empeñaba en imitar el atuendo de la señora Despard, quien no llevaba sombrero. Pero ambas tenían sobre la cabeza una gasa que les caía hasta los hombros.

—Descarte entonces la posibilidad de que fuera Marie. Como puede comprobar, Lucy tiene el cabello del color del ala del cuervo, según dirían los poetas. Marie es rubia, en cambio. Por tanto...

—¡Alto ahí! —le interrumpió el detective, levantando la mano—. No vaya tan aprisa. Interrogamos a la señora Henderson sobre este punto. Nos confesó que no podía determinar de qué color era el cabello de la desconocida. Con eso no hay posibilidad de probar nada, ya que nuestra declarante asegura que la luz era muy débil...

—Le resulta difícil determinar el tono del cabello, pero no tiene dificultad para precisar todos los colores del traje. Todavía más, añada que la silueta de la mujer se recortaba contra la luz. Con gasa o sin ella, en esa posición es cuando brilla el pelo, siendo rubio, ya que la luz le cae de lado. Sin embargo, la señora Henderson no lo advirtió —argumentó Stevens—. Le será fácil a usted mismo convencerse de que la mujer que divisó la testigo tenía que ser de pelo oscuro, un cabello como el de Lucy o el de Edith. La cabellera de Marie habría brillado como un bronce muy claro y la señora Henderson tendría que haber advertido al instante que no se trataba de ninguna de sus dos señoras. Pero... allí no está la cuestión... Supongamos que Marie se disfraza como Lucy. Ahora, si una rubia, imitando a una morena, se ha provisto de pesadas ropas, antifaz, etc..., les pregunto a ustedes: ¿es razonable que no se cubra la cabeza, dejando expuesta así la única parte de su persona que pueda señalar, aun a seis metros de distancia, que no es ella la morena original?

—Fin del asalto primero —declaró burlescamente Mark—. Le gano en esto, capitán. Me parece que me mantendré como *amicus curiae*, Ted aunque no sea necesario. He de advertirle, señor Brennan, que este compañero es un terror académico. Hasta los jesuitas quedan aniquilados cuando comienza a argumentar...

—Es verdad, en cierta forma —reconoció el detective—. Tengo, sin embargo, el presentimiento de que nos hemos separado del asunto primordial. Volvamos a los hechos estrictos... ¿Dónde estaban usted y su esposa en la noche del 12?

—Aquí mismo, en Crispen, tengo que confesarlo...

—¿Y por qué «confesarlo»?

—Porque no es lo corriente. Como regla general, sólo pasamos aquí los fines de semana, y ese día era miércoles. Tenía un asunto en Filadelfia...

—¿Sabía la señora Stevens que usted iba a un baile de máscaras y el vestido que usaría? —preguntó Brennan, volviéndose hacia Lucy.

—Sí, lo sabía. Marie vino a visitarnos después del almuerzo para contarnos que habían llegado inesperadamente a pasar la noche. Nos preguntó qué programa teníamos. Le mostré el vestido, que estaba a punto de terminar. Lo hice, como saben, imitando un cuadro que hay en la galería.

—¿Puedo preguntarle algo, Lucy? —intervino Stevens—. ¿Fue esa tarde del miércoles la primera vez que mi mujer supo algo del traje?

—Sí. Hasta el lunes no decidí hacérmelo.

—¿Pudo alguien haber adquirido un duplicado del vestido en el vestuario de un teatro, en casa de una modista o en otra parte?

—¡De ninguna manera! —exclamó Lucy con cierta aspereza—. Era demasiado elaborado, demasiado singular... Como dije, lo copié de un cuadro nuestro. Nunca vi otro parecido. Por eso yo...

—Entre el momento en que usted habló del vestido a Marie, el miércoles, y el momento en que la misteriosa visitante apareció en el cuarto de Miles, a las 11,15, ¿habría tenido tiempo mi mujer para copiarlo?

Los ojos de la joven se abrieron desmesuradamente.

—¡Dios santo, no! Tiene razón... Nunca pensé en eso. Tardé tres días en hacerlo. Ni siquiera habría tenido tiempo de procurarse los materiales... Además, recuerdo que se quedó conmigo hasta las seis y media. Luego fue a encontrarse con usted.

Stevens se dejó caer en la silla y miró a Brennan. Por primera vez el detective parecía francamente preocupado. Aunque se dominaba, un ligero mal humor comenzaba a advertirse bajo su exterior tranquilo. Disimuló con una sonrisa.

—Puedo confiar absolutamente en sus afirmaciones, ¿no es así, señora Despard? No entiendo mucho de esto, pero me da la impresión de que si alguien trabaja ligero, podría...

—¡Es absolutamente imposible! —insistió Lucy—. Ocupé gran parte del día sólo en pegar esos brillantes de fantasía.

—¡Pero *alguien* copió el traje! —insistió el detective, rascándose la nuca—. Sí...

No, espere; volveremos a este punto. Nos estamos desviando otra vez. Continuemos el interrogatorio —añadió, mirando a Stevens—. ¿Cómo pasó usted la noche del 12?

—Con mi mujer. Nos quedamos en casa y nos acostamos temprano.

—¿A qué hora?

—A las 11,30, exactamente —repuso Stevens, adelantando en una hora el tiempo verdadero. Era la primera mentira que decía al detective, quien, al oírla, pareció agrandar los ojos—. A las once y media, capitán —insistió—. Casualmente lo advertí.

—¿Por qué?

—Porque es la primera vez que veníamos a Crispen en mitad de la semana. Tuve que poner el despertador, para levantarnos temprano al día siguiente y salir a tiempo para Nueva York...

—¿Tiene algún otro testigo? ¿Alguna sirvienta? ¿Un niño, quizá?

—No. Tenemos una sirvienta, pero sólo trabaja durante el día.

Brennan pareció tomar una decisión. Guardó las gafas y se puso de pie. Su mirada se hizo más aguda y acusadora.

—Si no le molesta, señor Despard, debemos analizar todavía un punto relacionado con el asunto. ¿Está la señorita Corbett en la casa? Me gustaría preguntarle algo respecto al robo.

—Está con Edith. Voy a buscarla.

Con estas palabras, Mark se puso de pie y contempló al detective con cierto fastidio, añadiendo:

—Me alegro de que dejara usted a un lado aquel detalle. Lo del vestido ya ha quedado bien demostrado. Y todos sabemos que no es posible que Marie tenga la menor relación con este asunto.

—Sin embargo, no vacilaste en pensar que yo tuviera algo que ver en esto —observó Lucy.

Estaba irritada y no parecía capaz de dominarse, pero luego se notó que estaba arrepentida de su arrebato. No miró más a Mark y se quedó contemplando obstinadamente un cuadro que colgaba sobre la chimenea.

—¿Qué pensamientos absurdos son éstos? —preguntó su marido—. ¡Maldición! El vestido. La apariencia. El... ¡Jamás pensé que pudieras estar mezclada en esto!

—No es eso lo que me importa —repuso Lucy, sin dejar de mirar el cuadro—. Lo que me duele es que hayas discutido minuciosamente la cuestión con otras personas antes de siquiera mencionármelo a mí.

—No me pareció apropiado discutir de ello con nadie de casa —alegó Mark con tono áspero—. Estaba preocupado y habría tenido razones para estarlo más si hubiese sabido que una llamada telefónica casi te sacó de la fiesta. No me informaste de lo ocurrido...

—*Tais toi, imbécile!* —exclamó la joven, cambiando de idea, pero sin despegar los ojos del cuadro—. *Les agents ont des oreilles longues. Ce n'était pas un rendez-*

vous, je t'assure...^[1].

Mark asintió y salió violentamente del cuarto. En la puerta hizo un ademán a Partington, que se puso de pie y le siguió. Stevens estaba sorprendido de la actitud del médico. Recordaba al Partington plácido, pero hablador, de la noche antes y se preguntaba si se necesitaría sorprenderlo con noticias extraordinarias para que tomara esa actitud digna. Mas, en realidad, lo que más le preocupaba era saber si Brennan había abandonado el ataque o si sólo se preparaba para volver a la ofensiva.

—Perdóneme, señor Brennan —murmuró Lucy sonriente—. Fue del peor gusto hablar en francés, como quien disimula las palabras ante un niño para que no entienda, y, además, resultó absolutamente inútil. Estoy segura de que usted comprendió lo que dije perfectamente.

Era evidente que el detective había adquirido una auténtica simpatía hacia Lucy. Haciendo un ademán, explicó:

—Parece estar usted terriblemente molesta por esa llamada telefónica, señora Despard. Y yo no me preocupo por ello, entiéndalo bien. No conozco la verdad exacta al respecto, pero no insistiré por ahora. Tenemos cosas más importantes que hacer.

—¿Pero *qué*? —exclamó Lucy—. Eso es lo que quiero preguntarle. El asunto está tan embrollado con fantasmas y tonterías además de la horrible desaparición del cadáver del tío Miles, que no sé por dónde va a empezar.

—Por encontrar ese cadáver, naturalmente —repuso Brennan con los ojos muy abiertos—. No podemos llegar a ninguna conclusión sin él. El caballero fue envenenado, no hay duda; y el asesino, sabiendo de antemano que el señor Despard abriría la cripta, se aterrorizó e hizo desaparecer el cuerpo. Eso es sencillo. No podemos probar el envenenamiento mientras no encontremos el cadáver. ¿Cómo fue sustraído? ¡No me lo pregunte! No he hallado la entrada secreta a la cripta... Todavía.

Se volvió, y dirigiéndose a Stevens con aire ceñudo, le dijo:

—Hay un pequeño dato, sin embargo, que les ofreceré gratuitamente. Sé que ustedes cuatro, los que abrieron la cripta, no tenían intenciones turbias. Si hubiesen ido a verme por la mañana para contarme la historia, habría creído que fraguaron el asunto entre ustedes. Pero tenía un hombre observándolos, y estoy enterado de todo.

—Sí, ésa es la única parte de suerte que hemos tenido hasta ahora —murmuró Stevens.

—Pero ¿dónde va a buscar el cadáver? —insistió Lucy, que parecía evidentemente molesta—. ¿Acaso pretende cavar el jardín... o algo por el estilo? Eso es lo que se hace en las novelas, usando linternas y palas.

—Si es necesario, lo haré, pero no creo que sea indispensable tanta complicación. Hay muchas posibilidades de que el cuerpo se halle dentro de esta casa —añadió en tono calmado, pero sin despegar la vista de sus dos interlocutores.

—¿En la casa? —preguntó Stevens sorprendido, aunque sin saber por qué.

—Sí, ¿y por qué no? Tiene que existir una entrada secreta a la cripta, como

también hay una puerta secreta en la habitación de Miles Despard. Tengo el presentimiento de que ambas están comunicadas...

—¡Santo cielo, capitán! ¿Va a sugerir que esa mujer, después de haber dado a Miles una taza de arsénico, se retiró por la puerta secreta, para ocultarse en una de las urnas de la cripta?

—¡Sugerir, sugerir! No, no estoy tan loco como para eso. Pero puedo decir que mientras ustedes gastaban dos horas para abrir la sepultura, esa mujer debe haber entrado y sacado el cadáver, dejándolo en cualquier sitio del pasillo que comunica la cripta con la casa.

Levantó la mano para hacerlos callar.

—No me digan que no habría tenido fuerzas suficientes. Conozco el caso de mi padre...

—No estamos discutiendo cuestiones de herencia; ¿a qué cambiar de tema? —saltó Lucy.

—Nació en Cork —repuso Brennan, inmutable—, y llegó a este país en 1881. Tenía un metro noventa de estatura, y cuando cantaba en la taberna se le podía oír a mucha distancia. Acostumbraba a embriagarse todos los sábados por la noche. Apenas entraba en casa, se derrumbaba. Era un peso muerto. Y, sin embargo, mi madre, una mujer pequeña, siempre lo llevaba hasta la cama... Eso es lo que quiero explicar. ¿Suena a disparate, acaso?

—Sí —repuso Stevens secamente.

—Miremos el aspecto físico. No importa quién sea el culpable por el momento. Pero de existir una entrada a la cripta, ¿sería difícil abrir el ataúd? ¿Acaso no sueldan la tapa?

—No —tuvo que reconocer el otro—. Se trataba de un ataúd de madera. Hay cierres automáticos en ambos lados. Exigía gran fuerza levantar la tapa. Una mujer lanzadora de pesos o de disco pudo hacerlo perfectamente.

—Nunca he dicho que el asesino no tuviese un cómplice; y dígame, ¿era corpulento el difunto?

—No —repuso Lucy, con la misma mirada atónita de antes—. Era más bien pequeño, un metro sesenta y cinco, cuando más. No era mucho más alto que yo.

—¿Obeso?

—No. Recuerde que estaba enfermo. Se encontraba reducido a la piel y los huesos. No pesaba más de cincuenta kilos, según creo recordar.

En ese momento entró la señorita Corbett, acompañada de Mark, ansioso de escuchar.

La enfermera llevaba todavía el abrigo, aunque se había desprendido del sombrero. Stevens se hallaba tan obsesionado con el color de su pelo, que casi deseaba verla de tipo moreno, como Lucy o Edith. Pero ella tenía el cabello de un color amarillo pálido, que hacía contraste con el rostro fuerte y cuadrado y con los ojos castaños. Su cara habría sido muy atractiva si no fuera por la carencia absoluta

de expresión. No mostraba sino la animación del deber o del aburrimiento. Con cierta ceremonia, Brennan la hizo sentar en una silla.

—Ayer, después del almuerzo, el detective Partridge fue a verla, ¿verdad, señorita Corbett? Y usted le informó...

—Respondí a sus preguntas.

—Es lo que quise decir —repuso Brennan, sacando sus papeles—. Dijo usted que en la tarde del sábado 8 de abril, entre las seis y las once de la noche, fue sustraído de su cuarto un frasco de dos onzas que contenía tabletas de morfina de un cuarto de grano.

—¡Así que era morfina! —exclamó Mark.

—Déjeme ocupar de este asunto a mí, por favor —cortó Brennan—. Cuando descubrió la desaparición, ¿quién creyó que había tomado el frasco?

—Pensé al principio que se trataba del señor Miles Despard. Siempre estaba pidiendo morfina, pero el doctor Baker no se la daba, naturalmente. Una vez lo encontré en mi cuarto revolviendo las medicinas. Por eso atribuí a él la desaparición.

—¿Qué hizo usted al descubrir su desaparición?

—Busqué el frasco —repuso la enfermera en tono mecánico, como si encontrara excesiva la insistencia del detective—. Hablé del asunto con la señorita Edith, pero no me explayé, porque creía que la medicina había sido tomada por el señor Despard y que sería devuelta. Sin embargo, me juró que no había sido así, y no quedó mucho tiempo para investigar. El frasco apareció a la noche siguiente.

—¿Habían sacado algo?

—Sí, tres tabletas de un cuarto de grano.

—Hablando desde el punto de vista estrictamente legal —interrumpió Mark—, yo llamaría a este detalle ajeno, incompetente y sin relación con el asunto. ¿Por qué demonios hurgan tanto en eso de la morfina? No hay fundamento para pensar que el tío Miles fuera asesinado con ella, y tres tabletas de un cuarto de grano no le habrían hecho daño.

Sin tomar en cuenta la observación, Brennan continuó:

—Creo que debemos insistir en este punto, sin embargo, señorita Corbett. Me gustaría que me repitiera lo que usted dijo ayer al sargento sobre cómo fue devuelto el frasco y lo que usted vio el domingo por la noche, o sea, el 9 de abril.

—Fue alrededor de las ocho —asintió la enfermera—. Acababa de salir del baño, que se encuentra en el extremo del vestíbulo. Desde la puerta se puede dominar todo, incluyendo la mesa que queda fuera del cuarto del señor Despard. Hay una luz allí. No permanecí en el baño más allá de dos minutos. Cuando abrí la puerta, miré al vestíbulo y vi que una persona se alejaba del cuarto del señor Despard hacia la escalera. También advertí que había algo encima de la mesa, aunque no podía precisar nada a esa distancia. La mesa estaba vacía antes. Cuando llegué a ella, observé que era el frasco, que había sido devuelto.

—¿Quién era la persona a quien vio alejarse de la mesa?

—La señora Stevens —repuso la enfermera. Hasta ese momento su actitud había sido impersonal, como la de un testigo que presta declaración ante un magistrado, cumpliendo con un deber; pero ahora la enfermera se volvió hacia Stevens y habló con grave intensidad—. Lo siento; traté de hablar con usted o con la señora esta mañana, pero mi querido amigo el señor Ogden Despard se interpuso. Deseaba decirle lo que *hube* de confesar ayer al policía. Insistió en que le afirmara que había visto a la señora Stevens dejando el frasco sobre la mesa. Y tal actitud es intolerable.

—Vamos, vamos, es muy plausible su manera de obrar —intervino Brennan con mirada astuta—. Pero ¿qué otra cosa podía pensar? ¿A quién atribuir la devolución?

—Aún no sé. Pudo haber sido el señor Despard.

—Pero ¿qué hizo usted? ¿No habló de ello con la señora Stevens?

—No pude. Bajaba ya la escalera y salía de la casa, para marchar a Nueva York. Había venido sólo para despedirse. Pensé que era mejor esperar y ver...

—Sí, ¿y entonces?

—No puedo seguir soportando semejante absurdo —insistió la señorita Corbett levantando sus descoloridas cejas—. No sé quién lo hizo. Por eso me limité simplemente a echar la llave a mi cuarto cuando yo no estaba allí. Puse un pestillo en la puerta que comunicaba la habitación del señor Despard con la mía. Inutilizar la otra que daba al vestíbulo resultó más difícil, aunque tenía un tipo común de cerradura. Pero resulta que mi padre era cerrajero y sé algo del oficio. Saqué sencillamente la chapa y la modifiqué. Nadie podría haberla abierto, a menos que yo le enseñara a manipular la llave. No me habría tomado todas esas molestias si no hubiese sido que la señora Stevens apareció inesperadamente al día siguiente, miércoles, después del almuerzo, y ésa era mi tarde de salida.

—¿Era la víspera del día en que Miles Despard fue asesinado?

—La víspera del día en que el señor Despard murió —repuso secamente la enfermera.

Brennan se volvió entonces a Mark.

—Llegamos ahora al punto crucial. Ahora va usted a comprender por qué insistía en estas preguntas. —Consultando sus anotaciones, el policía inquirió—: ¿Le dijo algo la señora Stevens respecto a los venenos en general?

—Sí.

—¿Qué fue?

—Me preguntó dónde podía comprar arsénico.

Se produjo un pesado silencio en la habitación. Stevens comprendió que todos los ojos se volvían hacia él. La señorita Corbett se ruborizó ligeramente, pero no perdió la seguridad de la mirada. Oyó que el policía decía:

—Esa es una acusación muy grave...

—No se trata de una acusación. Sólo...

—Y tenía que plantearla —prosiguió Brennan—. ¿Alguien más oyó preguntar eso?

—Sí, la señora Despard —asintió la enfermera.

—¿Es verdad, señora?

Lucy vaciló, pero luego respondió afirmativamente.

Con las palmas de las manos fuertemente apretadas contra los brazos del sillón, Stevens sentía de nuevo todos los ojos clavados en él. Advirtió también que el número se aumentaba con otras dos pupilas. En la penumbra de la puerta vio recortarse ahora la figura de Ogden Despard.

—HE estado tratando de seguir sus pensamientos, señora Despard —dijo entonces el detective, dirigiéndose a Lucy—. Su rostro revela sagacidad. Cuando primero planteé el asunto, se mostró usted sorprendida, pero comenzó a pensar en la señora Stevens, y mientras más discurría, más cosas recordaba. Se sintió molesta por sus propios pensamientos, pero no podía evitarlo. Entonces alguien presentó el problema del traje de fantasía y cómo era imposible que nadie pudiese copiarlo en tan corto tiempo, eso la tranquilizó. Inmediatamente dedujo usted que la señora Stevens nada tenía que ver con el posible envenenamiento. Pero ahora vuelve usted a no estar segura... ¿Tengo o no razón?

—Yo... —comenzó a decir Lucy, cruzando a pasos rápidos la habitación—. ¡Pero todo eso es ridículo! ¿Cómo podría saberlo? Háblele usted, Ted.

—No se preocupe, lo haré. ¿Me permite interrogarle a usted a mi vez, capitán?

Era un rasgo de evidente bravuconería. No se le ocurría nada.

—Siempre que tenga algo con qué contradecirme —repuso Brennan—. Volvamos al asunto, señorita Corbett. ¿Cuándo le preguntó la señora Stevens dónde podría comprar arsénico?

—Hace tres semanas; me parece que fue un domingo por la tarde.

—Díganos lo que sucedió. Cuéntenos la historia completa.

—La señora Stevens, la señora Despard y yo estábamos en el comedor. Nos habíamos instalado frente a la chimenea porque hacía frío. Comíamos tostadas con mantequilla y espolvoreadas de canela. Los diarios comentaban un crimen cometido en California y hablábamos del tema. Repentinamente, la señora Despard comenzó a interrogar respecto a venenos...

—Quiere usted decir la señora Stevens —dijo el policía.

—No, me refiero a la señora Despard. La señora Stevens no pronunció una palabra, con una sola excepción. Les contaba uno de mis casos, cuando estaba haciendo mis prácticas y llegó al hospital un hombre que había tomado estricnina... La señora Stevens me preguntó si yo creía que sufría mucho...

—Eso es lo que necesito saber. ¿Cuál era la actitud de ella? ¿Qué aspecto tenía?

—Aparecía muy hermosa.

Brennan se mostró molesto. Miró sus apuntes y volvió a preguntar:

—¡Qué clase de respuesta es ésa! Parece que usted no me comprende. ¡Hermosa! ¿Qué quiere decir con eso?

—Exactamente lo que dije... ¿Puedo hablar francamente?

—Parecía una mujer que experimentase una excitación sexual —dijo la enfermera con voz fría y decidida.

—Por cierto.

Un frío de ira estremeció a Stevens.

—Un momento —dijo interrumpiendo—. Eso es ir demasiado lejos. ¿Querría, señorita Corbett, darnos su impresión personal respecto a una mujer que experimenta una excitación sexual?

Viendo que la enfermera se ruborizaba, intervino Brennan:

—Calma, trate de proceder como un caballero; no tiene ningún motivo para insultar. Sólo trataba de...

—No fue mi intención insultarla. Si lo hice, pido excusas. Lo que pretendí era poner de manifiesto que un término así no explica nada, o, mejor dicho, que se le puede dar la interpretación que se quiera. Por eso, mi intención es precisar los hechos. Haga todas las acusaciones que quiera, pero no convierta este asunto en un maldito caso psicológico. Expliquémonos, señorita Corbett. ¿Acaso cree que mi mujer es una maníaca homicida?

—Realmente no comprendo lo que sucede aquí —intervino Mark con ira—. Si usted cree, capitán, que existe algo contra Marie Stevens, ¿qué tiene entonces que hablar con nosotros? ¿Por qué no la interroga a ella? Haga el favor, Ted, de llamar a su mujer y pedirle que venga aquí y responda personalmente a todo esto...

—Eso —opinó una voz no escuchada hasta entonces— pregúntenle por qué no puede hacerlo...

Ogden avanzó desde el umbral, agitando vigorosamente la cabeza. No se había quitado el abrigo ni cambiado de ropa. Sin duda se deleitaba enormemente con lo que estaba sucediendo.

—Si no le importa, Brennan, haré a este individuo unas cuantas preguntas. Será en su propio beneficio, capitán, se lo aseguro. Vamos. Ted, ¿por qué no llama a su mujer?

Se quedó esperando la respuesta. Stevens tuvo que hacer inauditos esfuerzos para dominar la ira. No le importaba Brennan: el policía era un buen hombre, pero de Ogden no podía pensar lo mismo.

—¿Ven como no puede responder? Yo contestaré por él. No puede llamarla porque ella no está en su casa. Huyó, ¿no es verdad? Esta mañana tampoco estaba, ¿no es cierto, Ted?

—No, no está en casa...

—Sin embargo, cuando fui a visitarle a las siete y media, aseguró usted que aún Marie se encontraba en cama.

—Mentira —declaró Stevens con calma.

Durante una fracción de segundo, Ogden no supo qué responder. Estaba acostumbrado a confirmar sus sospechas antes de plantearlas. En todo caso, lograría que Stevens se justificase. Eso de que le negaran una acusación le resultaba una experiencia nueva.

—Vamos, no mienta —aconsejó en tono protector—. Sabe usted bien que dijo eso. ¿No fue así, señorita Corbett?

—No lo sé, realmente —contestó con tranquilidad la enfermera—. Estaban

ustedes en la cocina y yo no oía lo que hablaban. Nada puedo atestiguar...

—Está bien. Pero usted acepta que no está en su casa. ¿Dónde se encuentra?

—Fue a Filadelfia a hacer algunas compras...

—Eso era lo que yo quería que usted dijese. Se levantó antes de las siete y media para salir precipitadamente de compras. ¿Espera que alguien crea eso? —inquirió Ogden, mirando sarcásticamente a su alrededor—. ¿Alguna vez en su vida dejó Marie Stevens la tibieza de la cama a una hora como ésa para ir de compras?

—No, nunca lo ha hecho antes. Pero creo haberle contado delante de la señorita Corbett que ninguno de los dos nos acostamos anoche.

—Así y todo, se sintió ella con ánimos para ir de tiendas casi de madrugada. ¿Por qué?

—Porque es sábado. Cierran los comercios a mediodía.

—Conque sábado. Por eso se marcha de su lado, ¿eh? ¿No sería mejor que se dejara de mentiras? Sabe usted muy bien que huyó anoche, ¿no es así?

—Si yo estuviera en su caso, no llevaría las cosas tan lejos... —declaró Stevens en tono judicial. Luego, volviéndose a Brennan, inquirió—: ¿Hay algo más que quiera preguntarme, capitán? Es verdad que mi mujer se fue a la ciudad esta mañana. Pero regresará temprano. Y si no llega pronto, aceptaré el cargo de asesinato. No me fiaría mucho, sin embargo, de lo que nuestro amigo Ogden afirma. A propósito, él es el autor de las cartas anónimas y quien usa su nombre para firmar los telegramas. Por ahí juzgará usted cuán digno de confianza puede ser.

El rostro de Brennan mostraba evidente duda. Su vista saltaba de Ogden a Stevens.

—No voy a desviarme del asunto principal a cada momento —gruñó—. Será ésta la última vez que lo haga. ¿Es verdad, joven, que fue usted quien me escribió y mandó esos telegramas, pidiendo a la gente que volviera aquí?

Aunque carente de muchas cualidades, Ogden, al menos, era audaz. Sin duda en su cerebro se producía una sucesión de ideas, pero su rostro continuaba impasible.

—No puede usted probarme nada, bien lo sabe —repuso, levantando un hombro—. Yo, en su caso, me andaría con cuidado... Puede caer en la calumnia...

—Me parece, joven, que trata usted de jugar a policías y ladrones de acuerdo con sus novelas favoritas —declaró Brennan, después de un corto silencio—. Si yo actuara en la forma que usted cree, lo tendría entre rejas antes de que alcanzase a chistar. En lo que a pruebas concierne, tampoco es difícil una identificación. Podemos muy bien averiguar quién mandó esos telegramas...

—Aprenda la ley, abuelo Zorro —dijo Ogden con una pálida sonrisa—. Esos telegramas no constituyen una falsificación. De acuerdo con la ley, la falsificación es un acto en el que se vea claramente que se obtuvo directo beneficio personal. Si mando una carta al presidente del Chase National Bank, diciéndole: «Esta es para presentar al señor Ogden Despard, mi representante personal, a quien deseo que le entregue diez mil dólares», y firmo «John D. Rockefeller», ésa es una falsificación.

Pero si la carta dice que presento al señor Despard para que se le atienda con la mayor cortesía y uso la misma firma, no hay tal delito. No existe en esos telegramas una palabra que ofrezca una base para que se me persiga...

—¿Los mandó usted, entonces?

—Nunca confieso nada —repuso el muchacho con un gesto de indolencia—. No es buena política. Me enorgullezco de ser *difícil*...

Stevens miró a Mark, que había estado apoyado descuidadamente sobre un estante de libros vecino a la chimenea. Sus ojos azules reflejaban que estaba cavilando. Hundía los puños apretados en los bolsillos de su suéter gris. Se dirigió a su hermano menor, diciéndole:

—Cuesta trabajo comprender qué te ha pasado, Ogden. Lucy tiene razón. Nunca habías sido tan perverso. Quizá la idea de recibir una buena tajada de la fortuna de Miles se te ha subido a la cabeza. Pero cuando nos encontremos solos, averiguaré hasta qué punto eres tan difícil.

—Te aconsejaría que no lo intentaras. Lo único que me seduce en el mundo es saber ciertas cosas que me interesan. Creo que fuiste un necio, por ejemplo, al traer a Tom Partington aquí. Le iba muy bien donde estaba, bebiéndose lo que contenían todas las tabernas inglesas y meditando sobre su pasado. Nunca supo... Pero ahora puede enterarse de algunos detalles respecto a Jeanette White. ¿No tuviste ya bastantes complicaciones? ¿Piensas volver de nuevo al asunto?

—¿Quién es Jeanette White? —preguntó apresuradamente Brennan.

—Una dama... No la conozco, pero en cambio sé muchas cosas de ella...

—Parece saber demasiadas cosas —dijo violentamente el detective—. Pero ¿tiene alguna de ellas que ver con este caso? ¿Algo más? No. ¿Está seguro? De ser así, continuaremos con... con lo del arsénico y la señora Stevens. Nos contaba usted, señorita Corbett, algo que pasó hace tres domingos cuando hablaban de venenos. Continúe...

—Charlamos un rato más y después tuve que ir a preparar el té del señor Miles Despard —respondió la enfermera, luego de una corta reflexión—. Salí al vestíbulo, que estaba ligeramente oscuro, y la señora Stevens me siguió. Me alcanzó y me cogió de la muñeca. Tenía las manos ardientes como el fuego. Me preguntó entonces dónde podría comprar arsénico. Me extrañó y al principio no comprendí bien lo que pretendía, porque lo llamó «la receta de alguien». Dio un nombre francés que no recuerdo.

—¿La receta de alguien? —repitió Brennan, asombrado—. ¿No puede ayudarnos, señora Despard?

Lucy hizo un gesto de molestia. Miró a Stevens como pidiendo ayuda.

—No puedo decirle mucho, aunque la oí. No sé qué nombre era, pero creo que comenzaba con G. Algo como «glacé», que no significaría nada. Además, hablaba muy de prisa y apenas le reconocí la voz. Parecía cambiada.

Mark Despard volvió la cabeza. Parpadeaba como si se hallase frente a una luz

muy fuerte. Se sacó las manos de los bolsillos y con una de ellas se restregó la frente.

—¿Ninguna de ustedes dos puede recordar exactamente lo que la señora Stevens dijo? —insistió el detective—. Puede ser de gran importancia.

—No —repuso la enfermera, ligeramente irritada—. Hablaba en forma rara, tal como dice la señora Despard... Murmuró algo así como: «¿Quién lo guarda ahora? En mi país no era difícil, pero el viejo murió...»

—¡Eso no tiene sentido! —exclamó Brennan, que había estado haciendo anotaciones—. ¡Aguarden un minuto! ¿Acaso quieren dar a entender que la señora tiene dificultades con el idioma? ¿Es francesa, tal vez? Por lo menos, así lo parece por su nombre...

—No, no, no —dijo Lucy—. Habla inglés lo mismo que usted o yo. Es canadiense de ascendencia francesa, por cierto. Creo que en una oportunidad me dijo que su nombre de soltera era Marie D'Aubray.

—Marie D'Aubray... —dijo Mark.

En su rostro se reflejó una expresión de temor. Se acercó y habló con extrema claridad, acompañando cada palabra con un movimiento del dedo índice.

—Quiero que pienses, Lucy. Haz un esfuerzo y trata de recapacitar porque la vida de una persona puede depender de esto. La «receta de alguien». ¿No diría la «receta de Glaser»?

—Sí. Creo que fue eso. Pero ¿por qué? ¿Qué te pasa?

—Tú conoces a Marie mejor que ninguno de nosotros —continuó hablando Mark, con la misma fijeza en la mirada—. ¿Notaste *algo* extraño durante todo el tiempo que la has tratado, fuera de eso? ¿No hubo alguna cosa que te sorprendiera, por muy absurda que pareciera?

Durante todo el tiempo, Stevens tenía la sensación de encontrarse en una línea férrea, viendo que el tren se acercaba con gran velocidad. No podía apartarse ni quitar la vista del ojo hipnótico de la locomotora. Oía su rugido, pero, a pesar de todo, intervino:

—No diga locuras, Mark —dijo—. Esto ya parece contagioso.

—Contéstame, Lucy —insistió su marido.

—Nunca le encontré nada extraño... nunca. En todo caso, serías tú el más indicado para que se te vigilase. Sé que Marie considera que tu interés por los juicios criminales y cosas semejantes es morboso. Nunca noté nada extraño en ella. Excepto, por cierto...

—¿Excepto qué?

—No es nada. No puede soportar la vista de un embudo. En una oportunidad, la señora Henderson preparaba unas conservas y colaba el jugo y... bueno... jamás creí que Marie pudiera tener tantas arrugas alrededor de los ojos o que su boca podría adquirir semejante forma...

Se produjo un silencio de frialdad casi física. Mark se quedó con la mano sobre los ojos. Cuando la retiró, el rostro había vuelto a adquirir una expresión corriente.

—Me parece, señor Brennan, que el camino más corto es mostrarle lo que hay tras estas historias. Quisiera que todos salieran de esta habitación, si me hacen el favor, excepto Ted y el capitán. No me discutan, se lo ruego. Váyanse. Ogden, es preciso que sirvas de algo. Vete a buscar a Henderson y dile que traiga su hachuela y un cincel. Hay un hacha más grande en la cocina, que podremos usar también.

La mirada del policía sugería haber comprendido cuáles eran las intenciones de Mark. Mostraba una expresión de alarma, pero al mismo tiempo su gesto delataba que estaba dispuesto a enfrentarse con cualquier acontecimiento.

Todos obedecieron la orden de Despard.

—No pienso matar a nadie con el hacha —declaró Mark—. Necesitaríamos un técnico en arquitectura para que examinase el muro que queda entre las dos ventanas y se cerciorase de si existe o no una puerta secreta. Pero eso exigiría mucho tiempo. El sistema más breve es abrir a golpes esa pared y ver nosotros mismos...

—¡Bueno, bueno! —exclamó el detective, lanzando un suspiro—. Si a usted no le importa estropear la habitación.

—Pero déjeme hacerle una pregunta. Hasta ahora las teorías que ha hecho usted del caso son breves y definitivas. No diré nada. Quiero que saque usted mismo sus deducciones. Supongamos que no encontremos ninguna puerta secreta; ¿qué va a pensar usted?

—Pensaría que la señora Henderson mintió —contestó el policía inmediatamente.

—¿Y llegaría a la conclusión de que Marie Stevens es inocente?

—Bueno... no podría ir tan lejos —repuso cautamente Brennan, encogiéndose de hombros—. Me inclinaría a pensar que lo es. La medida aclararía la situación, sin duda. No se puede llevar un caso a los tribunales, desde luego, cuando la defensa puede probar que la principal testigo miente. No hay un ser humano que pueda caminar a través de una pared. Puedo adelantarle eso...

—Y no es mala noticia, ¿verdad, Ted? Vamos, entonces...

Subieron hasta el alto y oscuro vestíbulo. Ni Brennan ni Stevens pronunciaron una palabra mientras Mark se dirigía a la cocina y regresaba con una caja de herramientas y un hacha de mango corto.

En el piso, al fondo de la galería, a mano derecha, se encontraba la habitación de Miles Despard. Stevens vio los cuadros, pero estaba demasiado oscuro para descubrir el que le interesaba. Mark abrió la puerta y durante un momento examinaron la pieza desde el umbral.

Era una habitación cuadrada de unos seis metros de lado. Pero, igual que el resto de la casa, tenía el techo más bien bajo, según la moda de fines del siglo XVII. Sobre el suelo se veía una alfombra azul y gris, bastante desteñida. El suelo desaparejado mostraba el borde de las tablas. Las paredes se encontraban recubiertas por un zócalo de encina hasta una altura de unos dos metros y medio. Y encima, el muro se veía estucado y pintado igual que el techo, con excepción de las vigas sobresalientes. En el ángulo de las dos paredes, a la izquierda, había un enorme armario ropero. Era

también de encina, con un tirador de bronce, y estaba entreabierto, dejando ver los trajes colgados dentro y un gran número de pares de zapatos en sus formas. En el muro del lado izquierdo, que era el que limitaba la casa, había dos ventanas con vidrios pequeños. En el espacio entre ambas estaba una silla de encina oscura y con alto respaldo. De la pared colgaba la cabeza de Greuze, una pintura circular que representaba la ensortijada cabeza de un niño, con un marco claro. Junto a una de las ventanas se veía un sillón de mimbre.

En la otra pared situada enfrente de la puerta, se encontraba la cama, cuya cabecera quedaba pegada a la pared. En el rincón de la derecha, en la unión de las dos partes, estaba la puerta de cristales que abría a la galería, cubierta todavía con la cortina de terciopelo de color café. Y en la pared de la derecha había una fea estufa de gas y luego la puerta que daba a la pieza de la enfermera. Clavada a dicha puerta, una percha sostenía la bata azul acolchada. Finalmente, y completando la vuelta, aparecía una cómoda con espejo, adosada contra la pared, hacia el vestíbulo, donde se guardaba una verdadera colección de corbatas.

Concretaron su atención en aquella pared, con zócalo de madera, donde se veían el cuadro y la silla. Bajo el zócalo, y en el sitio donde debió haber estado una puerta, se notaban unos salientes que correspondían al lugar donde debió estar empotrada la puerta desaparecida.

—¿Ve usted? Tal como le indiqué, ahí había una puerta que conducía a una parte desaparecida de la casa, destruida por un incendio a principios del siglo XVIII. Inutilizaron la ya inútil comunicación, tapiándola con ladrillos y recubriendo todo con madera. Pero las jambas eran de piedra y pueden aún advertirse en esos salientes —explicó Mark al detective.

Brennan se acercó. Examinó cuidadosamente la pared y la golpeó con el puño.

—Parece bastante sólida —declaró, mirando a su alrededor—. ¡Caray, señor Despard, y si no tenemos éxito!

Se encaminó entonces hacia la puerta de cristal, examinando la cortina y midiendo las distancias con la vista.

—¿Está la cortina tal como se encontraba cuando estuvo curioseando la señora Henderson?

—Sí. Lo he comprobado por mí mismo.

—Las rendijas no son grandes —masculló Brennan, dudoso, husmeando una y otra vez—. No hay más espacio que el tamaño de una moneda. ¿No cree usted que puede haber visto otra puerta de la habitación, como la puerta del armario, por ejemplo?

—Es absolutamente imposible —aseguró Mark—. Ensaye usted mismo. Lo único que puede ver es justamente lo que ella divisó: la cabeza de Greuze. La parte de arriba de la silla, los límites de la antigua puerta sobresaliendo en el muro. No existe otro campo de visión por mucho que usted doble el cuello. Y aunque no existieran el cuadro, la silla, etc., no se podría confundir la enorme puerta del armario que

sobresale del muro y tiene además un tirador de bronce, con una entrada secreta de ninguna especie. ¿Qué le pasa, capitán? ¿Teme usted que no nos atrevamos a descifrar el enigma, verdad?

Con aire de feroz deleite, Mark levantó el hacha en alto. Daba la impresión de que la pared fuese algo vivo a quien se le infligiera una herida. Casi pareció oírse un grito que atravesaba la casa cuando cayó el hacha y se clavó en el zócalo de madera.

Una voz preguntó desde lejos:

—¿Satisfecho, capitán?

Dentro del cuarto se extendía una especie de bruma que tapaba las ventanas, así como el jardín y los árboles del parque. Por muchos sitios del muro se introducía la luz del día.

No había ninguna puerta secreta.

DURANTE un momento, Brennan permaneció mudo. El esfuerzo lo había puesto rojo y tenía aire de cansancio. Después de contemplar la pared, sacó el pañuelo y se secó la frente y el cuello como quien realiza una ceremonia.

—¡No lo habría creído! —murmuró—. ¿Cree entonces que puede existir otra puerta falsa en algún sitio del muro y que la testigo estuviera mirando hacia otra parte?

—Destruiremos todo el zócalo del cuarto para asegurarnos —repuso Mark con una sonrisa sarcástica, que le descubría los dientes.

Brennan miró con aire de tristeza y, secándose el cuello, contestó:

—Veo una luz encima del zócalo que acabamos de destruir. ¿Acaso estaría encendida cuando la visitante se escurrió por la puerta inexistente? Esperen... La señora Henderson dijo:

—No estaba encendida —le interrumpió Mark—. No había otra luz que la que usaba para leer y que está encima de la cama. Es bastante débil. Justamente por eso no tenemos más informaciones de la visitante y ni siquiera conocemos el color de su cabello.

Stevens se sintió dominado por una ola de ciega exasperación. No sabía si la ausencia de un pasillo secreto le había causado cierto alivio. Seguía en horrible tensión.

—Puedo observar —dijo— que no hay ningún aspecto del maldito asunto que no dependa de: «la señora Henderson dice...» Para ser franco, la repetición de esa frase me está enfureciendo. ¿Quién es la señora Henderson? ¿Acaso es un oráculo o un ser infalible? Sin embargo, me parece bastante escurridiza, pues no la hemos divisado por la casa, a pesar de que fue ella quien puso a la policía sobre la pista y quien armó este lío de los demonios. Han acusado a mi mujer de asesina. Y también a la esposa de Mark. Se comprobaron hasta las menores circunstancias relacionadas con ellas, no obstante substituir el hecho de que Lucy tiene una coartada inatacable y la imposibilidad de que Marie pudiese procurarse o hacerse un vestido como el de la Brinvilliers. Está bien. Pero cuando la señora Henderson asegura que la corriente corre cerro arriba o que hay una puerta donde se ha probado que no existe, se la cree al pie de la letra, por absurda que sea su historia...

—No es tan absurda como parece —repuso Mark, moviendo negativamente la cabeza—. Si ella miente, ¿a qué todos esos adornos y fantasías? ¿Por qué no aseguró simplemente que vio a una mujer en el cuarto dando a Miles algo para beber, sin añadir más? ¿Con qué fin iba a inventar una información cuya falsedad pudiéramos probar?

—Pero si usted no la creyera, ¿se habría siquiera tomado la molestia de discutirme?

Se produjo un silencio y Stevens añadió:

—Pero eso está al margen del asunto que nos interesa. Me pregunta usted por qué la señora Henderson juraría que una mujer caminó a través del muro de ladrillos. Y yo le pregunto a mi vez: ¿por qué el *señor* Henderson habría de jurar que un hombre muerto caminó a través de un muro de granito? ¿A qué tanta insistencia en asegurar que ni una piedra había sido tocada en la cripta? Tenemos dos aplastantes imposibilidades en este caso, y sólo dos; primero: la desaparición de la mujer de este cuarto; segundo: la desaparición del cadáver del ataúd. Y es curioso que los únicos testigos de estos acontecimientos sean los esposos Henderson...

Brennan silbaba suavemente. Sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos que ofreció a sus compañeros. Aceptaron igual que dos duelistas que cogen las espadas...

—Siga —dijo el detective.

—Consideremos las circunstancias físicas de este asesinato, si es que lo hubo —siguió disertando Stevens—. Usted, capitán, sostiene que el asesino tuvo que ser alguien de afuera. Yo niego eso. Estoy casi seguro de que el criminal es uno de los habitantes de la casa. Porque hay un detalle que nadie ha tomado en cuenta: *la forma* en que fue administrado el veneno. Se le ofreció en una mezcla de huevo, leche y oporto...

—Comienzo a ver... —intervino el policía.

—Sí. No parece probable que un extraño pudiese introducirse en la casa, sacar huevos de la nevera, batirlos, añadir leche, también de la nevera, ir al sótano y traer oporto para formar la mezcla. ¿O creen más posible que ese desconocido pudiese atravesar el prado con una fuente que contuviera la mezcla que luego iba a vaciar en una copa que estaba en una vitrina? Pero llegamos ahora a la dificultad mayor; ¿cómo se las arregló un extraño para hacer que Miles tomara la bebida? Bien saben todas las dificultades que tenían para hacerle tragar algo que le convenía, especialmente esa noche. Si una persona de afuera lo hubiese querido envenenar, sin duda habría elegido algo que Miles bebiera sin vacilar, como champaña o coñac. No. Esa casera mezcla de huevos y oporto sólo puede concebirla alguien de la casa que hubiera primero pensado en hacerla, y, además, capaz de convencer a Miles de que la bebiera. Lucy podía conseguirlo, como tal vez Edith y hasta la enfermera o la camarera. Pero la primera bailaba en St. Davis; la otra jugaba al *bridge*, la señorita Corbett se encontraba en la Y. W. C. A y Margaret en Fairmount Park. Lo que nos lleva de nuevo al asunto de las coartadas. Sin embargo, existen dos personas cuyas coartadas no se han comprobado. No necesito nombrarlas. Pero ruego que adviertan, en relación con la mezcla casera, que una es la cocinera. Y ambas, como creo haber oído, heredan una suculenta cantidad con el testamento de Miles...

—No puedo creerlas culpables —declaró Mark, encogiéndose de hombros—. En primer lugar, han estado con nosotros mucho tiempo. En segundo, si asesinaron al tío Miles y preparan una historia para encubrirse, ¿para qué dar al relato carácter *sobrenatural*? ¿Qué beneficio iban a obtener con eso? Los asesinos discurren, por lo

general, mentiras más fáciles de tragar...

—Déjeme objetarle algo. Anoche nos contó usted la historia de esa señora respecto a una misteriosa visitante y los escrúpulos que le producía. Habló de lo extraño de su figura y hasta añadió el pequeño y agradable detalle de que el cuello de la desconocida no estaba totalmente unido a su cuerpo...

—¿Qué? —preguntó Brennan.

—Reflexione, ahora, Mark: ¿fue usted quien metió esa idea en la cabeza de ella, como pensamos anoche, o fue ella quien se la inculcó a usted?

—No sé... —respondió Despard bruscamente—. Es lo que he estado tratando de dilucidar.

—Pero si la señora Henderson no se la hubiera sugerido, ¿la habría imaginado usted?

—Tal vez no... No sé.

—Hay algo que todos sabemos. Cuatro de nosotros abrimos la cripta. ¿Cuál fue el único que juró que creía decididamente en los fantasmas? ¿Quién trató de provocar una atmósfera sobrenatural? ¿Cuál fue el que llegó a asegurar que nadie había tocado la cripta? Joe Henderson, ¿no es cierto?

—Sí, supongo que sí. Es usted el único que ha sugerido la existencia de demonios. Confieso que los encuentro muy agradables a los dos, pero se ha conocido a gente encantadora capaz de cometer crímenes. Acepto que son fieles a ustedes. Pero no veo razón para que guardasen fidelidad *a Miles*, a quien, por haber permanecido mucho en el extranjero, casi no conocían. Y el dinero que iban a recibir de este caballero era por voluntad de su padre, solamente. Respecto a la historia sobrenatural, ¿cuál era su origen?

—¿Origen? —preguntó Brennan, señalando con su habano, que se había consumido por un solo lado, como acusando el estado de ánimo dispar de quien lo fumaba—. Todo esto no se reduce más que a palabras... palabras y palabras... En todo caso, creo saber adónde quiere llegar el señor Stevens. Esta es la manera como lo entiendo. Cuando el caballero murió, nadie tuvo la menor sospecha de que hubiera sido asesinado, excepto usted. —El detective hizo un ademán para señalar a Mark—. Fue porque encontró la taza de plata. E inmediatamente después, la señora Henderson le colocó la historia de aparecidos y de mujeres que pasaban a través de las paredes. A mí no me dijo una palabra de la cabeza despegada o lo que fuese. Pero el resto es igual. ¿Por qué le contó aquella historia? Porque sabía que se lo creería *y echaría usted tierra al asunto*. Lo más que haría sería abrir la cripta. Y al descubrir que los duendes se habían llevado el cadáver de su tío, más se empeñaría en ocultar lo sucedido. ¿No concuerda esto con todo lo que dijo la pareja?

—¿Quiere insinuar, entonces, que tanto la sarta de mentiras como la desaparición del cadáver fueron un ardid para impresionarme y hacerme callar? —preguntó Mark.

—Puede ser.

—Pero, en ese caso, ¿podría explicarme, entonces, por qué ayer, antes de que se

abriera la cripta, la señora Henderson le contó exactamente la misma historia al comisario de policía?

Se miraron unos a otros.

—Es cierto —admitió Stevens.

—No diría ni eso... No se olvide de su hermano Ogden, señor Despard —dijo Brennan—. Es un joven muy astuto. También sospechaba y no sabemos hasta dónde llegaban sus sospechas. Tampoco sabemos si los Henderson lo habían advertido y estaban seguros de que el muchacho no se quedaría callado. La anciana cayó en el histerismo e hizo lo mismo que muchas mujeres: sintiéndose perdida inventó una historia.

El detective se acercó al armario y lo miró con aire inquisitivo.

—Quisiera saber qué secreto guarda este ropero. Porque, amigos míos, tengo el presentimiento de que es una pieza importante para la averiguación de los hechos. Aquí fue donde se encontró la taza de arsénico, ¿verdad? Ahora, ¿por qué la puso allí dentro el asesino? ¿Y por qué estaban en él *ambas cosas*, es decir, el inofensivo vaso de leche y la no tan inofensiva taza con arsénico?

Hurgó entre los trajes colgados dentro.

—Su tío tenía una espléndida colección de trajes, ¿verdad, señor Despard?

—Sí. La otra noche les informaba que suponíamos que se pasaba gran parte del tiempo cambiándose de ropa, para su propio deleite, dentro de la habitación. Pero no quería que ninguno lo supiéramos, por ello...

—No era lo único que hacía aquí —añadió una voz nueva.

Edith Despard asomó por la puerta que daba al vestíbulo. Llegó con tal sigilo, que nadie la sintió aproximarse. Mostraba una expresión extraña que ninguno supo interpretar entonces y que no entendieron hasta mucho después. Los ojos se veían todavía algo opacos por la falta de sueño, y el bello rostro mostraba un aire de serena firmeza. A Stevens le pareció mucho más joven que la noche anterior. Bajo el brazo traía dos libros, sobre los que tamborileaban los dedos de la otra mano.

—¡No debieras estar aquí, Edith! —protestó Mark—. Me prometiste quedarte todo el día en cama. Lucy dice que no dormiste nada anoche, excepto un momento en que tuviste una pesadilla.

—Es verdad —repuso la joven, volviéndose con gesto afable al detective—. El capitán Brennan, ¿verdad? Los demás me hablaron de usted, hace unos minutos, cuando los hizo salir de la habitación. Pero estoy segura de que no me echará a mí —añadió con encantadora sonrisa.

—¿La señorita Despard? —preguntó Brennan con amabilidad—. Me temo que hemos estado... —añadió, mostrando algo confuso la pared destrozada.

—¡Era de esperarse eso! Pero tengo aquí la solución de sus dificultades —contestó Edith, señalando los libros—. Alcancé a oírle decir que suponía que el armario tuviese cierta importancia en este caso. La tiene... y mucha. Encontré estos libros ahí dentro, anoche. El segundo volumen se abrió fácilmente por un capítulo

determinado; de ahí deduje que tío Miles, aunque poco aficionado a la lectura, había encontrado en él algo digno de estudiarse. Quisiera leer algo... A todos ustedes. Posiblemente no lo encuentren apasionante. Es un tema erudito y más bien pesado, pero creo que debieran oírlo. ¿Quiere cerrar la puerta, Ted?

—¿De qué libro se trata? —preguntó Mark.

—Es la *Historia de la Hechicería*, de Crimaud —le repuso su hermana.

Instalándose en el sillón de mimbre junto a la ventana, habló con la misma indiferencia con que hubiera repasado la lista del lavado. Sin embargo, antes de comenzar la lectura en voz alta, miró a Stevens con aire de curiosidad e interés, como si algo suyo le preocupase. Aunque sin gran expresión, su entonación era clara y fluida:

«La raíz de la creencia en los *no muertos* (*pas morts*) parece tener su origen en Francia, en el último cuarto del siglo XVII. Quien primero escribió sobre tal tema, fue el señor De la Marre, en 1737 (*Traité sur la Magie, Sortilège, Possessions, Obsessions et Maléfices*)^[2]. Durante varios años fue seriamente discutido aún por los hombres de ciencia. Y la controversia se suscitó de nuevo por un juicio criminal en época tan reciente como 1861.

»Brevemente, los *no muertos* son esas personas —por lo general mujeres— que han sido condenadas a muerte por el crimen de envenenamiento y cuyos cuerpos fueron quemados en la hoguera, sea estando vivos o muertos. Es aquí donde el terreno de la criminología toma contacto con el de la brujería:

»Desde las épocas más remotas, el uso del veneno fue considerado como una rama de la brujería. Resulta difícil precisar el origen de esta creencia. Los «filtros de amor» o las «pociones de odio», aceptadas como una parte de la magia, constituyeron siempre la máscara bajo la cual trabajó el envenenador; y administrar hasta un inofensivo «filtro de amor» fue penado bajo la ley romana^[3]. Durante la Edad Media se identificaron estas prácticas con la herejía. Todavía en 1615, en Inglaterra, un tribunal para juzgar los crímenes de envenenamiento era, en efecto, igual a los que luchaban contra la hechicería. Cuando Anna Turner fue juzgada ante el Lord Presidente de la Corte, Coke, por envenenar a Sir Thomas Overbury, se mostraron ante la corte sus «encantamientos» —figuras de plomo, pergaminos, un trozo de piel humana— y los espectadores pudieron hasta sentir el aliento del rey de las tinieblas.

»Durante la exhibición de éstos y otros papeles encantados y algunos cuadros de la corte —escribe el informante— se sintió un crujido procedente del patíbulo, que causó gran temor, tumulto y confusión entre los espectadores, sintiéndose cada uno dañado, como si el demonio estuviera presente y montase en cólera porque sus obras se exhibían ante quienes no eran sus propios adeptos^[4]. Pero fue en Francia, durante la última parte del mismo siglo, en donde esta práctica diabólica alcanzó su punto culminante. Se cuenta que en Lisboa había tantos brujos que practicaban la hechicería, que tenían un barrio propio^[5]. De Italia (donde las damas de la sociedad secreta de Toffana envenenaron a seiscientas personas) procedían Glaser y Exili, quienes buscaban la piedra filosofal y vendían arsénico. En otro capítulo hemos visto cuán prestamente las damas de la corte de Luis XIV abrazaron el culto del satanismo, notable por el sacrificio de una criatura en el vientre de una mujer durante la Misa Negra^[6]. Misteriosos ritos se celebraban en aisladas habitaciones. La bruja La Voisin evocó fantasmas en Saint-Denis. Las militantes del satanismo no eran, según las frases de Gaule, «cualquier mujer vieja, de rostro arrugado, frente velluda, desdentada, con ojos bizcos, voz chillona y lengua estropajosa»: eran las más hermosas mujeres, desde la costurera hasta la dama de la corte^[7]. Y sus maridos y parientes morían hechizados.

»A través del confesionario, ciertos indicios de estas hechicerías ocultas llegaron a la Gran Penitenciaría de París. En el Arsenal, cerca de la Bastilla, se estableció el famoso tribunal de la Cámara Ardiente, cuya venganza era la rueda o el fuego. La misteriosa muerte de Madame de Montespan, la favorita de Luis XIV, en 1672, dio ímpetus a los buscadores de venenos. Entre 1672 y 1680, algunas de las grandes damas de Francia fueron juzgadas ante la Cámara Ardiente: entre ellas, dos nietas del cardenal Mazarino, la duquesa de Bonillon y la condesa de Soissons, madre del príncipe Eugenio. Pero lo que abrió todos los gabinetes secretos al mundo fue el juicio, en 1676, que duró tres meses, de la marquesa de Brinvilliers.

»Las actividades de la marquesa de Brinvilliers se revelaron a través de la muerte accidental de su amante, el capitán Sainte-Croix. Entre los efectos de éste se encontraba una caja de teca junto a la cual

había un papel de instrucciones indicando que después de su muerte, «fuese llevada a la marquesa de Brinvilliers, quien residía en la calle Neuve Saint-Paul». La caja estaba llena de venenos, incluyendo sublimado corrosivo, antimonio y opio. Madame de Brinvilliers huyó; pero luego fue llevada ante el tribunal, acusada de envenenamientos, gracias a los esfuerzos de un agente llamado Desprez. Aunque diestramente defendida por el maestro Nivelles, fue Desprez quien procuró las pruebas de su culpabilidad. Presentó ante la corte una confesión escrita que la dama le había confiado privadamente. Era un documento con afirmaciones rayanas en la histeria, que contenía, entre la lista de hechos terribles, algunos que aparentemente eran imposibles de realizar. Fue condenada a ser decapitada y quemada^[8].

»Después de la sentencia, y con el objeto de que divulgara el nombre de sus cómplices, fue sometida a la “tortura del agua”. Esta formaba parte del sistema judicial: la víctima era colocada sobre una mesa, se le ponía un canuto de cuero en la boca y se le echaba por allí agua hasta...»

Edith Despard levantó los ojos del libro por un instante. La luz gris de la ventana le caía directamente sobre el pelo, y la expresión de la joven reflejaba curiosidad e interés. Ninguno de los hombres se movió. Stevens contemplaba el dibujo de la alfombra. Recordaba ahora la dirección de la casa de París que el doctor Welden le aconsejó que visitara, conociendo su interés por los crímenes famosos. Estaba en el número 16 de la calle Neuve Saint-Paul.

Madame de Sévigné la vio ir más tarde al cadalso, riendo y murmurando chismes. Una gran multitud presenció su penitencia ante Notre-Dame, vestida con una hopalanda, descalza y llevando una vela encendida en la mano. Tenía entonces cuarenta y dos años y gran parte de su belleza de muñeca había desaparecido. Pero constituía un modelo de arrepentimiento y devoción, lo que satisfizo al noble abate Pirot. No parecía, sin embargo, haber perdonado a Desprez; y mientras subía al cadalso, murmuró algunas palabras que se entendieron a medias. Su cuerpo fue quemado en la Plaza de la Gréve.

Debido a las revelaciones ante el tribunal, las autoridades pudieron finalmente penetrar en la tupida red demoníaca existente bajo la corte del Gran Monarca. La Chaussée, un sirviente de Sainte-Croix, ya había sido descoyuntado hasta la muerte en la rueda. La bruja y envenenadora La Voisin, prendida con todos sus cómplices, fue quemada viva en 1680. Los bailarines de Satán desaparecieron; sus cenizas se dispersaron, y el gran demonio rió solo en «Notre-Dame».

Pero no todas las personas parecieron aceptar este final. Aunque no hay una razón aparente para creerlo se dice que el maestro Nivelles declaró ante la Gran Penitenciaría: «Hay algo más allá de todo esto. Las vi morir. No son mujeres corrientes. No tendrán descanso».

Ahora, ¿qué hay detrás de tales palabras? Se sabe que hasta hoy día existen rebrotes de satanismo en Europa, como quedó evidenciado en la investigación de los señores Marcel Nadaud y Maurice Pelletier, en fecha tan reciente como 1925^[9]. No se necesita documentación para demostrar que ha habido un recrudecimiento de los envenenamientos, asesinatos en masa, generalmente por mujeres y por lo general, también, sin motivo aparente. Por ejemplo (arguye Perrot), ahí está Anna Marie Schonleben, en Baviera, en 1811, y Marie Jeanneret, en Suiza, en 1868^[10]; Frau Van der Leyden, que envenenó a veintisiete personas; existen hombres como Palmer y Cream en Inglaterra^[11]. ¿Por qué motivo actuaban? En el caso de las mujeres, rara vez obtenían algún beneficio de la muerte de sus víctimas, o había alguna venganza pendiente o algún error que reparar. No estaban locas, aunque parecían desconcertadas al exponer sus razones.

Se ha explicado que las dominaba una simple lujuria y que eran adictas al blanco polvillo de arsénico porque les otorgaba poder de reinas y de dominadoras de destinos. Pero esto no lo explica todo. Si las mujeres poseían un deseo de matar, no puede pensarse, en cambio, que las víctimas quisieran ser exterminadas. El rasgo más curioso en todos estos casos es la tranquilidad, la sensación de fatalidad, la completa entrega de estas víctimas para soportarlo, aun cuando tienen que haber sabido que iban a ser envenenadas. Frau Van der Leyden dijo abiertamente a una de sus víctimas: «Su turno será dentro de un mes». Jedago declaró: «Dondequiera que yo vaya, se muere la gente». Sin embargo, permanecieron sin ser delatados. Era como si existiera algún diabólico lazo que uniera al asesino y a su víctima, algo semejante a hechizos o hipnotismo.

Esta teoría fue vagamente planteada por el señor De la Marre, en 1737, debido a un caso que agitó a París en esa época. Una muchacha de diecinueve años, Thérèse La Voisin —el mismo apellido de la citada hechicera que fue quemada en 1680—, había sido arrestada por una serie de crímenes. Sus padres eran

carboneros en el bosque de Chantilly. No sabía leer ni escribir. Se crió de una manera corriente y, hasta los dieciséis años, parecía bastante normal. Pero aun los más ponderados detectives de aquel tiempo se sintieron sobresaltados ante ocho asesinatos producidos en la localidad. Resultaba curiosa la circunstancia de que bajo la almohada o las sábanas de la cama de cada persona envenenada se encontró una cuerda —por lo general tejida de pelo o del tipo corriente— con nueve pequeños nudos.

Entendieron un significado. Nueve, como se ha visto, es un número cabalístico, el múltiplo de tres, y se presenta una y otra vez en relación con las ceremonias mágicas de diversos países.

Se cree que haciendo nueve nudos se consigue un hechizo sobre la víctima, que ésta queda enteramente bajo el poder de la hechicera.

Cuando las autoridades llegaron hasta su casa, encontraron a la niña La Voisin en el bosque cercano, bajo un matorral, sin ropa y, según describió alguien, con «los ojos de un lobo». Llevada a París e interrogada, hizo una declaración. Gritó ante la vista del fuego. Aunque sus padres aseguraban que no podía leer ni escribir, sabía ambas cosas, y hablaba igual que una dama de la corte. Aceptó haber cometido los crímenes. Al interrogarla sobre el significado del hechizo, repuso:

«Ahora son de los nuestros. Somos muy pocos y necesitamos otros adeptos. No se encuentran realmente muertos; vivirán de nuevo. Si no me lo creen, abran sus féretros y verán. No están en sus ataúdes. Uno de ellos se encontraba en el Gran Sabbath anoche.»

Parece haber sido cierto que los féretros estaban vacíos, por lo menos. Otro extraño rasgo del asunto fue que, durante el juicio, los padres de la niña se presentaron para ofrecer algo semejante a una coartada para uno de los crímenes: apoyándose en el hecho de que ella necesitó haber caminado dos kilómetros en un espacio de tiempo notablemente corto y tener que penetrar, en cierta forma, dentro de una casa cerrada con llave. Se cuenta que la joven La Voisin argumentó:

Eso no tiene importancia. Marché entre los arbustos y me puse unguento y el vestido que tenía antes. Entonces no tuve ninguna dificultad.» Al preguntársele qué significaba lo del «vestido que tenía antes», contestó: «Tengo muchos vestidos. Ese era uno muy hermoso, pero no lo llevaba cuando me condujeron al fuego.» Al pronunciar esa última palabra pareció volver en sí misma y empezó a gritar...

—Ya es suficiente —interrumpió lentamente Brennan. Se pasó la mano por la cara como para cerciorarse de que se encontraba allí—. Excúseme, señorita Despard, pero necesito trabajar. Las mujeres con escobas quedan fuera de mi especialidad. Si me dice que una mujer hechizó al señor Miles Despard, se restregó con unguento y se puso un vestido que tenía varios cientos de años, y en consecuencia pudo atravesar por esta pared... bueno, no me quedará más remedio que contestar que me dieran un caso que no necesite pasar por el Gran Jurado.

—¿Quiere uno? —repuso Edith con tono ligeramente arrogante—. Pues aquí lo tiene. La parte que realmente deseaba leerles viene en seguida. Pero si no puedo sacar provecho de ello, no me tomaré la molestia de dársela a conocer. Se refiere a una mujer llamada Marie D'Aubray, o sea, el mismo nombre de soltera de la marquesa de Brinvilliers, que fue guillotizada en 1861.

—¿Va a decirnos que fue ejecutada por brujería?

—No; por asesinato. Los detalles no son agradables y no quiero volver sobre ellos. Sólo pretendo leerles la descripción de ella, escrita por un periodista contemporáneo, en el momento de subir a la tarima de los acusados: «El caso llamó profundamente la atención, no sólo por la belleza y la relativa riqueza de la mujer acusada, sino por su recato, pues la envenenadora era de una modestia tan grande que, cuando el procurador general pronunció ciertas palabras crudas, se ruborizó como una colegiala». Y continúa: «Llevaba un gran sombrero de terciopelo de color café, en forma de bonete, con una pluma colgante, y una bata de seda del mismo

color. En una mano sostenía un frasco con tapa de plata en que había sales para oler, y en la muñeca del otro brazo lucía un curioso brazalete antiguo de oro, con un saliente que imitaba la cabeza de un gato con un rubí en el hocico. Cuando los testigos comenzaron a dar su testimonio respecto a los detalles de la Misa Negra en la habitación de la planta alta de la “villa”, en Versalles, y el envenenamiento de Louis Dinard, varios espectadores gritaron sobreexcitados: “¡No, no!” Se observó que el único signo de agitación que mostró la joven fue pasar los dedos por el brazalete.» — Edith cerró el libro bruscamente—: Es preciso decir la verdad, Ted. *Usted* sabe quién tiene un brazalete idéntico a éste.

Stevens lo sabía. Recordó haber visto la misma pulsera en la fotografía de Marie D’Aubray, de 1861, que desapareció esa noche, pero se encontraba al mismo tiempo en tal estado de confusión, que no contestó nada.

—Sí —intervino Mark con voz ronca—. Eso pensé yo también. Ahora que salió a luz, no puedo afrontarlo...

—Yo sí —declaró Brennan—. Sé adónde quieren llegar y sólo simpatizo con el señor Stevens. No dejaría yo que eso me perturbara, amigo mío, si tal es el motivo que lo tiene a usted abstraído. Es curioso. El señor Despard la defendió decididamente hasta que oyó o creyó esta bufonada. Yo, en cambio, sólo la atacé hasta escuchar esto...

—¿Va a negar usted que se practicó la brujería en el pasado? —preguntó con tono violento Edith.

—Por cierto que no —aceptó el policía—. Se practica aún aquí, en esta moderna Norteamérica. Sé todo lo referente a esa cuerda con nueve nudos. Se llama la escalera de la bruja.

—¡Pero, buen Dios! Usted dijo... —alcanzó a mascullar Mark.

—¿Han olvidado ustedes dónde se encuentran? —preguntó Brennan—. ¿Acaso no leen siquiera los periódicos? Estamos exactamente junto a Pennsylvania Dutch, donde la brujería local construye todavía imágenes de cera y hace hechizo a las vacas. ¿No recuerdan que, hace poco, insistía en hacer notar que Margaret, la sirvienta de ustedes, era originaria de Pennsylvania Dutch, y ustedes me preguntaron qué tenía que ver eso? Puede que haya mucho que ver, aunque no creo que la camarera esté comprometida. Apenas oí hablar de un pedazo de cuerda con nudos, pensé que algún brujo de pacotilla pretendía hechizar o simular que hechizaba a su tío. Y cuando vuelvo a pensar en la teoría del señor Stevens respecto a los Henderson, creo saber quién pudo haber sido. Por eso quiero preguntarles: ¿de dónde provienen esos viejos sirvientes de ustedes?

—Son originarios de Reading, me parece —repuso Mark—. Parte de la familia se trasladó a Cleveland.

—Reading es una hermosa ciudad. Y está lejos de encontrarse llena de charlatanes. Pero pertenece al territorio de Pennsylvania Dutch.

—¡Que me cuelguen si entiendo algo, capitán! —exclamó Despard—. Está usted

lleno de sorpresas. ¿Cree entonces que se puede practicar la brujería?

El detective se cruzó de brazos y contempló a Mark con la cabeza ligeramente inclinada a un lado. La chispa de los recuerdos evocadores afloraba de nuevo a sus ojos.

—Cuando yo era niño, quería un revólver —recordó—. ¡Uay, uay, necesitaba un revólver! Codiciaba un gran Ivor Johnson con mango de marfil. Ansiaba ese revólver más que nada en el mundo. En la clase de catecismo me enseñaron que, cuando se deseaba realmente una cosa, no se necesitaba sino rezar para obtenerla. Bien... Recé y recé por ese revólver. No creo que nadie antes hubiera rezado tanto para obtener algo. En aquellos días, mi padre acostumbraba contarme un montón de cosas respecto al demonio, especialmente cuando se estaba recuperando de alguna borrachera y juraba no volver a probar una gota en su vida. Era muy religioso y en una oportunidad declaró que el diablo había asomado la cabeza por la puerta de la sala, y señalándolo con el dedo, le había dicho: «Oye, Brennan, si tomas un poquito de *whisky* otra vez, vendré a buscarte...» Y aseguraba que el demonio era todo rojo y con unos cuernos encorvados de más de una cuarta de largo. En todo caso, yo soñaba que el diablo se me apareciera para ofrecerme cambiar el alma por un gran revólver con puño de marfil, trato que hubiera aceptado gustosamente. Pero por mucho que lo anhelé y por mucho que recé, jamás conseguí el revólver. —Hizo una pausa y añadió—: Lo mismo pasa aquí. ¿Practicar magia? Claro que yo mismo puedo hacerlo, tanto como quiera. Puedo fabricar imágenes de cera de toda la gente que no me gusta... y que está, en su mayor parte, en el Partido Republicano, pero eso no quiere decir que mueran si yo clavo los muñecos con alfileres. Así es que, cuando ustedes me cuentan que su tío fue asesinado y embrujado para que se adscribiese a una secta de hechiceros... que se salió del ataúd y de la cripta... que puede entrar en esta pieza ahora mismo, siento deseos de...

La puerta se abrió con enorme estrépito, que hizo saltar a todos. Ogden Despard, con el rostro verde y transpirando, se afirmó contra el marco. Ante su sola apariencia, y por ninguna razón tangible, Stevens experimentó una sensación de horror como ninguna antes le estremeciera. El muchacho se secó el sudor de la frente con la manga de su abrigo.

—Henderson... —murmuró.

—¿Qué le pasa a Henderson? —preguntó Mark.

—Me mandaste allá, a su casa, a llamarlo y a pedirle que trajera algunas herramientas. Comprendo ahora por qué no apareció temprano esta mañana. Tuvo un ataque o algo así. No puede o no quiere hablar bien. Desearía que fueran a verle. Dice que vio al tío Miles.

—¿Querrá decir que encontró su cadáver? —inquirió Brennan.

—No, no es eso —insistió Ogden tembloroso—. Asegura que... que vio al tío Miles.

PARTE IV

RESUMIENDO

Y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera, le dijo: “¿Y las narices?” A lo que él respondió: “Aquí las tengo, en la faltriquera”, y echando mano a la derecha, sacó unas narices de pasta y barniz de máscara de la manufactura que quedan delineadas. Y mirándole más y más, Sancho, con voz admirativa y grande, dijo: “¡Santa María y valme! ¿Este no es Tomás Cecial, mi vecino y compadre?” “¡Y cómo si lo soy! —respondió el ya desnarigado escudero—. Y luego os diré los arcaduces, embustes y enredos por donde soy aquí venido...”

CERVANTES. *Don Quijote de la Mancha*.

LA casita de piedra situada entre los olmos tenía la puerta ampliamente abierta. Toda la niebla se había desvanecido y había surgido un día claro y fresco. Una brisa agitaba las hojas nuevas de los árboles, formando un verde encaje. Al término de la senda pavimentada, la ruinosa capilla se erguía sobre el cielo pálido. Tenía la puerta cerrada. Y a alguna distancia se encontraban las piedras destruidas y la capa de alquitrán que se había extendido para cerrar la entrada de la cripta. Dentro de la casa de los Henderson, en la pequeña sala de estar donde estuvieron sentados la noche anterior, el anciano permanecía tendido sobre un sofá forrado de cuero, mirando el techo con ojos entrecerrados. Su expresión acusaba un aire de desafío mezclado con un auténtico malestar físico. Tenía una contusión en la sien izquierda. Estaba vestido con la misma ropa del día anterior y una manta le tapaba hasta el pecho. Encima tenía cruzadas las manos, que mostraban unas venas gruesas como culebras. Cuando sintió pasos afuera volvió bruscamente la cabeza pero retornó a su inmovilidad.

Mark, Brennan y Stevens se quedaron en el umbral, contemplándolo.

—Buenos días, Joe —saludó el primero.

El anciano hizo un gesto como indicando que sus sufrimientos sobrepasaban a lo que un ser humano no podía soportar. Mantuvo los ojos fijos hacia el techo.

—Hay que cuidarse —añadió Mark—. Ha trabajado usted excesivamente para sus años. ¿Qué significa esa tontería de que vio al tío Miles?

—¿A qué viene esto de cambiar de opinión, señor Despard? —intervino Brennan—. No hace cinco minutos estaba usted muy de acuerdo con los fantasmas y los *no muertos*. Y ahora se vuelve al otro bando...

—No sé —respondió Mark, sorprendido—. Es decir, sé lo que *usted va* a pensar de esto. Se ha impresionado demasiado con la teoría de Ted. Y ahora, de aquí que otro miembro de la familia Henderson vio un fantasma. —Se volvió hacia el anciano y le habló secamente—: ¡Vamos, Joe! No importa cómo se sienta. Trate de sobreponerse. La policía está aquí.

Los ojos de Henderson relampaguearon. La expresión del rostro pareció querer decir que estaba demasiado abrumado. Luego de dar la impresión de que se iba a echar a llorar, se dominó hasta lograr incorporarse en una posición de semisentado y los miró a todos con sus turbios ojos:

—La policía —tartamudeó—. ¿Quién la hizo venir?

—Su esposa —declaró secamente el detective.

—¡Nunca haría eso! No pueden engañarme. No les creo.

—No discutamos sobre el asunto —le interrumpió Brennan—. Lo que quiero saber es lo que usted dijo al señor Ogden Despard, respecto a que vio el fantasma de su tío...

—No era ningún fantasma —protestó Henderson con la garganta oprimida.

Stevens comprobó, molesto, que el anciano estaba asustado hasta casi perder el juicio.

—No era como ningún fantasma de los que he oído hablar —recalcó el anciano—. No me habría asustado. Era... estaba...

—¿Vivo?

—No sé —gimoteó Henderson con tono angustiado.

—Sea lo que fuere, díganos lo que vio —dijo Mark—. Tranquilícese. ¿Dónde fue?

—En el dormitorio, aquí —tartamudeó, señalando la puerta—. Fue así... Tengo que pensar en todo para no olvidarlo. Anoche, ¿recuerdan?, la señorita Edith y la señora Lucy vinieron aquí mientras estábamos... donde ustedes saben. Y ustedes se dirigieron a la casa grande. La señorita me encargó que le echara fuego a la caldera. Así lo hice. Todos ustedes conversaron hasta las tres de la madrugada, ¿recuerdan?

—Sí.

—Tengo que dejar esto en claro... Usted y yo íbamos a buscar alquitrán que se encontraba en el cobertizo, cerca del campo de tenis, para cerrar aquel sitio. Pero entonces pensé que usted se mostraba muy cansado y que el trabajo no tenía nada de particular... Por eso le pedí que se fuera a acostar y que lo haría yo. Me dio usted las gracias y me sirvió un trago. Pero cuando cerró la puerta de atrás y le echó llave, me sobrecogió la idea de que tenía que hacer toda la caminata y dormir solo. Lo que es más, el campo de tenis se encuentra en el prado sur y para llegar hasta él es preciso atravesar una parte del bosque que nunca me ha gustado.

»Pero apenas me dirigía hacia allá, recordé que no era necesario que fuese, después de todo. Yo tenía un poco de alquitrán en la parte de atrás de mi casa... Así es que me vine hacia aquí. Vi que la luz estaba apagada en esta habitación, y traté de encenderla, pero no funcionó la bombilla. No me gustó, pero tenía mi linterna. Cogí el alquitrán y me fui a cubrir la entrada. Trabajé ligero todo el tiempo, colocando las piedras. Cuando terminé me sentí muy contento. Como les dije antes, nunca me asustaron los fantasmas. Pensaba en lo que me dijo el señor Ballinger hace muchos años: «No hay que asustarse de los muertos, Joe. Son de esos hijos vivos de tal y cual de quienes hay que tener cuidado...»

»Terminé y me vine aquí. Cerré la puerta. Intenté encender la luz, pero tampoco tuve éxito. Me dirigí entonces al dormitorio. Lo primero que sentí fue un crujido de la mecedora. Se hallaba colocada junto a la ventana. Miré y vi que alguien estaba sentado en esa silla, balanceándose hacia adelante y atrás. Había luz suficiente para que advirtiera que era su tío. Se mecía en la silla igual que lo hacía cada vez que venía a visitarme. Pude ver claramente su rostro y también sus manos. Estaba muy blanco, pero no brillaba la piel y parecía blanda... Lo supe porque estiró la mano, tratando de estrechar la mía.

»Salí corriendo y cerré la puerta. Sólo que la llave estaba del lado de adentro. Pero lo sentí levantarse y cruzar la pieza, siguiéndome. Me caí encima de algo y me

magullé la frente. Después de eso no recuerdo mucho, excepto que caí otra vez en el borde de este sofá y que había una manta o algo parecido. Creo que tuve la idea de rodar por encima del sofá, hacia el otro lado para poder ocultarme. Pero eso es todo lo que puedo contarle hasta que su hermano Ogden... Trepó por esa ventana y comenzó a sacudirme...

Mientras pronunciaba otras cuantas frases que resultaron incomprensibles, Henderson permanecía apoyado en un codo, con la frente cubierta de sudor y las venas hinchadas como culebras. Luego se tendió y cerró los ojos.

Los demás se miraron unos a otros, mientras Mark golpeaba el hombro del anciano. Brennan estaba indeciso. Después de alguna vacilación, cruzó la habitación y dio vueltas a la llave de la luz. La pieza se iluminó. Repitió varias veces la operación, mirando a Henderson. Stevens salió a respirar el aire fresco bajo los árboles. Mientras lo hacía, vio que el detective se dirigía al dormitorio. Después de un par de minutos, también Brennan salió.

—Si no me necesitan, me voy a casa a desayunar —dijo Ted.

—Vaya, pero quiero verlos a usted y a la señora Stevens, hoy. Por ello, es mejor que no se alejen de la casa. Ojalá que ella regrese de su viaje de compras antes de que oscurezca. Entretanto, tengo miles de cosas que hacer...

Antes de marcharse, Stevens preguntó, señalando la casa:

—¿Qué me dice de...?

—Que si ese individuo miente, es el mentiroso más listo que he visto en mi vida.

—Comprendo. Hasta la tarde.

—Hasta la tarde. Será conveniente que procure que su esposa regrese de aquí a entonces, señor Stevens...

En su caminata a través del parque y subiendo la colina, Stevens no se apresuró. Sólo apuró el paso cuando, al consultar su reloj, advirtió que eran más de las once. Ya su mujer debía haber regresado a casa. Pero no era así, como advirtió al llegar. Ellen estuvo y había marchado. La casa estaba limpia y un mensaje (¡otro!) le aguardaba. La sirvienta le indicaba que le había dejado alguna comida en el horno.

Comió lentamente, sentado a la mesa de la cocina. Se interrumpió para ir al vestíbulo. En la mesa del teléfono seguía el original de Cross, siempre a medio entrar en la cartera, tal como lo dejara. Lo sacó para ver el título en la primera página, «*Un estudio de los móviles de envenenamiento a través de las épocas*, por Gaudan Cross, Fielding Hall, Riverdale, N. Y.». Arregló cuidadosamente las hojas, se sentó al teléfono y cogió el auricular.

—¿Operadora? ¿Podría decirme si hubo alguna llamada de distancia para este número durante la noche?

—Sí, señor; de Riverdale, 361 —replicó la voz femenina.

Dejando el teléfono, pasó por la sala de estar. Sacó un libro del anaquel. Era *Señores del Jurado*. Desde la solapa de la cubierta le miraba el retrato de Cross; un rostro delgado, inteligente, más bien sombrío, de ojos penetrantes y pelo oscuro con

sólo unos toques canosos. Recordó aquel comentario de que la persona que relató el caso de Neill Cream tenía que haber estado presente en el juicio, cosa que se oponía con la edad de Cross, que sólo tenía cuarenta años. Volvió a colocar el libro en su sitio y fue al dormitorio. Abrió el armario de Marie y miró cada uno de los vestidos allí colgados. Como la mayor parte de su ropa estaba en Nueva York, no había mucho que ver.

Pesaba el vacío de la casa. Trató de leer... Puso en marcha la radio. Se preguntó si no le vendría bien un trago; pero no se sentía con ánimos de beber. Experimentó un verdadero alivio cuando, a las cuatro, se dio cuenta de que no tenía cigarrillos y tenía un pretexto para salir a la calle.

Todo estaba silencioso. Algunas gotas de lluvia le cayeron en la cara cuando salió de la casa. Las copas de los árboles danzaban por el efecto del viento. Había ya casi llegado a la tienda, cuando oyó pronunciar su nombre, igual que lo sintiera la tarde anterior. La puerta que quedaba entre las dos vidrieras que ostentaban el nombre de «J. Atkinson, Empresa de Pompas Fúnebres», se abrió. Alguien se dirigía a él.

Quien lo llamaba era un individuo con aspecto de hombre de negocios, de mediana edad, bien vestido y de modales solemnes. Tenía el pelo oscuro partido al medio y escobillado en una especie de líneas hacia atrás, como el esqueleto de un pescado. Sus ademanes eran agradables.

—¿El señor Stevens? —preguntó—. No nos hemos encontrado antes y sólo le conozco de vista. Soy Jonah Atkinson, hijo. Mi padre está retirado. ¿Querría pasar un momento? Tengo algo para usted...

Aquellas discretas cortinas resultaban decepcionantes. Eran más altas de lo que parecían y dejaban en sombra la pequeña sala de espera, de gruesa alfombra, que parecía sumida en una somnolencia. Tenía un aire de paz, como quizás se había pretendido, y nada sugería su propósito, excepto una gran urna de mármol blanco, como aquellas dos que había en la cripta a ambos lados. Jonah Atkinson se dirigió a una mesa que quedaba a un lado de la habitación. Si su actitud acusaba curiosidad, también se veía que hacía todo lo posible por reprimirla.

Regresó y entregó a Stevens la fotografía de Marie D'Aubray, la mujer que había sido guillotizada por asesinatos en 1861.

—Me pidieron que le devolviese esto... —explicó—. ¡Santo cielo! ¿Le pasa algo? —preguntó alarmado.

¿Cómo expresar esa sensación de pesadilla? No sólo la causaba la fotografía. Stevens miraba la mesa de donde Atkinson sacó el retrato. Encima se veían unas inofensivas revistas, pero sobre una de ellas aparecía un pedazo de cuerda en la que resaltaban varios nudos.

—No, nada —repuso Stevens, sobreponiéndose—. ¿De dónde sacó esto?

—No sé si usted lo recuerda —contestó Atkinson sonriendo—, pero usted llegó a Crispén anoche, en el tren de las 7,35. Yo estaba en la sala de espera y miré casualmente por la ventana y le vi... Había un coche esperándole afuera. Apenas el

auto volvió la esquina, advertí que alguien llamaba y gritaba... Era uno de los empleados del tren. Parece que a usted se le cayó esta fotografía de entre unos papeles que había estado leyendo. El conductor la encontró cuando el tren iba a partir y se la entregó al empleado para que procurara alcanzarlo...

Stevens regresó con el pensamiento a las escenas del tren. Recordó que para examinar mejor el retrato, lo había desprendido de la grapa que lo sujetaba a la hoja. Luego, cuando apareció Welden, se apresuró a ocultarlo entre las páginas del manuscrito.

—El hombre vino hacia aquí después que usted se fue y me vio de pie en la puerta —siguió explicando Atkinson con una ligera irritación—. Me dijo que no podía abandonar su puesto y que si yo me podría encargar de entregarle esto cuando lo viera. Pensó que era muy divertido. Me mostró la fotografía, asegurándome que caía más adentro de las líneas de mis actividades que de las de él... En todo caso, aquí está. Pensé que podría necesitarla.

—No creo encontrar manera de asegurarle cuán contento estoy de recuperar esta fotografía... —confesó Stevens lentamente—. Ojalá todos los asuntos se resolvieran tan fácilmente. Perdona, quisiera preguntarle algo, pero me temo que usted me crea loco... Es muy importante...

Señaló la mesa.

—¿Cómo llegó aquí ese pedazo de cuerda con nudos?

—¡Es un trabajo de mi padre! Tiene esa costumbre. Deja trozos iguales por todas partes. Se está poniendo un poco... bueno, ya sabe. Pero siempre se ha entretenido así. Coge un pedazo de cuerda y le hace nudos, igual que si una persona fumara, se retorciera los botones o jugara con el llavero para ocupar las manos. Le llamaban «El Anciano de la Esquina». ¿Le gustan las historias policíacas? ¿Recuerda aquellos cuentos de la Baronesa Orcy, en que un anciano se sienta en su rincón del «inofensivo salón de té» haciendo nudos? Siempre los ha hecho, aunque antes no era tan descuidado... No los dejaba en cualquier sitio. ¿Por qué me lo pregunta?

Los últimos minutos no fueron sino un despertar de recuerdos para Stevens. Evocó algo que dijo Partington a propósito de Jonah Atkinson, padre. No tomó en cuenta aquellas palabras porque creyó que estaba ebrio. Eran algo así.

«El viejo Jonah era un gran amigo del padre de Mark, quien solía decirle, como una broma entre los dos, si siempre seguía en su “inofensivo salón de té” o en su “rincón”... Había añadido: “No entiendo lo que le quería decir con eso...” Y también se acordó de varias historias fantásticas y detectivescas que le había inspirado aquel lugar»

—Quiero pedirle un favor, en cambio... —oyó que Atkinson le decía—. ¿Por qué me ha preguntado eso? Puede ser importante para mí. ¿Ha habido algún...? —Se detuvo y continuó—: Sé que es usted un gran amigo de los Despard. Nosotros actuamos en el funeral del señor Miles Despard... ¿Acaso ha habido algún...?

—¿Contratiempo? No. —Stevens pensaba si era conveniente decir lo que sabía

—. Pero... ¿sería posible que uno de esos pedazos de cuerda...? Bueno... ¿Podría haber ido dentro del ataúd de Miles Despard? —se atrevió a inquirir.

—Supongo que sí. Mi padre está aún oficialmente a cargo del negocio. Pero... ¿sería imperdonable! Espero...

Sin embargo, ¿se podría creer que Atkinson, el viejo, iba, por conveniencia, a hacer siempre precisamente nueve nudos? ¿Y cómo se podía explicar que una cuerda con esos mismos nueve nudos se iba a encontrar debajo de la almohada de Miles Despard la noche en que murió, antes de que se requirieran los servicios de J. Atkinson?

Para Stevens, que asentía distraídamente a todo lo que Atkinson, hijo, decía, aquello arrojaba muy poca luz sobre sus dudas.

Por un lado, las cosas se aclaraban, y por otro, se obscurecían. Al explicarse lo de la foto, podía haberse despejado todo. Ahora, al menos, podía cerciorarse de que se había puesto efectivamente el cadáver dentro del féretro y que se había bajado a la cripta. Le contó al encargado de la funeraria algunos detalles que juzgó conveniente revelar, y luego le hizo varias preguntas. Atkinson fue enfático en las respuestas.

—Sabía que algo raro había pasado. He oído comentarios por todas partes. Por cierto, esto quedará entre nosotros. Pero puedo explicarle con precisión lo que usted desea saber. No hay duda ninguna de que el señor Despard fue colocado en el ataúd. Yo mismo ayudé a ponerlo en él. Los mozos lo llevaron luego. Mi ayudante puede confirmárselo. Y de ahí se lo llevaron directamente a la cripta.

La puerta se abrió lentamente y entró un individuo.

En la calle, la luz se hacía gris. Por las vidrieras corrían hilos de lluvia. El recién llegado era un individuo de baja estatura que se estremecía de frío a pesar de que usaba un gran abrigo de piel. Algo del *dandismo* de este abrigo o del sombrero de suave fieltro de color café, inclinado sobre la frente, recordaba desagradablemente a Miles Despard. Pero los cadáveres no tienen grandes coches, como el Mercedes detenido afuera con un chófer tras el volante. Bastó que el desconocido avanzara dos pasos para que se viera que no era Miles.

Tampoco existía *dandismo* en el abrigo, que delataba una antigüedad de unos treinta años. El hombre tendría más de setenta; su rostro acusaba una notable fealdad; su aire era casi siniestro, a pesar de la nariz, que parecía un pico de ave. Sin embargo, no carecía de atractivo. Stevens tuvo la impresión de que aquel rostro le era familiar y que lo había visto muchas veces, aunque no podía recordar en qué lugar. Los brillantes ojos escrutaron la habitación, mientras la voz decía:

—Perdone la intrusión. ¿Podría hablar una palabra con usted, señor Stevens? He hecho un viaje muy largo para verle. Mi nombre es Gaudan Cross.

—PIENSA usted que mi cara es bastante más vieja y menos atractiva de lo que refleja el retrato que insisto en publicar en mis libros. Evidentemente. Si no fuera así, no me exhibiría. Si me mira atentamente, sin embargo, verá que hay cierto parecido con el que yo era hace treinta años. Ese retrato fue tomado antes de que me metieran preso.

Levantó su mano enguantada.

—Piensa usted también que mis derechos de autor, aunque discretos, no son suficientes para pagar ese coche que hay afuera. Tiene usted razón. Cuando me encarcelaron tenía una aceptable suma de dinero: un moderado interés durante el tiempo en que me fue imposible gastar nada aumentó aquella suma hasta casi una fortuna, que contribuí a acrecentar con el trabajo literario realizado mientras estaba en la prisión. Esa es la diferencia entre los financieros y los escritores. Los primeros hacen dinero y luego los meten en presidio; los escritores van a la cárcel, y en seguida hacen dinero. Espero que usted nos excuse, señor Atkinson. Le ruego venga conmigo, señor Stevens.

Mantuvo la puerta abierta, mientras Ted, sumamente desconcertado, lo seguía. El chófer abrió la portezuela del coche.

—¿Adónde vamos?

—No tengo la menor idea. Llévenos hacia cualquier parte, Henry.

El coche se deslizó suavemente. Su interior, tapizado de gris, era tibio. Cross se instaló en una esquina, observando atentamente a su huésped. Su rostro mostraba brutalidad y cinismo al mismo tiempo, aunque moderados por algo que Stevens no podía descifrar. Tendió gravemente la petaca, y Ted, cuyos nervios necesitaban con urgencia un calmante, aceptó un cigarrillo.

—Bueno —dijo Cross.

—¿Bueno qué?

—¿Sigue aún encendido de celos? —inquirió el escritor—. Me refiero al hecho de que su mujer, a quien yo no había visto antes en mi vida, viajó durante innumerables kilómetros anoche para despertarme a una maldita hora y someterme a un interrogatorio. Durmió en mi casa. Pero puede usted advertir que no hay peligro en ello. Fuera de que yo vivo con la señora Murgenroy, mi ama de llaves, tengo edad suficiente para que sirva de garantía... Espero, señor, que haya adivinado por qué su mujer me visitó. Usted habría hecho lo mismo si tuviera un poco de inteligencia, cosa que me inclino a dudar.

—Descartando a Ogden Despard, es usted la persona con más frescura que jamás haya conocido. Y ya que me pide franqueza, le confesaré que no se me ocurría considerarlo como a un rival peligroso.

—Eso está mejor —rió, cloqueando. Cross—. Pero ¿y por qué no? Usted tiene

salud, sí; juventud, claro; pero yo tengo inteligencia. ¿El jefe de su editorial no le ha dicho nada sobre mí?

—No; apenas me preguntó si le conocía. ¿Dónde está Marie ahora?

—En su casa. No, espere. —Estiró el brazo hacia la puerta del auto—. No baje; hay mucho tiempo todavía. Joven, tengo setenta y cinco años; he estudiado más casos criminales de los que habría podido examinar un hombre de ciento setenta y cinco. Eso se debe principalmente a que tuve una oportunidad de primera mano: pasé veinte años en presidio. Como un favor a su esposa, estoy aquí para aconsejarle a usted.

—Gracias —repuso Stevens en tono grave—. No debía haberle hablado en la forma en que lo hice hace un instante. Pero en ese caso... —Sacó la fotografía de Marie D'Aubray de su bolsillo—. ¿Quiere decirme, por los santos Cielos, qué significa esto? ¿Y por qué mi mujer fue a verle a usted? ¿Y cuál es el origen de su nombre, su ascendencia, si realmente se llama Gaudan Cross?

De nuevo una risa seca estremeció a Cross antes de que recuperara su gravedad.

—¿Conque usted ha intentado sacar conclusiones? Su mujer temía eso precisamente. Sí, mi nombre es Gaudan Cross, en el sentido de que tengo derecho a usarlo. Lo adopté cuando tenía veintiún años. Me llamo realmente Alfred Mossbaum. ¿Me comprende? Soy judío. Igual que los grandes hombres de mi raza, me siento orgulloso de serlo. Si no fuera por nosotros, vivirían ustedes sin fundamentos espirituales, y creo que su mundo se iría al infierno. Pero también soy ególatra. El nombre no era eufónico. ¿De acuerdo? Es mejor que le cuente mi historia. Desde que era muchacho, el crimen fue mi diversión. Por cierto que estaba en Inglaterra cuando Cream fue capturado y juzgado. Y claro que estaba en Francia cuando Pranzini pasó por las mismas circunstancias. Conozco el caso de Borden mejor que nadie. Cuando iba a cumplir cuarenta años, y con objeto de demostrar que cometer un crimen era cosa sencilla, realicé uno. Usted se dirá inmediatamente: y como una manera de probar cuán sencillo es escapar al castigo del crimen, se pasó veinte años en prisión. Es verdad, pero fui sorprendido en la única forma en que podían cogerme: me delaté yo mismo. Borracho, comencé a fanfarronear.

Lanzó una nube de humo, y sus brillantes ojos de mico miraron a todos lados.

—Pero ¡qué oportunidad! —continuó—. En la prisión me convertí en el brazo derecho del carcelero. ¿Sabe usted lo que eso significa? Que tenía acceso directo a los expedientes de cada caso criminal. Conocí a algunos de los hombres mejor que los jueces que los juzgaban o que los jurados que los habían condenado. No solicité cambio o abreviación de la sentencia. ¿Dónde podía vivir mejor? Lo hacía a expensas de los demás, mientras se acumulaba mi dinero. Cuando salí era un hombre rico.

—Esa es una manera muy peculiar de ver el asunto —dijo Stevens.

—Pero había un inconveniente. El haber estado en prisión fue un escollo, especialmente cuando empecé a escribir. Había cumplido mi sentencia bajo el nombre de Gaudan Cross. No quise volver a ser de nuevo Alfred Mossbaum cuando se hizo necesario esconder la cabeza. Pero el nombre se recordaba fácilmente. No

deseaba que mucha gente relacionara a Gaudan Cross, la nueva y brillante figura literaria, con el mismo individuo que había ido a prisión por asesinato en el año 1895. Por eso se insiste en que mi edad son cuarenta años, y una fotografía de aquellos tiempos, que no se parece a lo que soy ahora, se incluye en cada volumen.

—¿Y fue realmente un asesinato?

—Por supuesto —contestó Cross con una sencillez en la maldad que desconcertó a su interlocutor—. Deseo que usted comprenda la razón de que escriba con autoridad —siguió explicando—. Me ha preguntado por qué me visitó su mujer, y se lo diré. Porque apenas echó una ojeada al primer capítulo de mi nuevo libro, advirtió que no existe un solo párrafo que no esté documentado. Conozco los hechos, y ella no...

—¿Los hechos sobre qué?

—Sobre Marie D'Aubray en 1676. Sobre Marie D'Aubray en 1861. Sé la ascendencia de su mujer, o, mejor dicho, la que ella cree que es su ascendencia.

—Parece usted conocer gran parte de lo que estoy pensando —confesó lentamente Stevens—. En este momento cavilo no sólo sobre el presente, sino también sobre el pasado, y un pasado muy lejano; sobre los muertos y los *no muertos*. ¿Hay alguna verdad sobre esto?

—Nada, absolutamente. Siento decirlo... —respondió bruscamente Cross—. Al menos, en el caso de ella...

Stevens pensaba algo así: «Estoy sentado en un cómodo coche, fumando un excelente cigarro, junto a un asesino confeso de quien desconfío y en quien confío a la vez. Sin embargo, la sola presencia de este vejete me ha descargado como un peso de la mente, haciéndome mirar las cosas con una buena perspectiva, y sus explicaciones son mejores que las de ese enterrador.» Miró por la ventanilla cómo la lluvia se hacía más densa.

—Ha estado tres años casado, según tengo entendido —añadió el escritor pestañeando—. ¿Y conoce a su mujer? En absoluto. ¿Por qué? Todas las mujeres parlotean. Si usted les habla de un tío de usted, ellas le sacan a relucir inmediatamente un tío de ellas. Si a una se le cuenta que una respetable tía abuela lanzó una vez un tomate a un gato e hirió a un policía, ella responderá con una anécdota de familia muy singular. ¿Por qué no ha escuchado usted ningún cuento de la parentela? Porque su mujer tiene alguna reserva interior. ¿Por qué ella condena ciertas prácticas como morbosas? Porque ella misma las teme. ¡Bah, yo obtuve su historia completa en diez minutos! Y estaba en situación de rechazar o aceptar lo que me confiaba...

Después de otra bocanada de humo, el escritor continuó:

—Escúcheme. En un sitio llamado Guibourg, un horrendo hoyo en el noroeste del Canadá, existe realmente una familia D'Aubray, que desciende remotamente de aquella a que pertenecía la marquesa de Brinvilliers. También a esa familia pertenece esa Marie D'Aubray cuyo retrato tiene usted ahí. Sé todo esto porque, cuando preparaba mi nuevo libro, sufrí el martirio de pasar dos semanas en Guibourg,

rastreando los antecedentes de familia. Quería saber si realmente existen algunos ejemplares más de esos *no muertos* de la leyenda. Pero no oigo cuentos: examino partidas de bautismo y archivos de parroquia. Su estimada esposa no está ni siquiera relacionada con la familia, aunque cree pertenecer a ella. Fue adoptada a la edad de tres años por la señorita Adrienne D'Aubray, la única rama que queda de ese árbol podrido. Su nombre es tan D'Aubray como yo soy Cross. Su madre era una canadiense francesa y su padre un labrador escocés.

—No sé si nos encontramos ahora en el dominio gobernado por las leyes de la hechicería o por las del sano juicio —murmuró Stevens—. Pero mire esa fotografía. Hay un parecido notable aun a...

—¿Por qué cree usted entonces que la adoptaron? Fue justamente por ese parecido. No hay otra razón. Se debe a que la señorita Adrienne D'Aubray es también una vieja bruja, hablando figuradamente. Si yo viviese un año entero en Guibourg, terminaría creyendo que lo es de verdad. Escuche: en ese lugar, el cielo es oscuro y nieva durante una buena parte del año. ¿Y sabe siquiera de dónde proviene el nombre del lugar? En el siglo XVII, la Misa Negra era conocida como La Messe de Guibourg, debido a que el abate Guibourg la oficiaba. La familia vive en una larga casa baja que está junto a un cerro plantado de higueras. Tienen buena situación, pero no salen mucho porque no tienen adónde ir. La señorita Adrienne D'Aubray adoptó a la niña del labriego escocés con el objeto de criarla en la creencia de que tenía sangre de *no muerto* y que algún día ese *no muerto* se metería en su piel. Le mostró retratos. Le señaló objetos aparecidos entre las higueras. Cuando la castigaban, lo hacían como a sus antepasados, con un embudo y agua. La quemaban para mostrarle cómo sería... ¿Necesito seguir?

—No —repuso Stevens, escondiendo la cara tras las manos.

Cross había adquirido una extraordinaria animación, como si admirase todo aquello como una obra de arte. Luego se retrepó en el asiento, saboreando su cigarro con deleite. El habano era demasiado grande para él, y destruía cualquier efecto mefistofélico.

—Esa es, pues, joven, la muchacha con quien usted ha vivido —añadió con mayor suavidad—. Mantuvo bien el secreto la niña. La dificultad estaba en que... El matrimonio con usted casi logró arrancar el pasado de su mente. Luego, a través de su contacto con la familia Despard, parece que unos cuantos incidentes volvieron a evocárselo... La esposa del señor Mark Despard comenzó un domingo después del almuerzo, una conversación sobre venenos en presencia de una enfermera que cuidaba al tío enfermo...

—Lo sé.

—¡Ah! ¿Lo sabía? Pues bien, su esposa rechazó los fantasmas durante mucho tiempo, guardándolos en una caja y cerrándolos con la tapa... Y de repente se escaparon. Según su propia y difícil descripción, «se sintió rara». «La maldición ha caído sobre mí», gritó lady de Shalott —murmuró Cross, disgustado—. ¡Santo Dios!

Fue lo suficientemente necia como para salir corriendo de la habitación detrás de la enfermera para preguntarle algo respecto a un veneno. Me contó que no lograba imaginar por qué lo había hecho. Un psiquiatra podría decírselo. Sin embargo, no hay nada de anormal en ella. Es una mujer saludable y sana. Si no lo hubiera sido, las enseñanzas de tía Adrienne habrían producido una especialista en hechicería. Sin embargo, parece que no pasaron tres semanas de esta conversación sobre venenos, cuando el viejo tío de la familia murió. Encima de eso, cayó en sus manos aquel manuscrito y le lanzó siniestras sugerencias. Y «peor aún», el tal Mark Despard apareció con un desacreditado médico y le informó, mientras ella escuchaba detrás de la puerta: primero, que tenía la prueba positiva de que su tío había sido asesinado; segundo, que se había visto en la pieza una mujer vestida con el traje de la marquesa de Brinvilliers. No conocía bien lo sucedido, pero presentía circunstancias extranormales. Si no comprende el estado de ánimo de su mujer en esta situación, es usted más torpe de lo que yo imaginaba. Sintió ella que necesitaba conocer bien a su ascendencia...

Stevens seguía con la cabeza entre las manos, contemplando la alfombra gris del auto.

—Dígale al chófer que regrese, ¿quiere? —pidió Ted, luego de una pausa—. Quiero volver adonde está mi mujer... Con la ayuda de Dios, procuraré que nunca, mientras viva, se acuerde de los fantasmas...

—Este es un estudio de extraordinario interés... —observó el escritor, después de dar la orden—. El papel de tranquilizar las aguas es nuevo para mí y me parece bastante ingrato, por lo demás. Sin embargo, yo, un completo extraño, he actuado como delegado para contarle estas cosas antes de que se enfrente con su mujer, porque a ella parece no gustarle la tarea. Tengo la impresión de que, por alguna razón que me resulta inexplicable, ella lo ama... ¿Hay algo más que quiera preguntar?

—Sí... ¿Le dijo algo... respecto a unas tabletas de morfina?

—Sí. Me olvidaba —masculló Cross con tono irritado—. Ella robó la morfina. ¿Y sabe por qué? No, no me conteste, porque usted lo ignora. Pero recuerde... Usted y ella estuvieron en la famosa, aunque odiosa para mí, casa de los Despard una cierta noche. ¿Recuerda la fecha?

—Sin ninguna dificultad. Fue el sábado 8 de abril...

—¿Y se acuerda de lo que hacían en Despard Park?

—Fuimos a jugar al *bridge*... —se detuvo—. Pero... se dedicó la noche a contar historias de fantasmas...

—Es verdad. Y algunas eran poco gratas, me parece, para una mujer que, medio trastornada de miedo callaba. Sólo deseaba una cosa: dormir. Quería impedir la posibilidad de permanecer un minuto despierta después de irse a la cama. Necesitaba desechar sus propios pensamientos y que usted ya la encontrara dormida. No me sorprende que *usted* no lo advirtiera, pero sí me asombra que ninguno de los Despard se diera cuenta. La influencia de esa familia ha sido dañosa para ustedes dos. Ejercen

gran atracción sobre las hechicerías...

Se escuchó el estrépito de un trueno. La lluvia comenzó a golpear más fuertemente en los cristales. Stevens sintió que su mente se limpiaba de todo... excepto de un problema.

—Atracción sobre las hechicerías —repitió—. Eso es absolutamente auténtico. Veo lo ocurrido bajo otro foco, en cierto modo. Pero aún queda la circunstancia inamovible de la imposibilidad. El cuerpo de un hombre ha desaparecido de la cripta...

—¿Ah, sí? —preguntó Cross, saltando como un mico en un palo—. A eso iba. Le dije que venía a aconsejarlo, como un favor a su esposa, e insisto en saber qué ha sucedido. Todavía tenemos unos diez minutos antes de llegar a su casa. Cuénteme todo...

—No sé hasta qué punto estoy autorizado para revelar el asunto. Por cierto que la policía está allí ahora, así es que tendrá que salir a luz, de todas maneras. El capitán Brennan...

—¿Brennan? —preguntó Cross con aire alerta—. ¿Será el Zorro Frank? ¿Un individuo que está siempre contando anécdotas de su padre?

—Exactamente. ¿Le conoce?

—Conocí a un Frank Brennan desde que era sargento. Tiene una habilidad especial para el póker, pero es muy limitado. En todo caso, me escuchará. Vamos a la historia...

Mientras escuchaba, y quizás por una ilusión óptica, la cara de Cross parecía rejuvenecer y envejecer alternativamente, según algo le agradase o le disgustase. Sólo interrumpió una vez para ordenar al chófer que fuese más despacio.

—¿Y cree usted en todo esto? —preguntó.

—No sé en lo que creo ni en qué creer... Cuando surgió el tema de la brujería.

—La brujería hay que dejarla a un lado —decretó Cross en tono terminante—. Confío en que no insultará usted la nobleza de las artes negras comparándolas con este monumento de la charlatanería. ¡Esto es un asesinato, hombre! Un *crimen* bien planeado y quizás con una bella concepción estética como fondo. Pero el autor posee una mente poco firme. La mejor parte ha ocurrido por puro accidente.

—¿Va a decirme que tiene una idea de cómo se produjo y quién lo realizó?

—Por cierto que la tengo —repuso Cross.

Otro enorme trueno estalló muy bajo, seguido casi inmediatamente por un relámpago, mientras la lluvia oscurecía más la atmósfera.

—En ese caso, ¿quién es el asesino?

—Un miembro de la casa, naturalmente...

—He de advertirle que todos tienen férreas coartadas. Excepto, por cierto, los Henderson...

—Creo poder asegurarle que los Henderson no tienen nada que ver con el crimen. Además, hubo alguien más íntimamente preocupado por la muerte de Miles Despard

de lo que habrían podido estarlo los ancianos criados. Respecto a las coartadas, no se deje impresionar. Cuando asesinó a Royce, quien, tengo que agregar, se merecía bien la muerte, tenía una coartada perfecta. Veinte personas, incluyendo el camarero, estuvieron dispuestos a declarar que yo estaba cenando en el Delmónico. Fue una treta ingeniosa y divertida que le explicaré con gusto cuando haya más tiempo. Lo mismo pasó con el robo que me proporcionó mis originales medios de vida. En este caso, no hay casi un rasgo original. Hasta los medios por los cuales se hizo desaparecer el cuerpo de la cripta, aunque ejecutados por Bastion. Este amigo terminó su sentencia en el año 1906. Desgraciadamente, cuando regresó a Inglaterra, se vieron obligados a colgarlo, pero entretanto realizó algunas faenas recomendables desde el punto de vista artístico... Pero creo que vamos llegando...

Stevens había saltado a la acera casi antes de que el auto se detuviera. No había luces en la casa, pero junto a la puerta se veía una figura familiar bajo el paraguas. Era el capitán Brennan.

—¡Frank! —gritó Cross—. ¡Venga; suba a mi coche!

—¿Conque es usted? Lo siento, señor Cross. No puedo demorarme ahora. Tengo unos asuntos que resolver aquí...

—Escuche, zorro bandido... He sabido más en torno al crimen en quince minutos que lo que usted pudo averiguar en un día entero. Yo arreglaré las cosas y haré saltar la liebre. Suba al coche. Tengo algo que decirle...

Brennan fue casi obligado a obedecer. Con la lluvia pegándole en el rostro, Stevens les vio alejarse. Sentía como una sensación de mareo y la garganta oprimida. Marie le esperaba.

SE quedaron junto a la ventana posterior de la sala de estar, mirando el jardín. Stevens rodeaba con el brazo la cintura de su mujer y ambos sentían una sensación de paz. La lluvia casi había cesado. Aunque aún no había llegado el crepúsculo, la niebla oscurecía el ambiente. A través de ella alcanzaban a distinguir la hierba mojada, la silueta de un olmo, los arriates de flores que habían perdido su color y forma. Se habían contado separadamente sus respectivas historias.

—No comprendo por qué no podía decírtelo —murmuró Marie, poniendo la mano sobre el hombro de su marido—. A veces me parecía ridículo, y otras demasiado horrendo. Y luego... Tú te tomabas las cosas con tanta naturalidad. Yo estaba acostumbrada a complicaciones como las de tía Adrienne. Me separé de ella apenas cumplida la mayoría de edad.

—Todo ha terminado, Marie. ¿A qué hablar de eso ahora?

—¡Pero hay que hablar! —insistió la joven, levantando un poco la cara, pero con el rostro sonriente—. Por callar se produjeron todas las dificultades. Siempre he tratado de descubrir la verdad. ¿No recuerdas aquel primer día en que nos encontramos en París?

—Sí, en la calle Neuve Saint-Paul, número 16...

—La casa de... —Se detuvo, para añadir—: Fui allá, me senté en el patio, preguntándome si experimentaba alguna sensación. Ahora me parece tan absurdo comentándolo contigo, que pienso que tía Adrienne debió tener terribles poderes. Tú nunca viste mi casa, Ted... Había una colina al fondo...

Echó la cabeza hacia atrás de forma que su marido podía ver toda la línea de su garganta, que se estremecía pero no de miedo.

—Ahora estoy curada de todo eso —continuó con voz sonriente—. Si alguna vez me asaltan de nuevo los demonios o vuelvo a tener una pesadilla, quiero que hagas siempre lo mismo. Debes murmurar: «Maggie Mac Tavish», y volveré a sentirme bien.

—¿Por qué ese nombre?

—Porque me llamo realmente así. Es un nombre encantador, mágico... No puedes convertirlo en algo diferente aunque te empeñes. Pero quisiera que los Despard no fueran tan... tan... no sé cómo decírtelo. Esa casa es tan parecida a la otra en que yo viví, tanto que me revivió todo lo que creía haber ahuyentado para siempre. Me perseguía o era yo la que perseguía. Y escucha, Ted: yo realmente *pregunté* por el arsénico ¡Esa fue la parte horrible! No sé por qué...

—Maggie Mac Tavish... —murmuró su marido.

—¡Excelente! Pero creo que el punto culminante fue el sábado por la noche, cuando estaban contando historias de fantasmas y Mark relató aquella de... Creí que empezaría a gritar en cualquier momento. Pensé que necesitaba olvidar o me volvería

loca. Y robé las tabletas... aunque devolví el frasco al día siguiente... Ted... ¿qué pudiste pensar? Las evidencias se iban amontonando sobre mí. ¡Han quemado gente en la hoguera por menos que eso!

Stevens la hizo volver la cabeza hacia él y tocó uno de los párpados de su mujer.

—Como un asunto de interés teórico, dime: ¿no decidiste que nos durmiéramos los dos con la medicina, tú y yo, aquella noche del miércoles? Es una de las cosas que me repiquetean en la mente. Recuerdo haberme sentido cansado como un perro...

—No, sinceramente, te lo aseguro. Es la verdad, Ted. Y, en todo caso, no podría haberlo hecho. Saqué sólo una tableta del frasco y la partí por la mitad cuando...

—¡Una tableta! Pero se dice que faltan tres.

—Entonces alguien cogió las otras —repuso Marie sorprendida—. Yo le tenía miedo a esa medicina, en realidad. No sabía si podría matarme. Dime, Ted, ¿quién ha causado todo este lío? Alguien mató al pobre Miles. Sé que yo no fui, ni siquiera en sueños, porque no pude dormirme hasta las once y media de aquella noche. No estaba adormilada siquiera por la medicina. Recuerdo que me quedé a tu lado... No sabes cuánto me alivia acordarme bien de eso. Pero se me ocurre que alguien de casa de los Despard sabía lo que me preocupaba. Dijiste que Edith...

Se interrumpió, como esforzándose por desechar tal idea.

—Pero aunque te diga todo lo contenta que me encuentro de sentirme libre de ese peso, es nada en comparación de lo que experimentaré cuando sepa que hay una explicación natural para lo sucedido. Me refiero a... al crimen. ¿No podría haberla? Dices que el señor Cross... Y a propósito, ¿cómo lo encontraste?

—Bueno; es un viejo bandido, desde luego, a juzgar por su propia historia, pues asegura haber sido un asesino y un ladrón... ¡y no sé qué más! Temo que todo sea fantasía. Pero si yo tengo o sé algo que él desea me cortará la garganta para obtenerlo... Parece carecer totalmente del sentido de la moral. Si realmente existiera algún espíritu del siglo XVII encarnado en forma humana, tomaría la forma de Cross.

—¡No digas eso!

—Espera, Maggie; iba a añadirte que, a pesar de todo, el hombre es enormemente simpático. Parece haber adquirido una gran afición por ti y es bastante astuto... Te aseguro que si se las arregla para resolver el misterio, le subiré sus derechos de autor a un veinticinco por ciento en los primeros tres mil ejemplares...

Marie se estremeció. Inclinandose, comenzó a abrir la ventana para que ambos pudieran aspirar el aire fresco.

—Está nublado todavía —observó la joven—. Me pareció oler humo. Cuando todo esto termine, ¿no te sería posible conseguir unas vacaciones para que hiciéramos un viaje? O quizás yo podría traer con nosotros a tía Adrienne para ver qué aspecto tiene lejos de su escondrijo de Guibourg y demostrar que no es, después de todo, sino una mujer fea. ¿Sabes? Puedo, en realidad, recitar todo el rito de la Misa Negra. La vi celebrar. Es un disparate. Ya te hablaré del asunto. Y eso me recuerda. Espera un minuto...

Corrió hacia el vestíbulo. Stevens la oyó subir a la planta alta. Cuando regresó, traía en la mano, como si le quemara, el brazalete de oro con la cabeza de gato. Aun en la penumbra del cuarto, Ted pudo ver que su mujer tenía el rostro enrojecido y el pecho agitado.

—Esto es lo único *de ella* que tengo —dijo.

Al levantar la cabeza, Stevens pudo observar el punto negro que se marcaba en la pupila celeste.

—Lo conservaba porque me parecía bonito y porque decían que daba buena suerte. Pero ahora que conozco la fotografía de la dama del ochocientos sesenta, quiero hacerlo fundir o...

Miró a la ventana.

—Eso es, Marie. Tíralo lejos.

—Vale un montón de dinero, sin embargo —repuso la joven con aire de duda.

—¡Ríete de eso! Te compraré otro mejor. Dámelo.

Toda la ira de Stevens pareció concentrarse simbólicamente en el brazalete. Con un amplio movimiento del brazo, como si se tratara de una pelota de béisbol, lanzó la pulsera por la ventana. En una curva, pasó por encima de la copa del olmo y se perdió en la niebla. Al mismo tiempo, en algún sitio en medio de la bruma, se sintió el estridente aullido de un gato.

—Ted... ¿Oíste?

—Oí... —repuso el marido amoscado—. Es un brazalete hartito pesado, y si le ha dado al gato en las costillas, debe haberle hecho saltar.

—Escucha. Alguien viene —anunció Marie, después de una pausa.

Oyeron primero las pisadas sobre la hierba húmeda y luego en los guijarros de la senda. Una figura que se acercaba presurosamente se distinguió en la penumbra.

—¿Acaso crees que hemos evocado a los espíritus en la vasta profundidad? —preguntó Ted—. Es sólo Lucy Despard...

—¿Lucy? —preguntó Marie con tono extraño—. ¿Y por qué viene hacia acá?

Ambos se dirigieron a abrir la puerta antes de que Lucy llamara. La recién llegada se sacó un sombrero empapado. Se había puesto el abrigo con tanta precipitación, que el vestido, por debajo, aparecía desarreglado. Tenía los párpados enrojecidos, aunque ya no lloraba. Se sentó.

—Perdóneme, pero tengo que molestarlos con mi presencia por un rato.

Miró a Marie como observándola con sorpresa, pero nuevas preocupaciones le ahuyentaron el primer pensamiento que le inspiró la presencia de su amiga. Explicó con voz ronca:

—No podía soportar aquel sitio por más tiempo. Me tomaría un trago, si tienen algo que darme... Han sucedido cosas horribles, Ted. Mark huyó...

—¿Huyó? ¿Por qué?

—Porque lo eché, en cierta forma; y por otras cosas —repuso Lucy—. Se encontraba perfectamente a la hora del almuerzo. Queríamos que aquel policía tan

simpático, el Zorro Frank, usted lo conoce, almorzara con nosotros. No quiso e insistió en ir a comer a un restaurante. Hasta entonces, Mark había estado muy tranquilo. No dijo nada ni mostró la menor impaciencia, pero eso me mostraba que ocurría algo anormal. Todos nos dirigimos al comedor y, justo cuando íbamos a sentarnos a la mesa, Mark se acercó a Ogden y le golpeó en la cara... Le pegó hasta que... Luego, mi marido salió de la habitación sin decir una palabra, se dirigió a la biblioteca y se fumó un cigarrillo...

Aspiró profundamente el aire y miró a los dueños de la casa. Marie, sorprendida, dirigía los ojos tanto a su marido como a su amiga. Finalmente, dijo a esta última:

—No me gustaría haber estado en tu lugar, pero, en realidad, Lucy, no veo motivo para tanto barullo. Al menos, si quieres que te diga la verdad, no comprendo cómo nadie no le había pegado antes a Ogden. Hace tiempo que yo estaba buscando...

—Exactamente... —corroboró Stevens—. ¿Fue por haber escrito aquella carta y mandado los telegramas, supongo? Hizo bien Mark...

—Sí. Ogden confesó ser el autor de los mensajes. Pero eso no fue todo. La persona que se oponga en contra de Ogden es... Un loco... —añadió Lucy con voz desmayada.

—No estoy muy de acuerdo con eso —le discutió Marie—. Me siento dispuesta a enfrentarme con él... Una vez trató de pelearse conmigo de una manera más o menos sutil, y se desconcertó mucho porque no me sentí en absoluto impresionada...

—Espera un minuto —la interrumpió Lucy—. Eso no es todo. Edith y yo le lavamos la cara y tratamos de animarlo. Tan pronto como pudo ponerse de pie, Ogden nos reunió y dijo que tenía algo que comunicarnos. Eligió la pieza vecina a Mark para que su hermano pudiera oírlo... No sé si ustedes sabrán algo del caso de Tom Partington. Era novio de Edith, pero se le descubrió que había practicado un aborto y escapó de la justicia huyendo del país. Mi cuñada creyó siempre que la muchacha a quien operó Partington era su amante. En realidad, tengo la impresión de que a Edith no le importó nunca mucho Partington... Es una gran mujer, pero fría como el hielo. Bueno, rompió su compromiso por culpa de aquella muchacha... Jeanette White. Pero hoy nos contó Ogden la verdad. La joven no era la amante de Tom Partington... sino de Mark.

Después de una pausa, Lucy siguió el relato con su misma voz inexpresiva:

—Tom era el mejor amigo de Mark y, sin embargo mi marido nunca le contó la verdad a Edith, ni se lo confesó jamás a nadie. Dejó que ella pensara lo que quisiera. Tom Partington no se enteró jamás de quién había sido el culpable, porque la muchacha no se lo nombró, y Mark calló a pesar de saber cuánto quería Tom a Edith. Verán, Mark estaba comprometido conmigo en aquel tiempo y tuvo miedo de hablar.

Stevens se paseaba de un lado a otro. Pensó: «Hay muchos asuntos demasiado enredados e incomprensibles en este mundo. Si Mark Despard se portó de tal manera, su canallada fue mayor a cualquier otra que haya conocido Ogden. Y, sin embargo, esto no rebaja al hermano mayor en mi opinión. Para mí Mark será siempre un ser

agradable; en cambio, no soporto a Ogden.» Le sorprendió que Marie pensase de la misma forma.

—¿Conque Ogden hizo el bonito papel de denunciante? —preguntó la joven con desprecio.

—No es eso lo que importa... —intervino Stevens—. ¿Cómo tomó Partington el asunto? ¿Estaba allí?

—No muy mal —repuso Lucy con ojos brillantes—. Parece que no le molestó grandemente. Se encogió de hombros... y habló con bastante buen sentido. Declaró que diez años constituían un espacio demasiado largo como para preocuparse de si convenía reanudar un viejo idilio. Añadió que actualmente estaba más enamorado del alcohol de lo que podría estarlo de ninguna mujer. No; no fue precisamente Tom quien armó el lío... Fui yo. Dije unas cuantas cosas bastante desagradables. Además, declaré a Mark que no quería volverlo a ver, y con aire solemne él tomó al pie de la letra mis palabras...

—Pero ¿por qué? —preguntó Marie con sorpresa—. Quiero decir por qué tuviste que decir esas palabras. Después de todo, no será porque hizo... aquello a esa muchacha hace diez años. Tampoco puede deberse a la deslealtad que tuvo hacia el señor Partington. Es claro que fue horrible, pero, después de todo, lo que *a mí* me importaría...

Stevens había preparado la bebida para Lucy, quien tomó el vaso con ansiedad. Vaciló un poco y lo dejó antes de decir:

—Temo... Que haya vuelto a ver a la muchacha.

—¿A la misma Jeanette White?

—Sí.

—¿Y es Ogden, como siempre, la fuente de información? —preguntó ásperamente Ted—. Creo que el muchacho ése está desequilibrado. Ha tenido que ocultar durante tanto tiempo su maldad bajo una apariencia de persona decente y agradable, que ahora, frente al dinero que recibirá de su tío, ha perdido la cabeza...

—¿Recuerda, Ted, aquella llamada misteriosa que casi me hizo abandonar el baile de máscaras? —preguntó Lucy—. Fue realmente un exceso de buena suerte que no hiciera caso y tenga una coartada que ofrecer ahora... Aquella llamada telefónica...

—Me imagino que sería obra de Ogden, nuevamente...

—Sí. Creo que fue de mi cuñado. Por eso poco faltó para obedecerle. Cualquier cosa que hace Ogden resulta en realidad *exacta*. Me informaba de que Mark estaba ligado de nuevo con su «viejo amor», Jeanette White. No podía yo recordar el nombre de la muchacha mezclada con el escándalo de Partington y no uní jamás la persona con el nombre. Pero era una mujer. Y parece que ya no le intereso a Mark.

Pronunció esas palabras con dificultad. Luego de vaciar su vaso, Lucy murmuró, mirando la pared:

—La voz agregó que aquella misma noche, usando la oportunidad de las máscaras, que me impediría saber dónde estaba, Mark regresaría a nuestra casa para

ver a la muchacha. En nuestra «propia casa» —repitió—. Me aconsejaba que saliera por un cuarto de hora y fuera a cerciorarme. Al principio no creí lo que me decían. Busqué por toda la casa y no vi a Mark, que en ese momento estaba jugando al billar en una pieza situada en la parte de atrás, con dos amigos nuestros, según supe después. Decidí regresar a casa. Luego pensé que todo el asunto era ridículo y cambié de idea. Pero, ahora, cuando Ogden lanzó el nombre de Jeanette White como la muchacha mezclada en el escándalo de Partington, yo...

—¿Pero está segura de que es verdad? —preguntó Stevens—. Si la llamada de Ogden aquella noche se basaba en un error, ¿por qué no podía serlo también toda la acusación?

—Porque Mark lo aceptó. Y se ha marchado. ¡Es preciso que lo encuentre, Ted! No se trata de mí, sino de él. Cuando el capitán Brennan se entere de que huyó, puede pensar en un montón de cosas que nada tienen que ver con el asunto.

—¿Entonces Brennan no lo sabe?

—No. Salió hace un rato y volvió con un hombre bajito y extraño que viste un horrible abrigo de piel. Es muy cómico, pero yo no me siento con ánimos para divertirme. El policía me preguntó si le permitía la intervención de aquel señor, llamado Croft o Cross, porque asegura que conoce las mentes criminales como la palma de su mano. Fueron juntos a la cripta y, cuando regresaron, el capitán Brennan estaba rojo y el hombrecillo reía con todas sus ganas. Todo lo que pude intuir fue que no encontraron tal pasillo secreto y... ¿Recuerda aquella vieja puerta de madera, que está al pie de la escalera para bajar a la cripta y que no cierra bien?

—Sí. ¿Y...?

—Cross la movía para adelante y para atrás, según cuenta Joe Henderson, sin dejar de reír. No sé de qué se trata, pero me asusta. Luego fueron a la galería... aquella que se comunica por una puerta de cristales con la pieza del tío Miles... Husmearon a través de la cortina y parece que encontraron algo muy divertido. ¿Tiene usted idea de lo que podrá significar todo ello?

—No —repuso Stevens—. Pero usted piensa en algo más, Lucy. ¿Qué le preocupa?

—No es que me preocupe, exactamente —repuso la señora Despard con tal rapidez, que sus palabras parecían incoherentes—. Es decir, lo ocurrido puede pasar en cualquier casa. El propio capitán Brennan, cuando lo descubrió, aseguró que no tenía gran importancia. En todo caso, nos habría molestado enormemente si no fuese que todos teníamos una coartada perfecta respecto al miércoles por la noche. El hecho es que, no mucho después que usted se fue, Ted, el detective encontró arsénico en la casa.

—¿Dónde?

—En la cocina. Yo debí haberlo recordado. Pero no había razón para que pensara en eso. Nadie había mencionado especialmente el arsénico hasta entonces, ¿no es así?

—¿Quién lo compró, Lucy?

—Edith, para los ratones. Pero lo había olvidado...

Se produjo un silencio. Lucy miró el vaso vacío, estremeciéndose ligeramente. Marie se levantó y abrió la puerta de servicio.

—Ha cambiado el viento —dijo, al regresar—. Tendremos otra tormenta esta noche.

HUBO, efectivamente, otra tormenta mientras Stevens conducía interminablemente el coche, camino de Filadelfia, en busca de Mark. Era posible, naturalmente, que el prófugo no hubiese ido a la ciudad, pero se había marchado sin llevarse ni una maleta ni el coche. Podía estar en cualquier parte. Stevens pensó primero que, debido a una tensión que sus nervios no podían soportar, se había lanzado de parranda. Por eso se sintió aún más inquieto cuando no encontró ni rastros de su amigo en la oficina, ni en su club ni en ningún otro sitio posible.

Mojado y deprimido, Stevens regresó tarde a Crispen. Había quedado convencido que Cross pasara la noche en su casa, pero no vio al escritor hasta cerca de la medianoche. Fue primero a Despard Park para dar a Lucy falsas seguridades respecto a Mark. Era la única que parecía estar en pie, ya que todo permanecía oscuro y silencioso. Cuando se dirigió a su casa, vio que Brennan y Cross conversaban dentro del coche de este último.

—¿Encontraron...? —alcanzó a preguntar.

—Sí; creemos saber quién es el asesino —repuso el detective con un aire lúgubre, muy insólito en su carácter—. Falta sólo un detalle que necesito comprobar. Voy a la ciudad con ese objeto. Y luego, me temo, todo quedará en claro...

—Aunque en general deploro estas opiniones humanitarias que nada tienen que ver con el estudio del crimen, por esta vez no puedo sino estar de acuerdo con mi amigo el Zorro Frank —declaró Cross, asomándose por la ventanilla del auto—. Este es un asunto feo y desagradable. No me inmutaré al ver electrocutar a la persona culpable. Siento decirle, señor Stevens, que me veré privado del placer de gozar de su hospitalidad por esta noche. Tengo que marchar con Brennan y probar mis asertos. Sin embargo, le prometo ofrecerle la solución. Si usted y su esposa tienen la gentileza de ir mañana a Despard Park, a las dos en punto de la tarde, les presentaré al asesino. Vamos, Henry...

Marie confesó que no lamentaba que Cross no se quedase por la noche.

—Ha sido muy amable y le estoy enormemente agradecida —dijo—, pero tiene algo que amedrenta. Parece saber exactamente lo que uno piensa...

Aunque no se acostaron hasta medianoche, y a pesar de no haber dormido la noche antes, Stevens no pudo cerrar los ojos. Estaba en excesiva tensión. Continuaron los truenos durante la primera parte de la noche y los gatos de la vecindad parecían empeñados en hacer ruidos muy extraños. Marie cayó en una especie de inquieto sopor. Cerca de las dos comenzó a agitarse y a hablar en sueños. Estaba pálida y su dorada cabellera se desparramaba sobre la almohada. Fuese por la lluvia o el tiempo agitado, el hecho era que los gatos parecían acercarse cada vez más a la casa. Buscó algo que tirarles, para que se callaran, pero no pudo encontrar nada, salvo un pote vacío de crema para la cara que tenía en el tocador. Cuando abrió la ventana para

lanzar el proyectil, los aullidos eran de tan salvaje magnitud, que se apresuró a cerrarla de nuevo. Se durmió más o menos a las tres y no despertó hasta que las campanas de la iglesia anunciaron la mañana siguiente.

Cuando se acercaba la hora de ir a Despard Park, se vistieron cuidadosamente. Aunque estaban en primavera, la atmósfera era pesada. La puerta principal fue abierta por la señora Henderson.

Stevens examinó al ama de llaves con un aire de renovado interés, como si no la hubiera visto nunca antes. Era gruesa y de aspecto muy sencillo, con una cara bondadosa, el cabello gris, un amplio busto y una barbilla de líneas firmes. No tenía el aspecto de una mujer que creyese en fantasmas. Se advertía que había estado llorando recientemente.

—Les vi venir por el camino —dijo con aire solemne—. Todos están arriba. Todos menos la señora Despard... —La voz de la señora Henderson se hizo angustiada, pero se dominó y avanzó para mostrarles el camino—. Yo diría que éste no es un día para distracciones... —agregó.

Aludía sin duda a una voz ronca y muy sonora que se oía en la planta alta. Era evidentemente de la radio colocada en la galería, y que les llevaba hasta ese sitio. Mientras atravesaba el vestíbulo de arriba, Stevens vio asomarse una figura por una de las puertas. Era Ogden. No había duda de que el menor de los Despard no asistiría a la conferencia que se celebraría en la galería, pero sí estaba dispuesto a escuchar.

La galería era larga y amplia, construida principalmente de cristales, hacia el Este. Sus cortinas, de un rosado oscuro, estaban corridas y dejaban pasar un sol descolorido. En el lado opuesto se veían las puertas-ventanas que daban al dormitorio de la enfermera, proporcionando luz a esa habitación. Al final se encontraba la puerta vidriera que daba al cuarto de Miles. Aunque estaba cubierta por la cortina, Stevens percibió dos rendijas por las que pasaba una luz amarillenta.

Los muebles estaban pintados de blanco y tapizados de colores alegres. Un aire de severidad reinaba en el grupo. En un rincón, de pie y con aspecto de humildad, se encontraba Henderson. Edith estaba sentada en una gran silla y, cerca de ella, Partington, bastante sobrio y con cierto aire mefistofélico, se estiraba en un sofá. El capitán Brennan se apoyaba en una ventana. La señorita Corbett, con su mismo aire formal de siempre, servía jerez y galletas. No había señales de Lucy, o de Ogden, aunque se podía sentir la presencia de este último en un sitio de la retaguardia. Lo que más llamaba la atención era la ausencia de Mark... que producía como un vacío, una grieta en la vida doméstica normal.

Sin embargo, era Cross quien parecía dominar el ambiente, aunque sólo fuera como director del espectáculo. Se inclinaba sobre la radio, como lo habría hecho sobre una tribuna o un pupitre. Tenía la cabeza inclinada y su rostro de simio mostraba gran suavidad. La señorita Corbett le dio un vaso de jerez, que el escritor puso sobre la cubierta del receptor, como si no quisiera que le interrumpiesen mientras escuchaba. Del aparato seguía saliendo una voz ronca, que predicaba un

sermón.

—Ya están aquí —anunció la señora Henderson algo superfluamente, puesto que entraban los recién llegados.

Los ojos de Edith fueron rápidos hacia Marie. Algo indescifrable se cruzó entre ellas, pero nadie habló.

—Aun en Sabbath —farfulló la señora Henderson, con evidente nerviosidad—, han de tocar la radio tan fuerte.

Cross giró la perilla. La voz se cortó tan bruscamente, que molestó el silencio. Si hubiera pretendido jugar con los nervios de los presentes lo habría conseguido.

—¿Cuántas veces tengo que informarla, mi buena señora, de que el domingo no es el Sabbath? —intervino Cross—. Sabbath es una palabra hebrea que significa sábado. El Sabbath de las brujas, por ejemplo, es un sábado. Pero la elección de la palabra resulta afortunada, ya que discutiremos de brujería y hechicería. Usted, señora Henderson, ha sido la enigmática testigo que guía toda esta investigación. Está en usted aclarar nuestras dificultades. Ha contado usted una verosímil y coherente historia concerniente a lo que vio a través de la puerta.

—No lo creo... —insistió la señora Henderson—. Nuestro ministro lo llama Sabbath y así también aparece en la Biblia, de modo que no diga necedades. Respecto a lo que vi, usted no tiene nada que hacer en ello. Sé que vi bien, sin que nadie me cuente...

—Althea... —la interpeló Edith con calma.

La anciana calló al instante. Era evidente que todos sentían temor de Edith, quien permanecía cómodamente sentada y golpeando el brazo del sillón con los dedos. Partington sorbía su jerez con parsimonia.

—Se lo pregunto porque me gustaría estar seguro de que usted sabe lo que vio —continuó Cross—. Mire a la puerta ahora. Advertirá que arreglé las cortinas tal como creo que se encontraban en aquella noche del miércoles 12 de abril. Le ruego que me indique si existe alguna diferencia. Comprobará usted también que hay una luz en la pieza. Es la misma que permanecía encendida sobre la cabecera de la cama del señor Miles Despard. Las cortinas están corridas y aquí hay una oscuridad prudente. Vaya ahora, mire a través de la rendija de las cortinas y diga lo que ve.

La señora Henderson titubeó. Su marido hizo un ademán, como para levantar la mano. A sus espaldas, Stevens oyó las pisadas de Ogden Despard que se aproximaba, pero nadie se volvió. La anciana, algo pálida, miró a Edith.

—Haga lo que le dicen, Althea —dijo aquélla.

—Y con objeto de reproducir más o menos las mismas condiciones que existían aquella noche, debo hacer funcionar de nuevo la radio —siguió explicando Cross—. Creo que entonces se oía música. Muy bien... Entonces...

Mientras la señora Henderson se dirigía al otro extremo de la galería, Cross hizo girar la aguja en el círculo de señales. Primeramente se oyó una confusión de ruidos, y en seguida la argentina claridad de un banjo y de una voz que cantaba

almibaradamente. No había terminado la primera estrofa cuando la anciana lanzó un grito.

Cross apagó el receptor y se produjo un silencio. La señora Henderson separó la cabeza de la ventana y su mirada era violenta y reflejaba enojo.

—¿Qué ha visto usted? —preguntó el escritor—. ¡Los demás quédense en sus asientos, no se levanten! ¿Qué ve usted, la misma mujer?

La anciana asintió con la cabeza.

—¿La misma puerta?

—Yo... sí...

—Una vez más —ordenó Cross inexorable—. Mire otra vez.

La voz comenzó a cantar de nuevo un fragmento de la misma canción.

—Basta —dijo Cross, apagando de nuevo la radio—. Repito que no quiero que nadie se levante. Es mejor, Frank, que sujete a ese joven: es demasiado impulsivo.

Ogden había llegado hasta el extremo de la galería y se acercaba a la puerta cuando Brennan lo sujetó.

—Con su permiso —indicó el escritor—. Me referiré primero a la parte más nimia, evidente y accidental de este caso. No se pretendía que formara parte de él; por el contrario: fue una feliz o fatal casualidad que casi desbarató los planes del asesino. Me refiero a un espectro *malgré lui*. A través del caso, han tropezado ustedes constantemente con dos hechos concernientes a Miles Despard y su habitación. El primero es que pasaba mucho tiempo encerrado en su cuarto, sin tener otra cosa que hacer que cambiarse de ropa según diversos matices y estilos, porque era muy inclinado a esta vanidad. El segundo hecho se refiere a la extrema mezquindad de la iluminación. Existen en realidad sólo dos luces, y ninguna de gran potencia. La primera está sobre la cama; la segunda cuelga muy alto de un cordón entre las ventanas. Finalmente, la mayor parte del tiempo en que Miles Despard permanecía en su cuarto era por la tarde. Si ustedes se empeñan, concentrando la mente, cosa que sin duda encontrarán, aunque débilmente, la importancia de lo que digo. ¿Cuáles son las dos necesidades de un hombre que presume de elegancia y realiza frecuentes cambios de ropa? Fuera de la ropa misma, necesita dos cosas: una luz y un espejo.

Se detuvo un momento para ver el efecto que causaba, y siguió disertando:

—Hay, es cierto, una cómoda con su espejo en este cuarto; pero la cómoda se encuentra en una posición inadecuada, en la cual recibiría muy poca luz de las ventanas durante el día y ninguna de las dos bombillas por la noche. Pero existe un detalle curioso. Entre las ventanas, donde no hay nada que iluminar, fuera de una silla y de un cuadro, existe una lámpara que no parece servir ningún propósito ostensible en un muro perfectamente vacío. ¿Qué misión cumple esta lámpara? Está colocada sobre una cómoda. Ahora, si con objeto de obtener una mejor iluminación se corre la cómoda entre las dos ventanas, por la noche... Veamos. Si eso se hace, sería necesario colgar el cuadro, que es muy valioso, en otro lugar: como medida temporal, se entiende, mientras la cómoda retorna a su sitio. ¿Dónde podría colgarse? No hay

ganchos o clavos libres en el cuarto, excepto uno: el colgador en la puerta que comunica con el cuarto de la enfermera, donde esta tarde vi que pendía una bata azul de una altura semejante a la que tiene el cuadro. Igualmente ha de ponerse la silla en alguna parte. Para evitar que alguien entre inesperadamente, cosa que según me informaron el señor Despard odiaba, puede colocarse con el respaldo apoyado como una tranca bajo el picaporte de la puerta que da al cuarto de la enfermera. Tenemos las siguientes condiciones: la luz cae ahora sobre la cómoda, de tal manera que no hay más iluminación que un resplandor tan débil encima de la cama que una testigo no podía decir el color del cabello de una mujer. Contamos con una pequeña rendija en la cortina, que deja ver sólo la parte alta, por lo que la misteriosa mujer no se divisara sino de la cintura para arriba. Tenemos a través del espejo de la cómoda, el reflejo de una puerta sobre el zócalo de madera que rodea el cuarto. Esta es la puerta de la pieza de la enfermera, que se refleja vagamente en el espejo y que tiene el mismo dibujo del zócalo de la pared. En esa puerta está el cuadro de Greuze colgado y la silla más abajo. La escena completa transcurre casi en la oscuridad. Cualquier ruido de pisadas, el girar de una llave o la cerradura de una puerta se apagan por la música de la radio. Es evidente, por tanto, que lo que la testigo vio fue el reflejo de la puerta que da al cuarto de la enfermera en el espejo de la cómoda. Creo, señora Despard, que puede venir ahora...

Se abrió la puerta de cristal en el extremo de la galería, se escuchó un crujido de faldas y apareció Lucy en un brillante traje de satén y terciopelo. El rojo oscuro y el azul se encontraban amortiguados por las luces de unos brillantes de fantasía. Quitándose un velo de gasa que le colgaba de la cabeza, Lucy miró al grupo.

—La señora Despard ha tenido la gentileza de ayudarme en este pequeño experimento —explicó Cross—. Se limitó simplemente a entrar y salir del cuarto de la enfermera en medio de una oscuridad casi completa, mientras se reflejaba en el espejo de la cómoda, colocada ahora entre las dos ventanas. Pero si aceptamos esto, debemos también admitir una aparente imposibilidad. Si la misteriosa mujer entró en el cuarto, es absolutamente seguro que debió haberlo abandonado, en una forma bastante corriente, usando la puerta de comunicación con el cuarto de la enfermera. Está bastante claro que la señora Henderson vio el reflejo de esa mujer en la luna del espejo mientras salía: pero en aquella noche particular, la señorita Corbett había hecho ciertas manipulaciones. En primer lugar, cerró la puerta por *su lado*; en seguida, en la puerta de su dormitorio que daba al vestíbulo alteró la chapa de la cerradura, de manera que no pudiera abrirse sino mediante ciertos movimientos de la llave que sólo ella conocía. Tenemos entonces dos puertas inexpugnables. La mujer misteriosa, al abandonar el cuarto después de haber asesinado a Miles Despard, no podía pasar por una puerta con llave, y si lo lograba, tampoco podía escapar a través de otra puerta cuya cerradura estaba preparada de tal forma; y aunque hay ventanas en la habitación, no podía salir hacia esta galería dejando las ventanas cerradas con llave por dentro, tanto más cuanto que la señora Henderson se encontraba en la

galería. Por eso no hay duda de que una persona y sólo una podía cometer el crimen. La única que podía perpetrarlo era una mujer que regresó a la casa cerca de las once; que abrió la puerta hacia el vestíbulo del cuarto de la enfermera por medio de una llave que sólo ella podía manejar; que pasó a través de su propia habitación; que abrió la puerta hacia el cuarto de Miles; que entró con una taza de veneno disfrazada como medicina; que forzó al enfermo a tomarla gracias a su propio papel; que después regresó a su habitación, cerrando de nuevo las dos puertas, para después marcharse...

Cross acercó suavemente la mano hacia la cubierta de la radio, tan suavemente que el vaso apenas se estremeció. Se inclinó y dijo:

—Myra Corbett, tengo el gran placer de informarla de que está usted arrestada. La orden de prisión se ha extendido, creo, a su propio nombre, en lugar del que usaba usted para ocultarse: Jeanette White.

LA enfermera había retrocedido muy levemente hacia una puerta y ventana, abriéndola hacia la habitación que ella ocupaba. No llevaba ahora su uniforme, sino un traje azul, muy sencillo, que le sentaba muy bien. La animación había dado color a sus mejillas, mostrando que había sido atractiva. Su pelo, de un rubio trigoño, caía en ondas sueltas. Pero también esa misma animación hacía sus ojos terribles... desagradables. Myra Corbett se humedeció los labios.

—¡Está usted loco! —exclamó—. No puede probar su acusación.

—Un momento —intervino Brennan, avanzando lentamente—. Puede decir lo que quiera. No se trata de un arresto formulario. Pero debo advertirle que tenga cuidado. ¿Niega usted que su verdadero nombre es Jeanette White? No conteste. Aquí hay alguien que tiene que saberlo. ¿Qué nos dice, doctor Partington?

Después de una pausa, el médico, que había estado contemplando el suelo, levantó su rostro moreno:

—Sí; es Jeanette White —repuso—. Como usted dice, yo tenía que saberlo. Le prometí ayer que no diría nada, pero si ha hecho eso...

—Ayer, doctor, cuando nos encontramos por primera vez, se sorprendió usted de tal forma, que yo creí que se iba a desmayar... —le recordó suavemente Brennan—. Golpeé a la puerta de esta casa. Dije que era policía. E inmediatamente por encima del hombro vio usted a la joven que trabajara antes en su consulta y a quien practicó usted una operación ilegal. He oído decir que escapó de la persecución criminal por el único medio posible: saliendo del país. Se arriesgó de nuevo, regresando cuando el señor Mark Despard lo mandó llamar. ¿No es verdad que el motivo de su sorpresa, que casi le hizo perder la razón, fue vernos a mí y a esta joven juntos?

—Sí; es verdad —repuso Partington, escondiendo la cara entre las manos.

Brennan se volvió hacia Myra Corbett:

—Quiero preguntarle algo más. ¿Va a negar usted que hace un año, o algo así, se encontró usted con el señor Mark Despard y reanudaron los viejos amores?

—No. ¿Por qué habría de negarlo? —gritó la enfermera, mientras se sentía el ruido que hacían sus uñas al correr por los lados del traje—. No lo niego. Estoy orgullosa de ello. Le gusto. Yo era mejor... Que cualquier otra mujer, incluyendo las presentes. Pero... ¡eso es distinto a un crimen!

Brennan pareció enfurecido y cansado.

—Puedo añadirle que su coartada del miércoles 12 de abril resultó falsa —añadió—. Es curioso. Ayer, a la única persona a quien yo le habría echado el lazo, era a la señora Stevens, aquí presente. Y la razón para ello, entre otras, era que su coartada para aquella noche dependía de la palabra de una sola persona: su marido, quien dormía en la misma habitación. No se me ocurrió que también *había otra persona cuya coartada dependía de un solo testimonio*: era usted, Jeanette White. Y esa

testigo era la muchacha que compartía su habitación con usted en la Y. W. C. A. La hizo jurar que estuvo usted allí desde las diez en adelante. Todos los demás tienen una media docena de testigos; hasta la camarera había salido con un amigo y otra pareja... Estuvo usted aquí realmente, ¿verdad?

En ese momento la enfermera casi perdió la calma.

—Vine aquí a encontrarme con Mark, es cierto —repuso anhelante—, pero no vi al viejo... No quería verlo. Ni siquiera subí al piso alto. Y Mark me dejó plantada. No apareció siquiera por aquí. ¿Dónde se encuentra Mark? Él puede decírselo... Será fácil probarlo. Pero no está aquí y...

—No, no está —repitió Brennan—, y creo que nos costará bastante encontrarlo. La dificultad estriba en que vio venir todo esto. Porque usted y Mark planearon juntos este crimen. Mientras que usted se encargaba de hacer el trabajo sucio, él la encubriría.

Nadie habló durante unos veinte segundos. Stevens miró a todo el grupo. Ogden Despard se refugiaba en la sombra para esconder mejor el aspecto de su cara. Pero sus hinchados labios delataban satisfacción.

—No creo eso —declaró Lucy con calma—. Aunque *de ella* piense cualquier cosa, no lo creo. ¿Qué dice usted, señor Cross?

—He estado meditando cuándo llegaría el momento en que este grupo de seres evidentemente distraídos se resolviera a buscar la ayuda de una mente más serena y de una inteligencia más desarrollada —repuso el escritor—. Creo, señora Despard, que no debió usted interpelarme. Parece haberse convertido en un hábito común esto de recurrir a mi persona. La infortunada verdad es que su marido realmente planeó este asesinato junto con la señorita Corbett y que luego encubrió a su cómplice. Fue quien actuó antes y después del hecho: pero hay una atenuante que alegar en su favor. Él no tuvo jamás intenciones de arrojar sospechas sobre *usted*. Nunca supo de esto... Hasta que ocurrió. De ahí que se empeñara en alejar las sospechas de su persona, y por tratar de lograrlo, se confundió y complicó las cosas en tal forma, que dio caracteres de imposible a un caso de asesinato perfectamente vulgar.

Se aclaró la garganta, miró a su alrededor y añadió:

—Consideremos el asunto desde un punto de vista estético. El detalle más significativo de este caso... el detalle que traiciona la idea... es la curiosa forma en que dos asesinos, dos inteligencias, parecen chocar entre sí.

»Como se planeó originalmente, no había fantasía. Mark Despard y su dama habían determinado matar al tío Miles porque el sobrino necesitaba dinero. Pero la víctima debía morir, en apariencia, por causas normales. ¿Quién lo pondría en duda? ¿Por qué se iba a pensar en otra cosa? Miles, en todo caso, se estaba muriendo de gastroenteritis. El médico de la familia era poco curioso y no de los más perspicaces. No tenía por qué existir una taza de plata reveladora, conteniendo arsénico, ni un gato muerto, ni, más tarde... un libro sobre hechicería... Tal fue el sencillo plan concebido por Mark Despard: una muerte debida a causas naturales. Pero eso no satisfizo a la

señorita Myra Corbett. No. A ella no le bastaba zafarse de Miles Despard. También quería deshacerse de Lucy. No es raro que experimentara semejantes sentimientos hacia la esposa de su amante: se han visto otros casos. Si Miles moría, es evidente que se trataría de un crimen y Lucy Despard habría de ser condenada por asesinato.

El escritor parecía entusiasmado exponiendo su plan. Le brillaban los pequeños ojos.

—El ejecutar semejante plan sin que Mark se enterara no era difícil. Desde el principio de la investigación se hizo aparente que la misteriosa mujer vestida a la Brinvilliers no era de la casa. Declaré a mi amigo Stevens que yo no concedía importancia especial a las coartadas. Pero con el objeto de creer en la culpabilidad de la señora Lucy o de la señorita Edith, necesitábamos rechazar coartadas de solidez tan gigantesca que aun mis sospechas empalidecían. La persona disfrazada a la Brinvilliers no era, por consiguiente, ninguna de ellas. ¿Pero quién? Como una persona señaló hábilmente, *alguien* tenía que poseer un duplicado de ese traje. No podía ser un extraño. En primer lugar, fuera de la casa no se sabía que la señora Despard planeaba hacerse un traje tomando como modelo el del cuadro de la galería; en segundo lugar, era imposible que un extraño pudiese estudiar suficientemente dicho cuadro con el propósito de hacer también una copia del vestido destinada a engañar a la señora Henderson. Pero si esa segunda copia estaba en elaboración y se realizaba en absoluto secreto, había una cosa que la persona que trabajaba necesitaba hacer...

—¿Qué? —preguntó Stevens.

—Necesitaba mantener su habitación cerrada con llave —repuso Cross—. Entonces, con milagrosa buena suerte, se le presentó una excusa para ello. El pretexto se lo dio la señora Stevens cuando cogió aquel frasco de tabletas de morfina de su habitación un sábado por la noche para devolverlo el domingo. Me parece que hasta el lunes no decidió Lucy hacerse un traje a la Brinvilliers para el baile de máscaras, y ya Myra Corbett contaba con una excusa para echar la llave a su cuarto. El resto era fácil. Usó un traje semejante al que vestía Lucy Despard, se puso un antifaz igual también, y aun sospecho, utilizó una peluca. No sólo era conveniente que la vieran, sino que deseaba ser vista. Debía, sin embargo, tomar una precaución. Necesitaba telefonar a la casa donde se celebraba la fiesta, con el objeto de hacer salir a Lucy y que fuera a su propia casa. De tal manera le privaría totalmente de una coartada...

—¿Y cómo actuó?

—Llegó la asesina a la casa y se puso su disfraz. Sabía que la señora Henderson estaría en la galería a las once para escuchar su programa favorito. Podía cómodamente preparar la mezcla de huevo y vino en la cocina, porque allí no había nadie que la viera. En aquel momento la señora Henderson se encontraba en su casa, al otro lado de la cripta. La bebida era medicinal, y podía exigir al enfermo que la tomara. Estaría en su cuarto antes de las once. Su traje no sorprendería a Miles, ya que sabía lo del baile de máscaras de aquella noche y no tenía por qué sospechar que

su enfermera no estuviese también invitada. Ni siquiera la peluca podía despertar sospechas, ya que se trataba de un disfraz. Como deseaba ser observada, la enfermera dejó aquellas rendijas en la cortina. Llamó la atención en un aspecto que, desde el principio, debió haber aclarado cualquier duda. Les ruego examinar la galería. La señora Henderson se encontraba sentada aquí, junto a la radio, donde ahora me encuentro, en un extremo de la habitación. Completamente al otro extremo, detrás de una puerta cerrada y cubierta por una cortina corrida, está la habitación de Miles. Finalmente, la radio está encendida. Es concebible que una asesina hable en voz baja, y aun verosímil que lo hiciera con el tono corriente; pero no es aceptable que hablase con tal estrépito, mientras pasaba una taza con veneno a su víctima como para querer llamar deliberadamente la atención acerca de su presencia... Dejo a la imaginación de ustedes deducir por qué quería realmente llamar la atención.

»Fue un evidente fallo en sus cálculos haber dejado la otra rendija, por la cual se podía ver su imagen en el espejo. Pero ya su trabajo había terminado. Dio a su víctima el brebaje, que Miles no ingirió totalmente. Dio los restos a un gato, como tenía pensado. Colocó ostensiblemente la taza en el armario, acciones todas de una mujer que quiere deliberadamente llamar la atención hacia el crimen, destacarlo con los trazos más evidentes. Ninguna persona que pretendiera hacer creer que el hombre había muerto por causas naturales le iba a dar semejante dosis de veneno... una dosis tan brutal como para dejar dos granos sobrante de arsénico en el fondo de la taza... Muy bien, Miles Despard no sospecha que ha sido envenenado. Corre la cómoda hacia su posición original, en la otra pared, cuelga el cuadro en su sitio y arregla la silla. Aquel esfuerzo le produce los estremecedores calambres y le deja inutilizado en cortos minutos. Estaba solo en la casa. No podía recurrir a nadie.

»Pasadas las dos de la mañana, regresa Mark, para encontrar a su tío muriéndose, como esperaba. Pero también descubre, y seguramente no sin horror, claras evidencias del crimen que aparecen en la habitación, igual que manchas de sangre. Deseo recalcar que todas las muestras de hechicería y de acciones sobrenaturales de esa noche, además de las siniestras palabras de Miles dirigidas a Mark, su petición de que le enterrasen en un ataúd de madera, y hasta el descubrimiento de la cuerda con nueve nudos debajo de la almohada fueron presenciados por una sola persona: Mark Despard. ¿Oyó alguien más que el moribundo pedía un féretro de madera? ¿Hubo otro que viera también la cuerda de nueve nudos? ¡No! Esas circunstancias fueron imaginadas posteriormente... Mark Despard tenía buenas razones para sentirse aterrado. Eran poderosos los motivos que le impulsaron a esconder la taza y el vaso y a enterrar al gato... pero le quedaba algo peor. Al día siguiente le informó la señora Henderson que una mujer, vestida igual que su propia esposa, fue vista en el momento en que le pasaba una taza a Miles. Se enteró entonces de que su amante había tramado todo aquello deliberadamente para arrojar la culpa sobre Lucy, y no supo qué hacer. Primero le hizo jurar a la señora Henderson que guardaría silencio, quien, aterrada, no titubeó en aceptar.

Cross se detuvo para mirar a la anciana, la cual, pálida, asintió.

—Fue él..., él —dijo, señalando con su dedo a Brennan—, quien con sus modales suaves me hizo decirlo...

—Primero, sin embargo —siguió el escritor—, Mark necesitaba convencerse de que aquellos objetos eran, efectivamente, indicios acusadores de un crimen y de que el vaso o la taza contenían veneno. Cuando recibió el informe del químico se convenció. Pero aun era peor. Se me ha informado cómo, desde el principio, corrió el rumor impreciso, pero insistente, de que había habido un asesinato, rumor que comenzó a circular desde el mismo día en que murió Miles. Mark no podía reprimirlo. Tarde o temprano, como lo comprendió el jueves, o sea el día después de la muerte, tal rumor culminaría con la exhumación del cadáver. Y creo que sabemos quién inició el rumor... Debía, pues, precaverse. Había que hacer desaparecer el cadáver con el arsénico delator en el estómago. El funeral se efectuaría el sábado. Pero en ningún momento tendría la oportunidad de disponer del cuerpo sin despertar sospechas: primero, porque estaba oficialmente a su cargo; segundo, porque su siempre vigilante aliada estaba al acecho y lo habría evitado. Si actuaba, tenía que hacerlo secretamente...

Esperó alguna interrupción. Pero todos estaban pendientes de las palabras de Cross.

—El plan seguido por Myra Corbett era, debo reconocerlo, extraordinariamente ingenioso. Podía, es cierto, haber anunciado ella, inmediatamente después de la muerte, su sospecha de que el enfermo había sido asesinado; haberlo dicho al doctor y asustarle hasta el punto de que el médico ordenara una autopsia inmediatamente, pero esto era ya demasiado peligroso. No podía arriesgarse a convertirse en el foco de atención en ningún momento. Era muy posible que se descubriera su antigua amistad con Mark. Y aun existía la posibilidad de que alguien quisiera averiguar cuál era su participación en el asunto. De su posición segura como enfermera X pasaría a una publicidad que amenazaría delatarla. El recurso más cuerdo era permitir que Miles fuera enterrado, mientras ella declaraba a todo el mundo que había fallecido de muerte natural. Después, y por conductos secretos, haría correr los rumores sobre los indicios del crimen que ella misma había dejado, dando uno o dos meses de tiempo para que el ardid diera resultado. Seguiría a salvo, ya que pasaría inadvertida...

»Mark, en tanto desarrollaba su propio plan, era probable que la idea le hubiese bastado al oír la historia que oyó el jueves por la mañana respecto a la dama «que caminaba a través de la pared». Lo que realmente pensó no lo conoceremos hasta que sea capturado, pero eso le inspiró su plan, además del recuerdo de un libro sobre hechicerías que Miles había leído una vez y que parecía haberle impresionado grandemente, en especial por aquel capítulo dedicado a los *no muertos*. Mark, desde aquel momento, se empeñó en tergiversar toda la historia. Primero contó que había encontrado la cuerda con nueve nudos debajo de la almohada, y también, a manera de ensayo, relató la historia de la mujer que caminaba a través de la pared a su amigo

Ted Stevens. «Lanzó toda esta polvareda para cubrir la única parte realmente vital y esencial de su plan, su declaración falsa de que Miles le había pedido que lo enterrasen en un ataúd de madera.» Era una petición insólita, sin duda. Podía despertar sospechas en el terreno puramente humano, pero tenemos la frase del rey Jacobo I, de que «aquellos convictos del horrible crimen de la hechicería son, se dice, comúnmente aficionados a la madera o a la piedra, pero no pueden soportar el hierro», y esa frase representaba un excelente medio de ocultación.

—¿Ocultación de qué? —preguntó Partington, levantándose de la silla—. Si Mark robó el cadáver de la cripta, ¿cómo lo hizo? ¿Qué diferencia había, por una parte, en que el ataúd fuese de hierro o de madera?

—En que lo podía mover más fácilmente —repuso Cross impaciente—. Hasta para un hombre de la enorme fuerza física de Mark Despard habría sido demasiado trabajo mover un féretro de acero.

—¿Mover? —volvió a preguntar Partington.

—Déjeme enumerar unos cuantos hechos concernientes al cadáver y a la cripta. Estos son: 1) El ataúd, aun teniendo dos resortes, podía abrirse instantáneamente; 2) Miles Despard era muy pequeño y pesaba poco más de cincuenta kilos. 3) Al pie de la escalera que conduce a la cripta y evitando ver su interior, hay una puerta podrida de madera que ustedes encontraron cerrada en la investigación que hicieron el viernes por la noche. 4) En la cripta hay dos enormes jarrones de mármol, repletos de flores.

—Espere —le interrumpió Stevens, que había evocado un cuadro muy vívido de la cripta—. Si me va a decir usted que el cuerpo estaba doblado dentro de uno de esos jarrones, se equivoca. Miramos dentro de ellos...

—Si los que han pedido mi ayuda se abstuvieran de hacer interrupciones hasta que yo hubiera aclarado todo, podría explicar mejor los pormenores —observó Cross, evidentemente satisfecho de que le hubiesen dado pie para contar su historia—. Y el último punto que señala irrefutablemente la verdad es 5) que cuando ustedes penetraron en la cripta el viernes, notaron una gran cantidad de flores desparramadas. ¿Por qué estaban en el suelo? Provenían, indudablemente, de los jarrones, pues los funerales se caracterizan generalmente por la pulcritud y no es razonable suponer que fueran echadas por todas partes durante la ceremonia misma. Examinemos ahora lo que aconteció en el funeral, en la tarde del sábado 15 de abril. Mark se lo contó y les ofreció un relato bastante exacto. Tenía que hacerlo, ya que podía ser confirmado por testigos desinteresados. Pero les ruego recordar lo que sucedió. Según su propia declaración, fue el último en abandonar la cripta. Todos se habían marchado, excepto el sacerdote, a quien Mark retuvo. Pero... ¿estaba dentro de la cripta? No; según la propia confesión de Mark; porque ningún ser humano podía desear quedarse allí más de lo necesario. El párroco esperaba en la parte de arriba de la escalera, con objeto de poder respirar mejor. Entre él y la cripta había una puerta de madera que le obstaculizaba la vista. Mientras tanto, Mark se había quedado atrás bajo el pretexto de recoger ciertos candelabros de hierro. Aseguró que no había tardado más de un

minuto y no veo razón para dudarlos. Si se toman ustedes la molestia de consultar el reloj y ejecutar, como en una pantomima, los movimientos, verán que hay tiempo suficiente. Así, él sacó el ataúd del nicho y lo destapó, después de abrir los resortes; levantó el cadáver y lo arrojó, doblado en uno de los jarrones; volvió a cerrar el féretro y lo puso otra vez en el nicho. Cualquier ruido que hubiese hecho, un golpe o el roce metálico de los resortes, quedaría fácilmente explicado para el sacerdote por la operación de recoger los candelabros. Cubrió en seguida el cuerpo con una gran cantidad de flores. El único rastro que dejó, para cualquiera que viese la cripta, eran algunas flores desparramadas en el suelo. Todas éstas eran las maniobras preliminares. El escenario ya estaba listo y él se disponía a efectuar el *milagro*. Y éste tenía un doble propósito. Si después de toda aquella atmósfera de misterio y sigilo que había creado, sus incautos compañeros daban al robo carácter sobrenatural, no les haría objeción. Su propósito era arrojar un velo sobre todas las cosas, para hacer desaparecer el cuerpo lleno de arsénico. Pero hasta que el cadáver se encontrara fuera de la cripta, hasta que el milagro se realizara, no podía insistir demasiado en lo sobrenatural, pues corría el riesgo de que sus compañeros creyeran que se había vuelto loco y, sencillamente, rehusaran ayudarlo. Y los necesitaba. Era indispensable que la cripta se abriese en completo secreto, sin luz diurna, sin intervención de la policía, sin nada que mitigara aquella nube de misterio que había creado.

»Primero me referiré brevemente a las tretas mecánicas con que les engañó. Es ésta una parte del trabajo que me inclino a alabar la que resultó excelente. Estaba explotando los efectos psicológicos que produciría en ustedes el hecho de no encontrar el cadáver en el ataúd, y calculó con exactitud los sentimientos de ustedes. Descendieron hasta la cripta. Mark era el único que llevaba luz: una linterna eléctrica. No aceptó que ustedes llevaran las lámparas porque, según aseguró, enrarecerían más el aire. Abrió el ataúd, sin encontrar nada. Estaban ustedes, naturalmente, estupefactos. Después del primer impulso de no dar crédito a los ojos, ¿qué pensamiento les vino a la cabeza, como Mark ya había anticipado, si estoy en la razón, y qué hizo en realidad él mismo? ¿Cuáles fueron las primeras palabras que se pronunciaron después que descubrieron la desaparición del cuerpo? ¿Lo recuerda alguien?

—Sí —respondió Stevens, estupefacto—. Yo lo recuerdo. Mark miró la hilera de nichos y proyectó la luz sobre ellos, diciendo: «¿No creen ustedes que podemos haber tomado un ataúd equivocado, verdad?»

Cross asintió gravemente.

—Eso sirvió para fijar la atención de ustedes firmemente en la idea de que, puesto que el ataúd estaba vacío, el cadáver tenía que encontrarse en algún otro lugar de la cripta. Durante todo el tiempo, por cierto, el cuerpo se encontraba en uno de los jarrones, bajo las flores. Pero Mark tenía una enorme ventaja: manejaba la luz. Podía dirigirla en cualquier dirección, tal como hacía con ustedes mismos, y todos creyeron que el cuerpo podía encontrarse en otro féretro. ¿Y qué sucedió? Primero buscaron en

la hilera inferior, sin resultado. Entonces se sugirió que el cuerpo podía haberse puesto más arriba, y así llegamos a la parte más sencilla del asunto. «Todo el propósito de Mark Despard consistía en crear alguna excusa de forma que todos los presentes, con excepción de él, abandonaran la cripta por unos pocos minutos y fuesen a la casa, mientras él se quedaba solo allí.» Encontró el pretexto, como saben. Henderson y Stevens fueron enviados a la casa para traer escaleras. Partington —y eso fue fácil— se fue a tomar un trago. Tenemos las notas del oficial de policía que les observaba en aquel momento. A las 12,28 Stevens, Partington y Henderson abandonaron la cripta y se dirigieron hacia la casa. El primero y el último estuvieron de regreso a las 12,32, y el doctor a las 12,35. Si aquel policía hubiera permanecido allí durante esos momentos cruciales, el plan se le habría desmoronado. Pero no se quedó, sino que siguió a los hombres hasta la casa. Por eso, desde las 12,28 hasta las 12,32, Mark Despard estuvo cuatro minutos solo y sin ser observado. ¿Necesito decirles lo que hizo? Sencillamente, sacó el cuerpo del jarrón, subió con él, llegó a la casa de Henderson y lo escondió allí... Probablemente, en el dormitorio. *Entonces*, cuando los otros volvieron a la cripta, estaba en condiciones de sugerir: «Como un último recurso, vaciaremos los jarrones», cosa que hicieron y, naturalmente, sin resultado.

En ese momento, Joe Henderson avanzó tembloroso. No había hablado hasta entonces. La magulladura de su sien tenía un feo color azul.

—¿Va a decirme usted, señor, que cuando vi al señor Miles sentado en mi dormitorio, balanceándose en la silla...?

Cross levantó el vaso de jerez, pero volvió a dejarlo sobre la cubierta del receptor.

—¡Ah, sí! La iniciación de la locura de lo sobrenatural, la primera aparición de ese fantasma fabricado tuvo lugar aquí. Ese fue otro asunto totalmente imprevisto y en el que se vio metido Mark Despard. Usted no vio el fantasma de Miles, amigo mío, sino al propio Miles... Como se hace evidente ante un sincero análisis de los acontecimientos, una vez que Mark sacó el cadáver de la cripta, su plan estaba en vías de terminar. Mark se encontraba en situación de contar su historia de la mujer fantasma atravesando la pared. Ya podía dejar el libro de hechicería en el dormitorio de Miles, donde la señorita Despard lo encontraría más tarde. También se me ocurre pensar si aquella cuerda descubierta en el cajón no sería dejada allí por el señor Jonah Atkinson, padre. De ser así, ofreció a Mark otro factor favorable. También pienso que, cuando ayer descubrió súbitamente cuánto podía argumentarse en contra de la señora Stevens, debe haber creído que su cerebro lo engañaba o que, efectivamente, estaba bajo el influjo del mundo de las tinieblas. Respecto a cómo dispondría del cuerpo, sus intenciones eran simples. Una vez que el cadáver estuviera fuera de la cripta, pensaba deshacerse de Stevens y de Partington tan pronto como pudiera. Al primero lo mandaría a su hogar y al segundo lo emborracharía. Sólo quedaba Henderson y el cadáver estaba oculto justamente en el dormitorio del anciano. Pero eso no era difícil resolverlo. Ya hemos oído hablar del robo de unas tabletas de

morfina. La señora Stevens tomó efectivamente el frasco, pero sólo sacó una pastilla. Las otras dos fueron sustraídas por el propio Mark, con conocimiento de su cómplice o sin él. Tan pronto como se separó de los señores Stevens y Partington, la intención de Mark era suministrar una fuerte dosis de la droga a Henderson dentro de algún licor. Cuando el anciano también desapareciera de la órbita de acción y de tensión, Mark sacaría el cuerpo del dormitorio y lo destruiría...

—¿Lo destruiría? —preguntó bruscamente Edith.

—Por medio del fuego, que era lo más apropiado —dijo Cross—. Utilizaría la rugiente hoguera que ha estado ardiendo durante estos dos últimos días en la caldera de abajo. Todos ustedes han advertido, me imagino, una nube de humo en la casa, de un calor extremo. Pero hubo una falla en el plan, porque tanto la señora como la señorita Despard, llamadas por el telegrama, aparecieron súbitamente en la escena. Esto desbarató el plan, o mejor dicho, lo postergó, ya que el cadáver seguía todavía en aquel dormitorio. Cuando todo el mundo se fue a acostar, por la noche, y los visitantes se marcharon, Mark convenció a Henderson de que fuese *solo* a cubrir la cripta con alquitrán. Pero con el objeto de procurarse dicho alquitrán, Henderson — como ambos pensaron— tendría que recorrer algunos cientos de metros a través del bosque, hasta un lugar situado en el otro extremo de la propiedad. Esto le daría tiempo suficiente a Mark para sacar el cadáver de la casa del criado y echarlo en la caldera. Infortunadamente, Henderson recordó que tenía alquitrán, y cuando regresó, Mark estaba en su casa. Felizmente, el señor Despard había tomado una precaución: alcanzó a dar a Henderson la bebida con morfina y ya comenzaba a sentirse los efectos. Una bombilla a medio soltar... un cuerpo sentado en una mecedora empleado como un muñeco fantasmal... un hombre detrás, empujando dicha mecedora y hasta levantando la mano del cadáver... todo eso causaría efecto en un individuo asustado ya hasta estar medio enloquecido... y la morfina se encargaría del resto. Mark se encontraría entonces en libertad de echar el cuerpo al fuego.

Cross se detuvo y dedicó a la concurrencia una amplia y amable sonrisa.

—Debo agregar algo que ya ustedes sin duda advirtieron: la casa está insólitamente fría esta tarde. Por eso consideré mejor que nos quedáramos en la planta alta. Los hombres al servicio del capitán Brennan revisan ahora el fogón. Puede que no encuentren nada, pero...

Myra Corbett avanzó dos pasos y se veía que le temblaban las rodillas. Estaba horrorizada, tanto que el pavor le infundía una notable fealdad.

—¡No creo eso! ¡No lo creo! —repitió—. Mark no ha hecho jamás semejante cosa. Me lo habría dicho de ser así...

—Eso significa que usted acepta haber envenenado a Miles Despard —saltó rápidamente Cross—. A propósito, amigos míos, queda todavía un punto relacionado con nuestra amiga Jeanette. Es cierto que ayer contó una historia que parecía destinada a complicar en el asunto a la señora Stevens. Mas para sorpresa de todos, he de decirles que, en realidad, esa señora preguntó dónde podía comprar arsénico,

como también es verdad que Edith Despard había adquirido cierta cantidad de la misma sustancia. Pero ¿no ven el significado de la historia, la parte que la enfermera trataba de destacar? ¿Quién inició la conversación, quién formuló diez mil preguntas sobre venenos y sus efectos? Ella dijo que fue Lucy Despard, e insistió en eso. Sus acusaciones se destruyeron sólo cuando quedó en claro que la señora Despard tenía una indiscutible coartada. Así es que, si ella admite que envenenó...

Aunque desvirtuó el ademán con algo semejante a un gruñido, Myra Corbett juntó las manos como si estuviese orando.

—Yo no lo maté. Jamás lo pensé siquiera. No pretendía obtener ningún dinero. Lo único que quería era a Mark. No huyó porque hiciera nada de eso..., sino por... su esposa. No puede probar usted que yo maté al señor Despard. No puede encontrar el cuerpo y no puede probarlo. No me importa lo que me hagan. Pueden golpearme hasta que muera, pero no me sacarán ninguna confesión. Ustedes lo saben... Puedo soportar el dolor como una india. Nunca... —Se interrumpió, y luego, con una voz desgarradora, preguntó—: díganme, ¿no hay nadie que me crea?

—Estoy empezando a creer que yo sí —declaró Ogden Despard, que parecía deshecho. Luego, dirigiéndose a todos, añadió fríamente—: Cualquier actitud mía en el pasado estaba justificada y les aconsejo que ninguno de ustedes lo pongan en duda... Pero hay cierta circunstancia que quiero rectificar. Esta mujer no hizo al menos la llamada telefónica a la fiesta. Fui yo. Me pareció que sería divertido contemplar la reacción de Lucy cuando se enterara de que Mark había reanudado su antiguo lío amoroso... Ustedes no pueden hacerme nada, bien lo saben. Es mejor, entonces, que tomen las cosas con calma.

Cross, con un ademán de simiesca cortesía, levantó su vaso de jerez, saludó a Ogden y bebió.

—Brindo a su salud —dijo—. Brindo por sentirme obligado a reconocer esta ocasión como la única en su bastante dudosa existencia que usted intenta hacer un servicio al prójimo. Aunque nunca me equivoco en mis diagnósticos, le aseguro que mantengo la mente suficientemente ecuánime como para reconocer un error. Si fuesen las últimas palabras, que jamás iba...

Se detuvo, haciendo un ligero ademán con el vaso. Todos miraban a la enfermera, que avanzaba, cuando sintieron un golpe en el suelo. Cross había caído encima del receptor y parecía tratar de incorporarse. Los ojos parecían salirse de sus órbitas y se esforzaba en continuar la respiración. Logró enderezarse, pero ya no tenía resistencia y cayó de espaldas. A Stevens, en su estupor, le pareció que había pasado un largo rato antes de que nadie se moviera. Cross permanecía convulso, con su abigarrado traje, caído junto a la radio, con el vaso en la mano, pero ya estaba inmóvil cuando Partington se le acercó.

—Este hombre está muerto —dijo el médico.

Stevens pensó que habría creído a Partington cualquier otra cosa que hubiera afirmado en su vida, por muy imposible que fuese. Pero ahora no podía darle

crédito...

—¡Está loco! —le gritó Brennan, en medio de una pausa—. Se resbaló. Se desmayó... o algo así. Pero no puede... eso...

—Está muerto —repitió Partington—. Venga y cerciórese usted mismo. Por el olor que despide, creo que se trata de cianuro... Su efecto es casi instantáneo. Sería conveniente conservar ese vaso...

Brennan lo guardó cuidadosamente en su cartera y se acercó:

—Sí —confirmó el policía—. Está muerto.

Luego miró a Myra Corbett:

—Aceptó el vaso que usted le daba... Fue usted la única que tocó tanto los vasos como la botella. Cogió su bebida y la dejó sobre el receptor de radio. Estaba aislado. No tenía a nadie cerca y, por eso, nadie, sino usted, pudo echar cianuro. Pero no bebió inmediatamente, como usted esperaba. Era demasiado actor. Esperó hasta poder tener una buena excusa para hacer un brindis. Es usted un ser demoníaco; no había antes suficiente evidencia en contra suya. Pero ahora la hay... ¡Se asará en la silla eléctrica!

La mujer sonreía débil y estúpidamente. Era casi una sonrisa de incredulidad. Pero el dominio de sí misma que mostrara antes había desaparecido y cuando los hombres que servían a Brennan llegaron, tuvieron que ayudarla para que pudiera bajar las escaleras.

PARTE V

La tendencia al mal había llegado tan lejos que uno se inclinaba a preguntarse, no exento de la más grave aprensión: ¿No hay, entonces, prueba de una extrema depravación? Porque la eliminación total de tan acabado villano de la historia apenas podría considerarse salvo bajo la luz de una calamidad estética.

THOMAS SECCOMBE. *Twelve Bad Men*.

EPÍLOGO

LA brillante atmósfera otoñal había declinado de crepúsculo a oscura noche. Algunas hojas descoloridas se agitaban aún en los árboles cuando soplaba el viento. Se ocultaba ya en tinieblas la profundidad del valle. En un calendario colocado sobre el escritorio de aquella cuidada habitación se leía: 30 de octubre. O sea, la víspera de la Fiesta de las Brujas.

Ventradas lámparas descansaban sobre las mesas. Las sillas estaban tapizadas con tela anaranjada y sobre la chimenea pendía una buena copia de *Los amantes*, de Rembrandt. Un diario yacía abierto sobre el sofá y anunciaba con grandes caracteres:

DEMONIACA ENFERMERA ESCAPA DE LA SILLA ELÉCTRICA

«Soy inocente» declaró Myra al notificársele la sentencia a prisión perpetua.

Declarando todavía su inocencia, la «enfermera demoníaca» Myra Corbett, que fuera sentenciada a muerte el 9 de octubre, por asesinato del escritor Gaudan Cross, fue notificada hoy día de que se le había conmutado la pena de muerte por prisión perpetua. G. L. Shapiro, su abogado, informó que aún no había rastros del “cómplice fantasma”, Mark Despard, pero añadía que...

El resplandor de las llamas iluminó las letras, ya que no había otra luz en la habitación. Aquel fulgor deformaba y daba cariz extraño a los objetos familiares. Junto a la ventana, una mujer miraba al jardín. En el cristal oscuro se reflejaba su rostro. Aunque borrosa, la imagen mostraba unos párpados algo pesados sobre los ojos azules, de una expresión que podría calificarse de espiritual. La expresión se animaba con una débil sonrisa. Pensaba: «En resumidas cuentas, siento que no muera. Merecía morir, aunque sólo fuese por haber contado aquellas historias de mí. Me porté como una insensata aquel día en que le pedí la receta del anciano... Pero entonces yo había dejado de usarla desde hacía mucho tiempo. Además, es una lástima que no sea realmente culpable. De haberlo sido, se habría agregado a nuestro grupo. Necesitamos ser muy numerosos actualmente...»

Afuera, en el oscuro jardín, el cielo negro no se iluminaba sino con la luz de las estrellas. Una mano fina de mujer avanzó y rozó el pequeño escritorio situado entre las dos ventanas, pero la figura no volvió la cabeza.

«Está bien que comience a recordar. Al principio no podía hacerlo sino débilmente, como veo ahora mi imagen en el espejo. Una vez, cuando el humo se levantó de la Misa, en Guibourg, pensé que me acordaba... Evoqué un ojo aquí, la punta de una nariz por allá o un cuchillo clavado entre unas costillas. ¿Cuándo veré de nuevo a Gaudin?, me pregunto ahora. Su última encarnación reflejaba una apariencia bastante distinta. Quizá la forma de la cabeza le hacía parecer diferente, pero le conocí tan pronto pude verlo. Al menos, supe con absoluta claridad que necesitaba recurrir a él en busca de ayuda. Es verdad que esta vez no corría peligro ante los abogados. Pero no aceptaba que mi marido adivinara mi auténtica personalidad. Todavía no. Lo quiero. Lo amo profundamente. Terminaré por ser uno

de los nuestros si logro transformarlo sin dolor. O con demasiado sufrimiento...»

La mano sujetaba una llave y se deslizaba sobre el escritorio. Comenzó a abrir, sucesivamente, unos extraños compartimientos. Pero seguía sin volver la cabeza. Aquella mano parecía actuar con vida y voluntad propias. Dentro del último compartimiento aparecieron una caja de teca y un pequeño jarro.

«Sí. Conocí a Gaudin. Me había estado buscando, según parece. No puedo negar su habilidad. Actuó con mucha inteligencia al arrancar una explicación física, con formas y dimensiones y muros de granitos, a lo que no tenía explicación, cuando estaba yo a punto de confesar. Pero sólo él podía buscar una salida con tanta astucia, ya que yo no soy inteligente. Lamento, eso sí, que hubiera tenido que acusar a Mark Despard, porque me gustaba...

»Pero si no soy inteligente, como dicen, creo, sin embargo, que me las arreglé bien con Gaudin. Exigió su precio por lo que haría y fue una lástima que deseara volver conmigo. Habría resultado imposible como amante. Gaudin era de carne y hueso mientras no usaba el ungüento. Y ahora volverá a ser de carne y hueso, pero yo ahora tengo mejor parte de él...»

La mano blanca se movía etéreamente y con ondulación de serpiente. Tocó primero la caja y luego el jarro. El rostro seguía inmóvil reflejándose en el espejo, aunque sonreía extrañamente...

Se oyó el ruido de una llave al girar en la cerradura, el de una puerta al abrirse y unas pisadas en el vestíbulo. Una especie de luminosidad o fosforescencia parecía agitarse a lo largo del muro y de la ventana, pero desapareció en cuanto la mano cesó de tocar el jarro. El rostro se tornó en el de una bonita esposa que corría a recibir a su marido.

Al pasar, rozó el periódico con la falda, haciéndolo caer al suelo. Quedó a la vista la continuación de la información:

... no se ahorrarán esfuerzos para descubrir su paradero. El abogado Shapiro parece haber presentado nuevas pruebas. Una gran conmoción se produjo en el tribunal cuando el jurisconsulto pretendió demostrar que el escritor Cross —decidido a achacar a la enfermera un cargo de envenenamiento que no logró probar— pudo haberse echado él mismo el cianuro dentro del vaso.

—Si la defensa pretende seriamente sugerir que cualquier hombre está dispuesto a ingerir cuatro granos de cianuro de potasio con el solo objeto de probar una teoría... —intervino el fiscal irónicamente.

—La defensa sólo ha pretendido señalar que Cross puede haber tenido una persona que le proporcionaba el veneno... —saltó Shapiro—. Es posible que dicho cómplice le hubiera asegurado que se trataba sólo de un poco de arsénico capaz de enfermarlo, pero sin tener intenciones de matarlo... En forma de cápsula...

En ese momento se produjo una conmoción. El juez David R. Anderson anunció que si las risas continuaban, ordenaría despejar la sala...

FIN

Notas

[1] Cállate, imbécil —dice—. Los agentes tienen los oídos abiertos. No se trataba de una cita, te lo aseguro. (*N. del T.*) <<

[2] Tratado sobre la Magia. Sortilegio, posesiones, obsesiones y maleficios. <<

[3] Paulo-Sentential, V-21-3. <<

[4] *The Trial of Anne Turner. Widow at the King's Bench Bar*, 7 de noviembre de 1615. <<

[5] *Encyclopédie des sciences occultes*, París 1924. <<

[6] Montague Summers. *History of Witchcraft*. <<

[7] John Gaule, Vicario del Gran Stanghton, el descubridor de Matthew Hopkins. <<

[8] *Procès de la Marquise de Brinvilliers*, 1676; Alexandre Dumas, *Crimes célèbres*; Madame de Sevigné, *Lettres*; Philip Lefroy Barry, *Twelve Monstrous Criminals*; Lord Birkenhead, *Famous Trials*. <<

[9] *Le Petit Journal*, mayo 1925. Véase también Elliott O'Donnell, *Strange cults and Secret Societies of Modern London*. <<

[10] Henry T. F. Rhodes, *Genius and criminal*. <<

[11] Tennyson Jesse. *Murder and its Motives*; H. M. Walbrook, *Murders and Murder Trials*, 1812-1912. Véanse también los juicios de William Palmer y Dr. Pritchard en el Notale British Trials. Parece que las víctimas de ambos tienen que haber sabido que serían envenenadas. <<